

ANECDOTARIO DEL CENTRO BOHEMIO

POR JOSÉ G. ZUNO



AÑO DE LAS ARTES PLÁSTICAS
DE JALISCO

GUADALAJARA, JAL., 1964

CU0000064491

JOSÉ G. ZUNO HERNÁNDEZ

ANECDOTARIO
DEL
CENTRO BOHEMIO

Edición de José G. Zuno Hernández

JOSE G. ZUNO HERNANDEZ

ANECDOTARIO
DEL
CENTRO BOHEMIO



Guadalajara, Jal., Mex.-1964

...letras minúsculas...

DEL HUMORISMO EN LETRAS Y EN IMAGENES

Por SAMUEL RUIZ CABAÑAS

HUMORISMO.— No hallamos una definición cabal que nos satisfaga, para esta compleja palabra, de tan antagónicos significados, a la que hay que agregarle necesariamente el adjetivo para diferenciarla en extremos: hay "buen humor" y hay "mal humor"; lo mismo es atrabilis, que cosquillas; lo mismo hace reír, que rabiar; es lo chistoso, satírico, que provoca a risa, o que arruga el ceño; chanza o broma y también diagnóstico de cuidado. Fué doctrina del médico griego Galeno, y es regocijo en los "Viajes de Gullivier", del irlandés Jonathan Swift. Y si humorismo, como quieren los hablistas, es sal ática, donaire, ingenio, sátira, gracia y hasta sarcasmo, tendríamos que llenar un catálogo copioso de autores que, en mayor o menor escala han cultivado el "humorismo" en sus poliédricos matices.

Remontándonos a nuestros lejanos abuelos indígenas hallaremos que no hay memoria de que, ni por casualidad, hubieran sido "humoristas", como no sea en el gesto monstruoso de sus divinidades, que a muchos mueven a risa involuntaria. Son gesticulantes máscaras, que no puede adivinarse si ríen o amenazan. Por excepción, podemos hallar algo de travesura, de sentido burlesco, en algunos cuentos, apólogos, de nuestros mexicanos antiguos, que menciona Rubén M. Campos en sus libros folklóricos. "El Tlacuache Vanidoso" es una fábula del género, y nos basta para señalar la excepción de la regla. Es anónima, de Guanajuato, y dice que en una sequía pavorosa, se reunieron todos los animales para llevar en andas a un tlacuache, intercesor de las lluvias. Durante la peregrinación a modo de letanía iban alabando-le con los más aduladores epítetos; no siendo el menor el de "Santo Tlacuachito!" hasta que terció un zorro "humorista" (sic). y le espetó "Tlacuache, cola pelada", que hizo caer en profundo desconsuelo al vanidoso, haciéndole exclamar: "¡Yo no soy santo, ni nada! Los santos no tienen cola, ni menos pelada!" Propiamente, esto hace más que reír, meditar. Y aquí llegamos a una de las facetas del humorismo —esta vez vimos a cargo del zorro—: ridiculizar, burlar, castigar, que es lo que hizo ese genio que se llamó Miguel de Cervantes Saavedra en su inmortal "Quijote de la Mancha". Es un modo de reír el que nos provoca, que tiene una fuerte dosis de compasión, de final contrito.

Enrique Bergson, autor de "Le Rire", cita un ejemplo de esa risa incontenible, aunque en apariencia malévol, parecida a la que provocan las golpizas y los porrazos del "Caballero de la Triste Figura". Un hombre que va corriendo por la calle —dice— tropieza y cae; los transeúntes ríen. No se reirían de él, si pudiesen suponer que el había dado la humorada de sentarse en el suelo: se ríen porque se ha sentado contra su voluntad". Exacto. Igualmente se desternilla el más prudente cuando ve a un caballero al que el viento le arrebató el sombrero, y encima hasta el "bisoñé"; o se topa con la señora a la que una racha le vuelve de revés el paraguas; o ve huir aterrorizado a un perro al que "persigue" un remolino de basura, o al torpe convidado al que se le cae la sopa y por poco se traga la cuchara. Todos son "accidentes" dignos de compasión... pero que hacen reventar de risa. La risa es, además, sumamente "pegajosa", contamina, se propaga entre grupos, como ocurre en los llamados "teatros de risa". Nadie quiere defraudarse, que lo juzguen incapaz de reír, de hallar las sutilezas de lo ridículo, aunque no sea el diálogo, sino la figura, el aspecto, la indumentaria o el ademán de los actores. En esto nadie como Chaplín logró la simplicidad más elocuente de su gesto, del movimiento, del traje: el "tic" del bigotillo, el andar cambujo, el "jaquet" pasado de moda y los zapatones bizcos. El bombín abollado y el junquillo flexible, que se dobla y lo hace caer: esta es toda la "mise en escena" de su actuación jocosa, también llena de interminables vicisitudes hilarantes..

Así vemos que la pantomima reemplaza, y aun supera, al relato escrito. Y

entramos ya en el terreno de la caricatura, que —harto se ha dicho— tiene una extensión universal, ya que prescinde del idioma, y puede lograr, por medio del trazo, de la línea, de una pincelada, el efecto deseado, lo mismo en la mediterránea Europa que en la antípoda China.

José Francés, el académico de Bellas Artes, de San Fernando, puso a uno de sus numerosos libros, un título, que equivale a una acertada definición de lo que debe entenderse por "Caricatura": es, según ese título, "El Arte que Sonríe y que Castiga". Y, para ilustrar su sagaz juicio, reproduce una serie de "cartones", de "sketchs" de "apuntes", "gouaches" y "carbones" de los más célebres caricaturistas de la época— ya no "muy contemporáneos"— pero que se recuerdan aún: Caran d'Ache, Willette, Forain, Stenlen, Beardsley, Fish, Gibson, Sachetti, etc. etc. Entre estos hubo los frívolos, los psicólogos, los políticos, los antibélicos: todos los matices, todas las nacionalidades, que como afirma el citado crítico José Francés: "La verdadera psicología de un pueblo está en los lápices de sus caricaturistas". Y, añade, en tono profético: "Acaso el destino también".

Y ahora, después de estas "consideraciones generales" queremos referirnos a dos libros que nos envía su autor el fecundo monografista José Guadalupe Zuno, que a menudo nos hace añorar los miliunanochescos ocios juveniles, allá en la vernal Guadalajara, hasta donde transcribimos el ritual bohemio de Montmartre, agregándole los más bizarros capítulos tapatíos. Pero... alguna vez se piensa con el filósofo: "Soñé que la vida era bella, desperté y vi que es deber. Conque, "Labor omnia vincit".

Los dos últimos libros de Zuno en aparecer se titulan: "Historia de la Caricatura en Norte América", y "La Novela del Mercado" y se podría decir que si el primero es "historia de caricaturas", el segundo es "caricaturas de historias". Analiza en uno la evolución de ese arte sutil, que quedamos en que "sonríe y castiga", mencionando a sus más representativos ejecutores del país del Norte. Observa: "Los caricaturistas americanos han sido rápidos en apoderarse de los portentos significantes y falaces de sus tiempos. Las caricaturas y dibujos satíricos producidos en los Estados Unidos desde la guerra civil, presentan un comentario risual de los lados más claros de los hombres, mujeres y movimientos de nuestra heterogénea civilización". Hábil, expresivo, original caricaturista desde su juventud, Zuno, asienta con autoridad en la materia, que "el artista humorista, aun en su caricatura más feroz, allana el miedo con la risa, alivia la sospecha con una muda, y sobre todo nos recuerda que no somos nosotros sino nuestras flaquezas y nuestras imperfecciones". Conjunto de observaciones técnicas, de juicios razonados, de sugerencias, estudios y semblanzas de dibujantes destacados, como los "cartonistas" o "historietistas" de "tirras" periodísticas, este libro viene a cernar la serie iniciada por el autor en 1954: "Orozco y la Ironía Plástica", "La Ironía Plástica en Jalisco", "José Guadalupe Posada y la Ironía Plástica", "La Ironía Plástica en Gova". "Introducción a la Historia General de la Caricatura y de la Ironía Plástica", "Historia de la Caricatura en México", "José Clemente Orozco.— El Pintor Ironista". "Las nueve obras", dice Zuno, llenan casi mi ambición juvenil, desde cuando en el "Centro Bohemio", allá por el 1916 dicté las primeras conferencias sobre el tema de la caricatura, que fué siempre el de mi mayor predilección".

El otro tomo, "La Novela del Mercado", es una serie de pergeños y de escenas breves, gente que aún prolonga añoranzas, tipos tapatíos evocados en rápidos trazos, como "caricaturas"; pero no por tales, deformadas, sino dibujos fieles, personajes vivientes, con alma y peculiaridades propias del acaso; desfilan las verduleras, las gatas, los braceros, los cocheros en sus "calandrias", los pendenciosos y bravucones. En conjunto, el libro tiene el afán, el colorido y el rebumbio del "tianguis". "Y no son los lindos muñecos de barro de Tlaquepaque: éstos existen, viven, sufren, conciben esperanzas, cometen torpezas, son "buenos" o son "malos"; pero se les siente próximos a nuestra vida, se antoja tenderles la mano, porque son de la mismísima materia que nosotros". Así los "pinta" Zuno en sus páginas como en lienzos de caballete, con esa su paleta donde lucen todos los colores del arco iris.

SAMUEL RUIZ CABAÑAS

EL VERTIGO DEL RECUERDO

El vértigo espiritual que ocasiona el recuerdo del transcurso de largos cincuenta años de vivir, es profundo y agradable. Es como una contrailusión que actúa sobre el pasado, mientras que la ilusión nos lleva hacia el futuro conducida por la esperanza. Este vértigo espiritual del recuerdo es duradero; por el contrario, la ilusión tiene vida pasajera. Aquel actúa tan fuertemente, que al clavarse en el presente se adentra también, aunque borrosamente, proyectándose en lo venidero.

Quienes como yo, siendo ya hombres, en 1914 tuvimos la inspiración de ejecutar algunos actos culturales, por nuestro propio y libre albedrío y decididamente; no nacida de algún bastardo interés material, sino de ninguno; sin pretender nunca, (ni ahora) y sin pensar tampoco en que tales actos podrían ser aplaudidos y festejados, gozamos ahora del vértigo del recuerdo de aquel pasado feliz. No porque se aplauda lo realizado, ni porque se le considere grande, útil, bueno; sino porque de aquella nada, de aquella verdadera e inigualable modestia, natural en el grupo de bohemios, no se agravio con alguna mancha la amistad; ni se obscureció con ningún logro ni ventaja bastardos, pues salen limpias la fraternidad y la afinidad espirituales, que fueron las verdaderas ligas que nos unieron y que nos unen aún a los que vivimos; y a los que ya muertos, viven todavía en nosotros.

Este Anecdotario del Centro Bohemio, en gran parte ya conocido a través del tiempo, (porque la imprenta trabajó para ello durante el medio siglo), es una verdadera historia de aquellos Quijotes Tapatíos y de algunos Sanchos, que los hubo también.

Pocas notas cronológicas encontrará el lector y casi ningún número; pero la nota sentimental, el boceto veraz y lleno de colorido, aquí está cumpliendo su papel de querer ser una celebración adecuada a lo que fue nuestro grupo, no solamente en los renglones del arte; sino en todos los lineamientos de la vida humana.

Aquí en estas páginas, comparecemos todos para servir a ustedes: a los viejos, regalándoles el sabroso y sentimental recuerdo de cómo era la Guadalajara de antier y cómo la vivíamos los que aún aquí andamos, en este siglo XX tan estruendoso; y a los jóvenes, para que vean cómo se puede volar por entre las nubes del espacio-tiempo, sin necesidad de contar, en el momento del despegue, con más motor ni con más fuerza que lo espiritual; y sin necesidad de agacharse, porque lo que nosotros hicimos fue erguirnos, humildes y orgullosos al mismo tiempo, ante un negro destino al que desafiábamos y vencimos.

Nuestro Centro Bohemio llegó a ser algo así como un Oásis en medio del sangriento y desolado desierto de los campos nacionales, ajenos por completo a todo lo que no fuera la guerra civil, olvidándose del arte, de la ciencia, de la literatura, de la poesía. Y sin embargo, aquí llegaban, traídos por el vendaval revolucionario, de todos los rumbos y en todas las banderías políticas y militares, muchos de aquellos que, como nosotros aquí, allá en sus terruños habían tenido la misma inspiración y la osadía de dedicarse también con amor a las actividades intelectuales y artísticas. Con ellos nos unió un pensamiento cultural común, haciendo a un lado los compromisos políticos, no para menospreciarlos; sino como signo de propósitos más civilizados, de convivencia amistosa a pesar de las diferencias de criterios objetivos.— Mencionaré los nombres de algunos de ellos, con reverencia y honda amistad: Mariano Azuela, Enrique G. de León, José Becerra quienes llegaron de Lagos; Ramón López Velarde, de Aguascalientes, Genaro Estrada, Juan de Dios Bojórquez y los hermanos Luis y Jesús Abitia, de Sonora; Jesús S. Soto y Manuel Hernández Galván, de Guanajuato, así como Sinforiano, (el actual Vicente) Echeverría del Prado y Jesús Medina Mayorga; de Guerrero, Enrique Liekens; de Oaxaca Tomás Morán; Bernardo Gastélum, Heriberto Frías y Rafael Buelna de Sinaloa; Carlos Roel de Monterrey; Luis García Carrillo de Michoacán; de Chihuahua Xavier Guerrero; de Colima Germán Gutiérrez Santa Cruz y Alfredo Levy; Luis Castillo Ledón y Emilio Uribe Romo de Tepic; y de México Clemente Orozco, Raziel Cabildo, Jesús Ibarra, David Alfaro Siqueiros, Rubén Guzmán, Samuel Ruiz Cabañas, José D. Frías y Manuel Villatoro.—

Ya en el cuerpo de este Anecdótico aparecen los nombres de todos los que, desde un principio, tomaron participación en la vida



El Sr. Gobernador del Estado de Jalisco,
Prof. Dn. Juan Gil Preciado.

del Centro Bohemio; a todos ellos va dedicada con fraternal cariño la publicación, sin más afán que el de honrarlos, como han sido los espontáneos deseos del Sr. Prof. D. Juan Gil Preciado, Gobernador Constitucional del Estado, a quien hago aquí presente nuestro agradecimiento, tanto por esta publicación como por haber decretado con tan elevado sentido cultural, **Año de las Artes Plásticas de Jalisco**, a éste de 1964.

José Guadalupe Zuno Hdez.

LOS PRINCIPIOS

Allá por el año de 1908, precisamente en los días en que la sucesión presidencial conmovía a la opinión pública y era la más grave preocupación de las clases sociales mexicanas, fuimos expulsados del Liceo de Varones de Guadalajara algunos estudiantes, entre ellos Rafael Buelna y yo, porque intervenimos en un mitin escandaloso. Eramos reyistas. Llegó por ese tiempo, también expulsado de su Estado de Sinaloa, el escritor Heriberto Frías, ex-director del Correo de la Tarde de Mazatlán, quien iba a México contratado para dirigir el periódico maderista "El Constitucionalista", cuyo Gerente era Rafael Martínez, **Rip-Rip**. Invitados por ellos, aceptamos Buelna y yo ir a trabajar en el mismo diario. Una vez establecidos allá, busqué y encontré en la Academia de San Carlos a mis amigos y paisanos José Clemente Orozco y José de Jesús Ibarra, quedando desde en ese tiempo establecido contacto entre nosotros y su grupo. Tenían un Estudio al aire libre, como el de los impresionistas, en Xochimilco. Alfredo Ramos Martínez era el Director de la Academia de Bellas Artes y animador provisional del grupo, mientras llegaba de Europa el verdadero jefe, que era Atl. De entonces data mi estrecha amistad con David Alfaro Siqueiros, con Juan Olaguíbel, con Rufino Tamayo, con Clemente Islas Allende, con Ignacio Asúnsolo, con José M. G. Urbina, con Ernesto García Cabral, con Andrés Audiffred y con tantos otros. Personalmente me di cuenta del movimiento artístico revolucionario, cuyo intelectual era el poeta Raziel Cabildo, Profesor de Historia del Arte, íntimo amigo de José Clemente Orozco y de Atl. Después de algunos acontecimientos revolucionarios que determinaron el triunfo maderista, volví a Guadalajara y reanudé mis actividades artísticas, como caricaturista. Carlos Sthal había regresado de su primer viaje a Europa. El y yo hicimos años atrás las caricaturas de algunos periódicos: El Perico, El Tridente, Rigoletto y otros. Xavier Guerrero

decoraba el llamado Palacio de Las Vacas, propiedad de un señor Díaz, ubicado en la calle de San Felipe, en el cual también trabajaba, decorándolo, aquel otro amigo íntimo de José Clemente Orozco: Rubén Guzmán. Guerrero, Sthal y yo, decidimos establecer un tallercito. Al saberlo otros amigos nuestros, como Juan Antonio Córdova, Alfredo Romo, Amado de la Cueva, Joaquín Vidrio y Enrique Díaz de León, nos ofrecieron su cooperación y tomamos de común acuerdo una casa amplia en la calle de Tolsá, (actual de Díaz de León), Núm. 455. Después se agregaron jóvenes literatos, poetas, músicos y dibujantes y pintores de la ciudad. Desde un principio se trabajó de preferencia en las artes plásticas. Después de tres años en la casa de Tolsá, nos trasladamos a una por la calle de Jesús, en los días de los zafarranchos y albazos de militares villistas y carrancistas; y al poco tiempo, nuestra última residencia se fijó en un chalet de la Colonia Seattle, cerca de Zapopan. Pudimos sostenernos ahí hasta 1918. Después nos dispersamos.

Xavier Guerrero fue quien introdujo prácticamente en nuestro medio el impresionismo. Magnífico acuarelista, con su ejemplo nos fue mostrando el gran campo de las realizaciones pictóricas de esa escuela, en años en que se tenían muy pocas noticias aún sobre sus progresos y carácter científico, por cuanto se fundaba en las teorías físicas de la descomposición de la luz y de la contraposición de los colores; y que pretendía representarlo todo como cambio de los rayos luminosos, según su proyección y su situación. Ciertamente la generación anterior a la del Centro Bohemio era impresionista; pero su filiación fue posterior a la época juvenil de todos sus componentes, y producto de sus experiencias fuera de Jalisco y del país. Los tardíos regresos de ellos, de tiempo en tiempo, ciertamente nos inquietaban pero no ejercían un efecto decisivo en el medio ambiente; sino muy al contrario, lo mal impresionaban, como acontece con todas las innovaciones, y muy particularmente con las artísticas de las cuales en Europa el público también se burlaba. Yo por mi parte había convivido con los contemporáneos de la capital de la República; pero como mis actividades artísticas se habían reducido al campo humorístico, no traje a mi regreso sino informaciones verbales y escritas, tanto en el campo de la plástica como en el de la literatura. Quedó por todo ello a cargo de Guerrero el impulso más vigoroso y competente, que se realizó con todo éxito, modifican-

do en la juventud todo lo relativo a la creación artística. Heredero de una antigua tradición familiar, porque muchos de sus antepasados habían sido pintores, indígena de pura raza, originario de Chihuahua, unía a sus conocimientos técnicos una larga experiencia personal y un resuelto espíritu mexicanista, advertible en toda su obra. Con posterioridad, cuando en 1920 se inició el muralismo con toda su fuerza, ya estando Xavier en México, aportó en los difíciles días de las primeras pruebas, todos sus mencionados conocimientos, razón por la cual los procedimientos tradicionales de la pintura al fresco, pudieron con su ayuda y enseñanza, orientarse en forma correcta. Guerrero ha viajado mucho por Europa. Ha estado por años en Rusia y en el lejano Oriente. Por nuestro Continente Americano también ha viajado mucho y ha pintado en Cuba y en la República de Chile, en unión de David Alfaro Siqueiros, dejando murales muy importantes en ambos países y uno en Guadalajara, en el Salón de sesiones del S.U.T.A.J.

En otra parte he dicho que entre nosotros ha habido y hay artistas que sin ser jaliscienses se han connaturalizado con nosotros. Así Xavier Guerrero. David Alfaro Siqueiros es otro de ellos. Estrechamos la amistad y el compañerismo, como tengo dicho, desde 1908 cuando estuve yo en México. Vino a nuestra ciudad en 1913, como teniente del Estado Mayor del señor General don Manuel M. Diéguez, pues él y la mayoría de su generación se agregaron a la Revolución en cuanto el señor Carranza entró a la capital del país, inspirados por el ejemplo y la palabra de Atl. Ingresó David al grupo del Centro Bohemio, ya muy acrecentado para entonces. Pintó mucho ahí, pero nos queda, apenas, un autorretrato que hizo recientemente llegado, al pastel, que donado por mí pertenece al Museo Regional, junto con otros dos, de pintores del Bohemio, al óleo, uno de Amado de la Cueva, que fue traído por la primera esposa de Siqueiros, Gabrielita Amador; y otro de José Luis Figueroa. Como se vé por los retratos mencionados, Alfarito era también impresionista. Ya su cultura histórica y artística era amplia por entonces, a pesar de su juventud. Asistía con empeño a las numerosas conferencias que organizábamos en nuestro Centro y discutía con todos nosotros los temas de fondo; pero ninguno lo atraía tanto como el relativo a los procedimientos: el óleo, la acuarela, el pastel, el fresco, la encáustica. Los encontraba inadecuados, pasados de uso, arcaicos. Desde entonces hablaba de pintar al Duco con pistolas de aire. Atl, en cierta forma, fue el inspirador de sus deseos sobre tal

punto, con su búsqueda de otros materiales y quien ya había producido los Atl-Colors, mezcla de óleo y de pastel, procedimiento por el cual están hechos algunos de sus cuadros del Museo Regional. Atl hablaba también de usar el cemento coloreado; pero los experimentos realizados no llegaban a buenos fines. Carecían de interés y eran muy complicados. Siqueiros discutía también mucho las cuestiones de forma y de fondo, apuntando ya desde aquellos días todos los principios de su actual forma de pensar. Muchos años estuvo entre nosotros, en diferentes épocas. Retirado ya del Ejército, con el grado de Capitán Primero, que obtuvo en la campaña constitucionalista, regresó a Jalisco algunas veces. En una de ellas, nos acompañó a Romo y a mí hasta San Antonio Texas; y luego, a raíz de la celebración del Congreso Constituyente, fuimos a Querétaro, lugar en el que permanecemos mucho tiempo. Al hacerme cargo del Gobierno de Jalisco, invité a algunos de mis amigos artistas para que vinieran a trabajar. Aceptaron él, Xavier Guerrero y Amado de la Cueva. Con Siqueiros vinieron Reyes Pérez y Piñón Sandoval. Amado y David, pintaron sus murales en la Sala de Reuniones públicas de la Universidad, donde actualmente están los Telégrafos Nacionales. Se han conservado, algo deteriorados. Amado pintó también en los corredores del Palacio de Gobierno lo que posteriormente fue borrado por orden de alguna de las administraciones públicas ignorantes en cuestiones artísticas; pues debió haberse respetado, sobre todo un retrato de Hernán Cortés y un San Cristóbal gigantesco. Aquí en Jalisco desarrolló David una amplísima labor de carácter social, dando forma a muchos sindicatos de obreros en la ciudad y fuera de ella, en los centros mineros y textiles. Posteriormente volvió a Europa, primero en gira de estudio, con una pensión oficial y después agregado como Coronel a las fuerzas populares de la República Española. David Alfaro Siqueiros habla con un enfático agrado de sus muchas permanencias en Jalisco. Se considera como paisano nuestro y nosotros lo vemos a él como jalisciense. Su aportación a nuestra vida artística, es muy importante por todo lo dicho.

Amado de la Cueva murió siendo aún joven, en 1924, cuando se preparaba para pintar sus obras maduras. Fue pensionado por el Gobierno del señor Vadillo a iniciativa mía y por sus méritos artísticos, aunados a los esfuerzos político-electorales que hizo para el triunfo de nuestro partido. Carlos Orozco Romero, a su vez,

fue pensionado por el Ayuntamiento de Guadalajara por los mismos motivos y razones. Los dos estuvieron en Europa y en los Estados Unidos. Mucho les sirvieron sus estudios en esos lugares. Orozco Romero ocupa en la actualidad un lugar de preferencia entre los pintores mexicanos. Gran retratista, frecuentemente nos da a conocer sus obras. Posteriormente ha viajado por el extranjero, pensionado por la Guggenheim Foundation o por su cuenta propia. Es uno de los maestros más competentes de las actuales generaciones. Su estilo evolucionó espontáneamente a través del tiempo, partiendo del simplismo caricaturesco de sus primeros años hasta su actual manera. Sin tener sintetismo plástico, adquirió con las experiencias de su laborioso trabajo una maestría visible y accesible para todo espectador. Amado de la Cueva emprendió algunos murales que se hicieron en los primeros días del movimiento en la Secretaría de Educación Pública. Orozco Romero es también buen paisajista. Utiliza con habilidad las veladuras y la espátula. No es amante de la viveza del empastado colorido, pero en cambio refina la técnica hasta hacerla, como hemos dicho, de gran maestría. Dice que en España, le impresionaron El Greco, Goya y Velázquez. En París, Cézanne. Dejó muy lejos el impresionismo, superándolo, primero, en formas de expresión o de aparente surrealismo, para llegar ahora a un nuevo realismo depurado y muy personal. Gusta de usar el raspador para dar calidad al óleo y deja espacios de tela sin pintar, como El Greco. Alfonso Michel, uno de los más jóvenes del Centro Bohemio, debe señalarse como el que con mayor éxito siguió el camino del surrealismo y lo continuó con mayor y mejor resultado cada vez. Tanto Orozco Romero como Michel y todos los demás pintores jaliscienses, tienen una gran aceptación en los mercados del arte. Recordando a los más jóvenes, debo decir que uno de ellos, León Muñiz, llegó como ninguno a producir obras escultóricas de talla directa, que no pueden dejar de ser mencionados en la Historia del Arte Jalisciense. Además, pinta con éxito.

Alfredo Romo, sin ninguna preparación técnica más que la de cualquier otro de nosotros, salvo la que adquirió en los planteles de enseñanza del Estado, sobre dibujo, pudo llegar a ser uno de nuestros grandes caricaturistas, al lado de Ponce de León y de José Clemente Orozco. También nos dejó un auto retrato al pastel que se encuentra en el Museo Regional, con otro ejecutado por él también al pastel, retrato de Tomás Vidrio. Las caricaturas de

Romo se distinguen por su sátira espiritual. Precisamente, a un semanario que publicó en 1919-1920, le llamó SATIRA. Ahí aparecían las caricaturas de personas conocidas de la ciudad o de políticos o extranjeros.

Otro gran caricaturista contemporáneo es Manuel Ancira. Líneas de una estilización extremada y de síntesis única, dan vida a sus dibujos. A tal grado domina la expresión con elementos plásticos, que suprime de la fisonomía de sus caricaturas alguna de las partes principales, digamos los ojos, la boca, la nariz... para dar lugar a cierto vacío incitante, que en lugar de desorientar al espectador, lo lleva a encontrar el parecido completo y produce un agradable sentido humorístico, sin sarcasmos, sin burlas sangrientas, sino con sana intención bromista de camaradería. Los colores con que Manuel ilumina sus retratos artísticos, son una verdadera iluminación; pues no siguen el sólo propósito de imitar, sino que complementan, ratifican, afirman lo hecho por las líneas; es decir, iluminan. He ido examinando en conjunto a los pintores y a los caricaturistas, porque jamás he encontrado una razón válida para separar las artes plásticas irónicas de las otras, como se acostumbra por los historiadores del arte. Considero, y lo digo ya en otros estudios, como en el de OROZCO Y LA IRONIA PLASTICA, que las artes irónicas vitalizan, rejuvenecen las artes, no solamente en lo espiritual; sino en lo puramente plástico. Sus audacias, la necesidad que los artistas irónicos tienen de sujetar su estilo a su ironía, hace que se produzcan novedades en las formas del arte, que de otro modo no tendrían explicación válida y que, al generalizarse, producen efectos de renovación verdaderamente plásticos. La mayoría de los artistas jaliscienses han sido caricaturistas: Atl, Montenegro, Enciso, Orozco, Orozco Romero, Romo...

Pero el más grande de todos, precisamente por las causas dichas, ha sido José Clemente Orozco. Cada vez más, irá quedando claro que muchas de sus creaciones tuvieron por fuerza motriz la Ironía. Prefirió esto, porque creía, con fundada razón, que un gran caricaturista tiene más potencia intrínseca en su obra que la de un gran pintor, por muy gran pintor que sea. Como juzgador, el caricaturista usa de la ironía. De todo se burla, a todo se sobrepone. Hace notar los contrastes entre la belleza y la fealdad, entre la verdad y la mentira. Tiene poder a veces, para hacer sentir a la humanidad el terror absoluto de la nada y de las cosas finitas, al

mostrar al desnudo en toda su potencialidad, los acontecimientos humanos de la vida real. Llega, cuando es necesario, hasta la crueldad, hasta la tragedia. Pero la ironía sólo es destructora y negativa en apariencia, pues lo que destruye es lo falso, lo ridículo. Ella representa el esfuerzo que hacemos para triunfar de todo aquello que se opone a la ascensión del espíritu hacia el infinito. Sobre Juan Antonio Córdova, diré lo esencial: Sintióse atraído por la pintura, cuando ya teníamos establecido nuestro taller y se entregó por completo a su tardíamente revelada vocación. En brevísimo tiempo, sin más maestros que la convivencia con los pintores del Centro Bohemio, pudo crear obras de arte de indiscutible mérito. Conservamos en el Museo Regional un retrato que pintó de su esposa con estilo divisionista. Bien sabía él todo lo relativo a la historia de la revolución artística que desde mediados del siglo XIX conmovió al Viejo Mundo. El futurismo, el expresionismo, y todo lo que resultó posteriormente a Manet y a Cézanne, fue estudiado por él y por nosotros, atrayéndonos porque apenas en nuestros días, era indispensable proclamar los principios de aquella revolución, para acabar con los neo-clasicismos afrancesados y con el academismo españolizante. Carrière lo complacia, más bien por la impresión que de él recibió por las reproducciones en negro que conoció; pues por lo que al color se refiere, fue de su propia creación, tanto en los retratos como en paisajes y composiciones. No pudo dar todo el fruto que era de esperarse, porque murió prematuramente.

José Luis Figueroa interpretó con sus creaciones, más que ninguno, ni aquí ni en otro lugar del país, incluido México, un auténtico plan revolucionario de la plástica, sin conocer lo que los "fauves" hacían en Europa, sino guiado instintivamente por sus propios impulsos. José Luis, en 1918, era empleado de un almacén de comestibles. Ahí fue ocasionalmente conocido por Xavier Guerrero, e invitado a nuestro estudio, pudimos darnos cuenta de que era un auto-didacta. Futurista sin saberlo, ejerció lo que Marinetti y sus cofrades incluyeron en su Manifiesto de 1919 en Le Figaro de París, a saber: un completo desprecio del pasado, origen del nombre del futurismo; odio a todo lo tradicional y clásico, a lo PASAISTA, que así se llamaba a lo anterior al futurismo; preferencia por todo lo enérgico, por el peligro, por el arrojo y la libertad más absoluta, por la velocidad, por la violencia; completo desprecio al sentimen-

talismo, amor a las formas modernas como las del maquinismo: locomotoras, aeroplanos, chimeneas, engranajes, vapores y transatlánticos y máquinas de guerra en general. A Guerrero le habían atraído los dibujos que Figueroa le mostró, pero nadie se imaginaba que, al emplear los colores de óleo, saldrían de sus manos los cuadros que ahora podemos ver aquí, ante los cuales los visitantes extranjeros se detienen e indagan si se trata de obras de alguno de los signatarios del dicho Manifiesto del Futurismo. En efecto, nada expresa mejor la completa libertad de creación. No solamente respecto de los demás, sino de sí mismo, porque Figueroa no atendía tampoco sus propias experiencias anteriores, lo cual pasó también en cierto modo, con Orozco Romero. Pero eso ha dejado ya de ser un defecto, desde que hemos visto como otros grandes pintores como Diego Rivera, Picasso, Alberto Dalí y otros muchos, recorren todos los estilos, desde los clásicos hasta los que al final, ellos mismos inventan, como pasó con Figueroa, de modo extrañamente espontáneo. Eso nos convenció a todos nosotros de que puede muy bien darse una producción artística semejante a otra, en lugares alejados y sin que se haya registrado la menor comunicación, como acontece con los descubrimientos científicos, no en una, sino en muchas ocasiones comprobadas. La persistencia en un sólo estilo, la evolución dentro de él, no es ya en la actualidad sino uno de los muchos factores que deben ser tomados en cuenta para calificar la creación artística. Hay que huir, decían los futuristas, del sentido común y perseguir el absurdo.... pues el arte no es, ni lógico ni racional; es ARTE.

* Salvador Dalí



La Casa del Centro Bohemio, por José G. Zuno

EL CENTRO BOHEMIO

Fórmase la amistad con elementos disímolos, heterogéneos y aún contradictorios. También sucede que las amistades más fuertes y duraderas son las que se fincan en caracteres opuestos y diferentes. De todas maneras, siempre hay razones superiores a todo eso. La vocación artística es una de ellas. Relación espiritual por excelencia, es por completo ajena a otra clase de intereses y tendencias que suelen asociar a las personas. La amistad entre artistas, se eleva sobre los otros efectos de tipo sexual, familiar, racial. La comunidad de las voluntades artísticas liga con más fuerza, con mayor abnegación, con desinterés absoluto. Un artista es por naturaleza retraído, y necesita con urgencia una comunicación profunda y adecuada a sus sentimientos y a sus ideas. Vive sólo, aislado en medio de la multitud que no lo comprende. La indiferencia general lo aflige porque lo que él percibe, los demás no lo alcanzan sino hasta después de que él lo ha mostrado e impuesto con las formas de la creación artística. Muchas veces sus descubrimientos quedan en el olvido dramáticamente. Por todo ello, la amistad entre artistas e intelectuales es una relación social selecta, la forma más pura en que se manifiesta el instinto de asociación de la humanidad. Refugio de elevadas inquietudes y de confidencias patéticas, es el santuario donde corazón y alma depositan sus sensibilidades. En su seno las particulares ideas se manifiestan confiadamente con trazos francos y con plena objetividad, que la vulgaridad mundana sería incapaz de comprender. Tal amistad, es fuente de primerísima categoría para la cultura en general y para el arte, porque la intercomunicación entre seres que persiguen el mismo ideal, afina y perfecciona las personalidades y las obras resultan a su vez, más finas y más cercanas a la sublimación.

Guadalajara moría en una decadencia mortal allá en los primeros años del siglo. Los días de Nájera, de Uriarte, de los Castro

y los Estrada, de los López Portillo y los Pérez Verdía, habían sido estériles y quedaban ya a lo lejos. Sólo había dos grupos: uno de literatos, estudiantes en ciernes, con Enrique Díaz de León, Rodolfo Delgado, Agustín Arriola Valadez y otros; y otro de los escritores socialistas y políticos, donde destacaban Roque Estrada, los Ramos Praslow, Mendoza López Schwerdefeger, dos poetas hermanos: Luis y Othón G. Robledo y el gigante esquelético don Jesús Acal Ilizaliturri. El primer grupo se llamaba "Justo Sierra" y el segundo "Aurora Social". Este publicaba su periódico y ahí por el mercado Alcalde, tenía su salón de sesiones. Nosotros nos encaramábamos en las ventanas para verlos y oírlos. Por la calle de Belén había un taller de escultura de un señor, también muy alto y flaco, que se llamaba don Agustín Espinosa. De las rejas de sus ventanas también nos prendíamos para verlo tallar la madera y dar forma a las caritas de vírgenes y de niños dioses; o aplicarles los colores de la cara y las manos, de los trajes, del pelo, de los ojos. Algo más al centro, la litografía de don Faustino Gutiérrez nos ofrecía con frecuencia el espectáculo de ver salir de su prensa, movida por un hombre, los cartones de loterías populares, que por cierto eran mucho más bonitas e ingeniosas que esas que ahora corren por ahí: La Muerte Sirique Cuando... El Sol con sus rayos quema... la Botella de Tequila... El Racimo de Uvas... El Diablo Verde... El Pando de las Botellas... El Pavo Real de Colima...y lotería...Con ellas jugábamos y apostábamos con nueces o con tejocotes.

En el Liceo de Varones, una que otra vez oíamos con mucho gusto y cariño a Manuel Puga y Acal, a Francisco Escudero, a don Luis Corro, el de los callos de todo el pie... Ibamos a las clases de dibujo con el señor Mendiola, con don Jesusito Mendoza, con don Luis Vázquez Foncerrada. Este nos deleitaba con sus exquisitas palabras y maneras sociales. Nos prohibía fumar. Un día le llegó el olor del tabaco y preguntó:

—¿Quién de ustedes está fumando...?

—Yo, señor, —contestó Luis García Robledo.

—¡Pues abandone usted esa maloliente cachimba, que aparte de nublarnos el ambiente con su pesado humo, no nos deja percibir lo que dibujamos, y nos está envenenando el aliento con su peste. Ocúltela en lo más recóndito de su bolsillo...! —Ni don Tomás V. Gómez, el gramático, usaba tan galano lenguaje—. Mucho nos atraía

el "Gran Taller de Litografía de Loreto Ancira Hnos", porque ahí trabajaban nuestros maestros. Las máquinas eran magníficas, mecánicas. Don Félix Bernardeli tenía una Academia ahí por el Mercado Corona, donde veíamos pintar sobre comales y cazuelas rostros tomados de modelos de Ingrés en el barro engretado. Sabíamos de otros pintores, pero estaban fuera de nuestro alcance. Había otros poetas y escritores, absortos en los periódicos, como José Luis Velasco y los hermanos Max... y Menox Henríquez Ureña...

Calles casi desiertas que pronto terminaban en las tapias de los ranchos o en los baldíos llenos de basura de las garitas. Barrios limpios, por los cuatro rumbos, regados y barridos por las hacendosas mujeres con cántaros y jícara, echando puños de agua que caían en menuda lluvia. Un perfume de tierra mojada, como de jarro de olor, llenaba los pulmones. Unas cuantas docenas de catrines, y todo el pueblo descalzo, con pobres ropas de manta y sombreros de soyate. El más catrín era don Ferruco ("don Ferruco en la Alameda", decía la lotería de cartones...), un enanito barbudo y bigotón, muy buen mozo, mudo siempre, muy acicalado, con pantalón a rayas, cuello de picos, corbata de plastrón, puños almidonados, jaquet y chaleco de piqué; guantes y cubetón de seda; un gran anillo al dedo, su bastoncito y un enorme puro entre los bigotes. Decían que era hijo de don Justo Fernández del Valle. Hijo natural, al natural, naturalmente... El más pobre era don Cundo, casi sin cueros: el indito viejo recorría las calles, lelo, idiota, mudo, víctima de los muchachos que lo hacían llorar a lágrima viva dándole la noticia de que se le había muerto la madre... la clase media estaba representada dignamente por El Pata y por Jerules, dos tipos atorcerados, que hacían las delicias de las corirdas de toros porque eran duchos en hacer muy bien la estatua de don Tancredo, a costa de buenos revolcones de los toros que no caían en el engaño del traje y de la cara blancos. Zanjones por todas las calles donde se tendieron las líneas del drenaje y del agua con el impopular empréstito gringo que hizo el Gobernador Curiel. La gente decía que para obtenerlo, había vendido a cinco pesillos cada tapatio por toda su vida... Tranvías tirados por mulitas dormilonas, que luego quedaron desplazados por los eléctricos. Por cierto que fueron una desilusión para nosotros. Habíamos supuesto, cuando vimos tender los rieles y los cables de cobre por arriba, que serían tan veloces como el rayo, pues si la electricidad los movía, veloces debían ló-

gicamente ser. Pero nada. Nos trepábamos en ellos como moscas, con la misma facilidad que en los otros. Serenatas de la Plaza de Armas, con la doble corriente humana de los hombres que caminaban en un sentido y las mujeres en otro, encontrándose a cada vuelta, recibiendo ramitos de flores, piropos y dulces miradas de cursi, cursísimo amor. Por dentro, cerca del jardín, estaban los catrines. Por fuera, hacia la calle, los peladitos, también en doble corriente de mujeres y hombres, cambiando flechazos con los ojos, ofreciendo los ramitos y echando piropos. Pero éstos no nos parecían cursis... Los peladitos tenían prohibición de meterse en el círculo de los catrines. Algo semejante a la discriminación racial de los Estados Unidos del Norte. Se les imitaba por considerárseles un elegante progreso racial... Los cuicos de chacó blanco, guarachones de cuero, vestido arrugado de dril y macana negra, se arrojaban como perros sobre aquel que tratara de burlar la prohibición. En los portales, el remolino era igual que en la plaza, pero sin distinciones agringadas. Con igual ritmo y cursilería, se tramaban ahí los idilios y las pasiones del amor, las lícitas y las ilícitas. Después de Curiel, vino Ahumada al gobierno del Estado. Una vez quedó tan emocionado de un examen de Geografía, que fue a presidir en una escuela del Retiro, que ofreció en entrecortadas y muy mal hilvanadas frases, al despedirse, que mandaría como premio por el aventajamiento en geografía, un globo terráqueo de tamaño natural... Y ahí está en el Museo... Fué él, quien, ayudado por unos ingenieros tejanos, los King, enjabelgó los muros de las fachadas de bella piedra del Palacio, del Hospicio, del Museo... de cuanto pudo. Y el clero, de prisa, con igual estulticia, puso de moda el estropicio en sus edificios.

En medio de todo aquello nos íbamos formando. Maduraban nuestros juicios y se aclaraban las vocaciones artísticas y literarias. Dentro de ese marco nació el "Centro Bohemio". Ya se ha dicho y explicado mucho que no pusimos el nombre nosotros. La ciudad nos bautizó con él. Carlos Stahl, Xavier Guerrero, Ramón Córdova y yo fuimos el pie veterano. Pusimos la primera piedra sin pitos ni flautas, y, sin embargo, luego llegó el enjambre de todas partes. De los barrios, de los pueblos, de los otros Estados. Martínez Valadez, nuestro querido Chencho Pitarillas; Amado de la Cueva y Carlos Orozco Romero. Enrique Díaz de León con todo su grupo del Justo Sierra; Juan de Dios Robledo, Hernández Galván, Jesús

S. Soto, Alfaro Siqueiros, Pedreti, Criveli. Músicos, compositores, escritores...

Alfredo Romo fue de los primeritos. Llegó junto con Juan Antonio Córdova. Eramos amigos desde niños. Juntos habíamos peleado a pedrada limpia contra los seminaristas de San José de Gracia. La Alameda era el lugar elegido para la guerra florida de nuestros pininos liberales. También nos íbamos de pinta por las Barranquitas o al Agua Azul. Precisamente donde ahora está una fábrica de dulces y chocolates, nosotros cogíamos nidos de patos silvestres... Muchas veces nos aventurábamos hasta más allá del Tepopote. Iban también los Máinique, los sifones Sierra, Los Mouret, el gabacho Juan Salazar. O tomábamos rumbo a los Colomitos, con los Castro, con Fernando González Madrid, con Daniel Benítez, con el gordo Izábal y con Gilberto Valenzuela. Eramos alumnos de la Escuela de Don Aurelio Ortega o de la Anexa a la Normal, dos aliadas de ideales liberales que inspiraban los directores, Ortega y Zapata, veteranos de la Guerra de Tres Años. Tiempos precursores de los que correríamos después en las peleas militares y políticas de las que muchos de nosotros estábamos predestinados a ser actores. También íbamos a nadar a los grandes tanques de las albercas del Edén, de la Trinidad, del Arenal o del Chirimoyo. Si contábamos con mucho dinero, preferíamos los más céntricos del Huerto y del Fresno. Ya todo esto se ha borrado. Mexicaltzingo, La Canela, La Agua Escondida, San Juan de Dios, Analco... El Santuario durante la verbena de diciembre... todo eso es ya otra cosa. Una avalancha de sucesos lo ha transformado todo hasta dejarlo desconocido para nosotros. El reyismo, con sus claveles rojos en el pecho de las mujeres y de los hombres (de todas las mujeres y de todos los hombres); el maderismo con sus democracias románticas y luego la Revolución con sus tremendos sacudimientos, transformándolo todo en un sentido trascendental, progresista y ascendente. Quienes lo niegan, ni ven ni oyen porque no quieren ver ni oír en su obcecación. Con decir que hasta los curas católicos se han elevado por la virtud encauzadora del movimiento revolucionario, con eso está dicho todo, aunque lo nieguen.

ALFREDO ROMO fue uno de los más entusiastas del Centro Bohemio. Fino, irónico, daba con frecuencia la nota más aguda en las reuniones literarias, en las giras pietóricas, en las conferencias. Sus intervenciones eran siempre brillantes, oportunas y talentosas.

Con humorismo hacía de valor inapreciable las aventuras que de continuo corríamos, porque las buscábamos o porque fatalmente nos salían al encuentro. Cuántas veces a trompada limpia, supimos defender un derecho, vengar una injuria o satisfacer un capricho. El Semanario **La Sátira**, que publicó por mucho tiempo, era un modelo de crítica social frívola y punzante, enderezada contra usos y costumbres con un estilo muy ameno. En **La Sátira** aparecieron semanariamente sus caricaturas. Tipos de deportistas como Ramón Camba y Adrián Lecanda; de artistas como el "Caricato" y Javier Guerrero; de gente de teatro, como Paco Martínez y Clementina Morín; de hombres de Letras como Basave y Hernández Galván; de políticos como Don Luis Castellanos y Tapia y el General Diéguez; de gente de sociedad como Cebollino y Javier Quevedo. Todos desfilaron por la primera página de **La Sátira** por mucho tiempo. Aquí en el Museo conservamos su auto-retrato y el de Tomás Vidrio, al pastel. El crayón y el pastel eran las técnicas que prefería por facilitársele a su estilo irónico. En una conferencia que dicté para la Feria de Jalisco, hice un somero examen de una serie de dibujos que he llamado californianos, y que Alfredo ejecutó cuando estuvo en el país del Norte, exiliado por razones de política nacional, y que me regaló a su regreso. Varias páginas le dediqué, y aún creo que dejé apenas iniciado el estudio de su obra. La serie de esos dibujos californianos demuestra que Romo no era solamente un caricaturista crítico de nuestro propio medio, sino que era capaz de sujetar, a su juicio, y de representar con éxito, a los extranjeros, como gran artista que era; Alfredo Romo ha muerto ya. Todos los que fuimos sus amigos, lo recordamos con cariño, con aquella amistad de que al principio hablé con elogio merecido, que cobijó nuestra vieja y noble Guadalajara, pobre y limpia entonces, rica y grande ahora. Alfredo fue como todos nosotros, su enamorado. Por ella nos aventuramos en la vida bohemia y en las luchas por nuestra evolución social y política.

POETAS Y LITERATOS

Manuel Martínez Valadez era un bohemio. No en el sentido en que despectivamente señala el vulgo a los artistas; sino en el de tener un espíritu independiente, raro despreocupado. El lo ha explicado. Hélo aquí en este poema:

AGAPE BOHEMIO

A Jesús S. Soto.

En una noche fría
y en el recinto cálido del "bar",
los cuatro "ebrios de ensueño y locos de armonía",
adurmiendo la sierpe de la melancolía
nos damos a charlar.

Afuera cae la lluvia con cruel monotonía.
La música no falta; el consabido piano,
la flauta y el violín
han derrotado el torvo rictus de nuestro "spleen",
Galvaniza el cadáver de la última ilusión
el ritmo ágil y terso del pícaro danzón.

Una muchacha fresca que nos da de beber,
también alza la copa.
Con "la embriaguez maléfica de su voz de mujer"
y su mirada loca,
contribuye al efímero fracaso del dolor,
porque arde el fuego fatuo de un momentáneo amor.

Como en una fraterna, franca salutación,
hace chocar las copas nuestra nerviosa mano
en el sano entusiasmo de una liberación;
y un festivo paréntesis
en la torva tragedia del áspero camino.
Nuestro brindis redimen:

no bebemos el vino
que en el malvado riega los gérmenes del crimen,
sino el vino que enciende
la lámpara votiva de la alucinación,
cuando algún desengaño artero nos sorprende
y apaga los rescoldos de la última ilusión.

Y prosigue la charla sobre temas vivaces
mientras no se disipan las alegrías fugaces,
en esta noche fría.
Afuera, cae la lluvia con cruel monotonía.

o o o

Se principia un retrato trazando los lineamientos sobresalientes del modelo, según las complejas particularidades de su figura. Pero en este caso la tarea no es fácil, porque nuestro personaje debe tener movimiento, sentido vivo, relación directa con el mundo real. Y si ha de moverse, será necesario arreglarle su propio escenario, disponer los fondos, las bambalinas y decoraciones, los trastos y tramos adecuados, indispensables para que nuestro poeta se mueva sin dificultades, con toda naturalidad. No importa que todo ello sea teatral; o mejor, medio cinematográfico, con tal de que la rapidez quede envuelta en una bruma que sin impedir una buena expresión, nos ayude a darle la vaporosidad de lo ya acontecido. Me refiero al retrato de Manuel, que pretendo hacer aquí.

Todo lo sacaré de mi memoria. La tengo dedicada hoy a una tarea como de gambusino. Desde que me fue dada, ella y yo hemos acumulado sobre mi cabeza una verdadera montaña de toda clase de chácharas y tiliches como si fuéramos hormigas arrieras. Arenas, guijarros, pedruzcos tan grandes algunos que nos ha costado mucho esfuerzo acarrearlos; arcillas, chucherías, todo revuelto con cosas desagradables y otras placenteras; porque a veces nos son traídas por el destino ricas esencias y perfumes tan gratos que nos compensan de los sinsabores y hasta nos embriagan. La montaña es ya enorme. Con frecuencia la piqueta de mi memoria me llega a la carne viva, hasta el corazón, urgiéndome los recuerdos; y sufro al querer romper ese conglomerado que han endurecido las tormentas, los vendavales y los ciclones sentimentales, sociales y políticos de mi experiencia, que alternativamente producen muy altas o muy bajas temperaturas.

Con este telón de boca, que ya se va a alzar, aparecerá el personaje principal, sobre fondos grises, sombríos a veces, alumbrados con frecuencia por el sol alegre de la bohemia, pero que necesariamente serán en el epílogo, violetas oscuros de luto fraternal, no tan sólo por él sino por todos mis otros hermanos de aquel grupo, que ya han desaparecido; y que crearon el retrato colectivo y el particular de cada uno con sus obras, por lo que somos inseparables; y hemos quedado estrechamente unidos en una sola figura, vivos o muertos.

o o o

Allá por el año de 1912, me dediqué al negocio del cinematógrafo Asociado a mi hermano Salvador y a mis condiscípulos Benjamín Contreras y Apolonio Galván, formamos la empresa EROS. La gira dio principio por Atotonilco el Alto, porque ahí teníamos amigos y parientes con los cuales pasábamos las vacaciones escolares años atrás. En ese bello pueblo de los naranjales, duramos algún tiempo; y luego subimos a los Altos de Jalisco. Arandas fue la primera población que visitamos. Típicamente mexicana-criolla, nos conquistó desde que llegamos. Grandes cartelones anunciaron por las calles las funciones del cine en la Plaza de Toros, que alquilamos al efecto. Un convite con música recorrió la ciudad en medio de la algarabía general. Necesitaba mandar hacer programas y boletos. Indagué si había imprenta y supe que en una tiendota de la plaza Principal estaba una; y allá fui. Antonio Valadez Ramírez era el dueño, el cajista, el regente, el prensista, el único dependiente del comercio. En uno de los extremos del mostrador estaba todo el taller, así de chiquito era. Convenimos en precio y luego:

—¿Usted es el señor Zuno?

—A sus órdenes.

—Hemos visto sus caricaturas en **El Perico**. También nosotros fuimos reytistas; pero el General se rajó, formamos un club madeirista que luego sostuvo al licenciado Gutiérrez Allende para Gobernador. Yo triunfé como Presidente Municipal.

Recorrí con la mirada toda la tienda: había un librero con las obras de Vargas Vila, libros escolares, papel, lápices, etc.; y luego muchas piezas de ropa con sus colorines y dibujos; piloncillos de blanca azúcar, cajones con panocha; zapatos y guaraches; turrón de Moro-

león; sombreros de soyate; alfajor de Colima; botellas de tequila y de Parras; velas de cebo y cirios de cera; petróleo; sillas de montar, espuelas, frenos, sudaderos, jarcias y petates; arroz con garbanzo, manteca de puerco, sal de Colima y yerbas medicinales tales como borraja, gordolobo, estafiate, etc. En latas nomás había sardinas. Estaba yo haciendo el balance cuando entró un joven delgado, mustio, moreno, de grandes patillas y cejas pobladísimas que caían sobre unos ojos sombríos. Bajo un bombín salían mechones de la cabellera, abundantes y desordenados.

—Mire, Manuel —le dijo Antonio— aquí tiene usted al caricaturista del **Perico**.

Medio sonrió el joven y me dijo:

—Ya me hará mi retrato... —y me arrojó su mano como quien echa al agua una ancla—. Su boca dejó de parecer pico de gallo de pelea. (Con la otra mano se levantó el bombín):

—Soy su amigo... Manuel Martínez Valadez... a la orden...

—Yo lo soy de usted... (Nuestras manos se estrecharon y volvieron a estrecharse). Saqué luego mi lápiz y pedí papel. —Por favor, póngase de perfil... —le dije—. Cuando terminé, le mostré mi dibujo.

—Ja... ja... ja... —Rieron Antonio y todos los parroquianos, menos mi víctima, que cogió el papel, le dio vueltas, muy serio, y se lo metió a la bolsa del saco.

—¿Usted es el dueño del cinematógrafo de la Plaza de Toros?

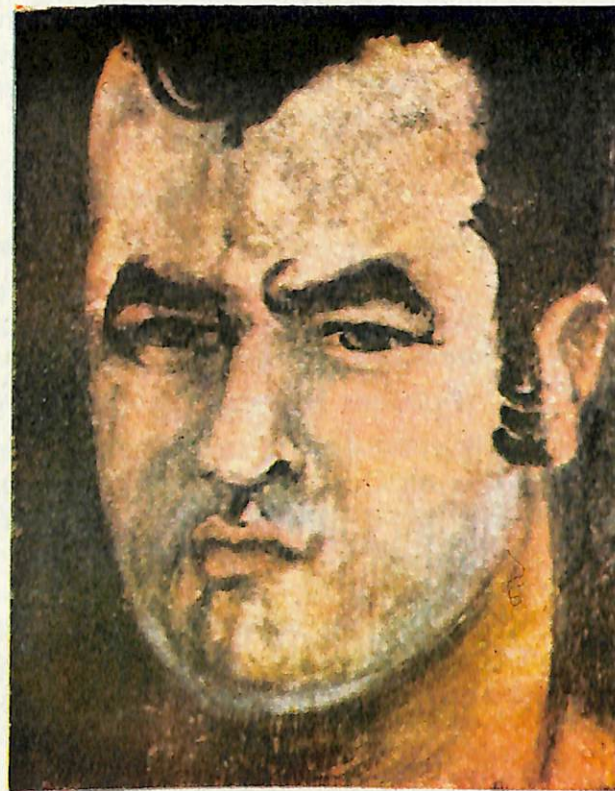
—Sí... Es decir, soy socio.

—¿Por qué le puso EROS?

—Pues porque en Atotonilco mi socio Galván es muy popular con el nombre de Señor Eros... y para aprovecharlo... —Ahora Manuel sí se rió roncamente.

—Yo me había supuesto que usted era un caricaturista erótico.

Volvió a reír con ganas, socarrón. Luego quiso dulcificar su risa, amablemente; pero no conseguía más que adelgazarla, porque su voz seguía influyendo bruscamente, como cascada sonora en una honda caverna subterránea. Ronca, honda, de bajo profundo... Así fué toda su vida. Aquellas sonoridades de vibración metálica como las de la cuerda más gruesa de un violín, influían mucho en todo su ser. Manuel y Antonio eran primos; éste era mayor de edad que él y se hablaban de USTED, ceremoniosamente, a pesar de ser parientes. Así me traté yo con ellos mucho tiempo, pues en Arandas es



El poeta Manuel Martínez Valadez, por José G. Zuno

muy difícil romper el turrón, porque las costumbres se han petrificado desde los tiempos del Rey mi Señor. Intentanba yo tratarlos de tú, pero no me correspondían y yo me retiraba corrido. No por ello dejamos de intimar mucho, al grado de que durante el día, estábamos en la tienda juntos; y en la noche, en la Plaza de Toros. En una ocasión, se proyectaba en la pantalla una película de rancheros tejanos, con sus correspondientes carreras de caballos tras las manadas. Manuel y yo estábamos a la entrada cuando un arriero barbudo, tipo puro de castellano, se nos acercó. Vestía camisa y calzón de manta manchados con el rojo almagre de la tierra de los Altos. Sobre el pecho y las piernas colgaba un mandil de cuero de venado, en la cabeza llevaba un sombrero medio cordobés, de palma, con toquillas y barboquejo. En la mano, un chirrión de vaqueta retorcida.

—¿Es usted el dueño?

—Sí señor. ¿Qué se le ofrece?

—Aí traigo unos cien manojos de hoja... rastrojo de maíz, muy buenos, muy grandes... Se los doy baratitos... Si me los compra me puedo volver luego a mi casa... Cómpremelos, por favor...

—¿Pero yo para qué quiero el rastrojo?

—¿Cómo que pa qué? ¿Luego tanto animal que tiene? Los acabo de ver ái en el redondel de la Plaza. —Manuel soltó la carcajada y yo la iba a soltar, pero el ranchero empuñó el chirrión amenazador y nos vió desafiante.

—No, amigo, no se enoje. Mire, venga para que vea cómo los animales del señor Zuno son de luz y de sombras y no necesitan comer. —Manuel se lo llevó casi a fuerzas hasta la caseta del proyector del cine. De ahí volvió más confuso, mirándonos con los ojos muy pelados:

—Uno qué sabe... Ustedes perdonen... Ojalá me dieran la receta pa que mis mulas y mi vieja tampoco comieran... ¡Diablos de gringos...! —Y se fué moviendo la cabeza todo desconcertado.

Había en el pueblo un hombre a quien por apodo le llamaban Chéncho Pitarrillas, dicharachero y gracioso. Manuel adoptó ese seudónimo para firmar algunas cosas irónicas que escribía. Después, cuando estábamos todos de broma, no le decíamos Manuel, sino Chéncho Pitarrillas.

Arandas casi no se movía sino los domingos o días de fiesta, y entonces daba más la impresión de ser un pueblecillo español. Hasta los vestidos de los rancheros parecían más bien de aldeanos o campesinos de España.

Don Marcelino Alvarez era un doctor charro y bigotón, gordito, magnífico amigo, muy caritativo, rico, hagan ustedes de cuenta esos charritos de cartón de León, Guanajuato. Precisamente de allá venían muchos enfermos a curarse con él, pues era muy famoso en todo el Bajío. Hacía un elixir de vida con pulque cocido y quina. El hotel Camarena se llenaba con sus clientes. Este hotel, era a la vez el taller fotográfico del lugar y ahí pudimos pasar revista a las bellezas del rumbo y a los petronios alteños. Antonio fue novio de la Reina de la Primavera en 1912.

Chema Torres era uno de los Elegantes del pueblo. Había ido a trabajar a los Estados Unidos y desde allá cayó de improviso un día, sin decir agua va, con unos pantalonzotes bombachos como los del Príncipe de Gales, que más bien parecían un paracaídas o unas enaguas. Su chaqueta era como las de ahora, pero sin las grandes hombreras que nos dan la auto-ilusión de que somos generales de división cuando menos. Aquéllas daban la impresión de ser costales harineros de medio uso. Fué Chema Torres el precursor de los espaldas mojadas. Ni a Manuel ni a ninguno de nosotros nos contaminó aquella moda. A Ixca Fariás sí. Como había vivido por años en Chicago, estaba más en peligro de contagio. De puro yute se mandó hacer un sacorrón y unas pantaloneras que le hacían parecer tamal de cachaza mal fajado. Como Chema trajo muchos dólares en los bolsillos de su estrafalario vestido, no faltaron imitadores que quisieron ir y fueron al Norte por su provisión correspondiente. Uno de ellos, de cuyo nombre no quiero acordarme, se propuso vestirse y enriquecerse a lo Chema Torres. Por principio de cuentas, se dirigió a la tienda de Antonio, e inquirió por un libro en el que pudiera misitar el inglés. De los que le mostraron prefirió el Berlitz... Este método no trae la pronunciación real y nuestro bracero en ciernes, o zurumato, como les llamábamos a los que iban a trabajar a los Estados Unidos, aprendió al pie de la letra todo el texto. Cuando lo repasó y estuvo seguro de que se lo sabía de memoria del pe al pa, quebró su alcancía de puerquito de barro y

se compró su boleto de ida y vuelta, por las dudas, hasta Laredo, Texas... y se nos perdió de vista. No transcurrió una semana cuando lo volvimos a ver por las callejuelas del pueblo, muy contristado y con su viejo vestido ajustado.

—¿Qué te pasó que volviste tan pronto? —le preguntaba todo el mundo.

—No saben inglés los gringos. Pasé la frontera, me bajé del tren y me metí a una fonda para comer. Le dije a la mesera:

—I am ungry— I liqué to éat... I jabe mónei for éat... Jive me uater... —Nomás se me quedaban viendo... y se iba sin traerme nada... Me fui a otra parte:

—Ou are you... god bi... —Así me pasé ese día, repitiéndoles de viva voz a todos y a todas, mis lecciones de Berlitz... y de plano me volví a mi Laredo México, donde me tragué tres platos de birria y me aventé tres tequilas de puro coraje. Si no tengo la precaución de comprar boleto de vuelta, allá me quedo por tarugo... Son re brutos los gringos... Ni hablar inglés saben...

ooOoo

El Palacio de Pinillas es uno de los lugares más visitados de Arandas. Se trata de un rascacielos frustrado, en ruinas, antes de nacer... Un prestamista muy rico, avaro, egoísta, de apellido Pinillas, vio una tarjeta postal con el edificio del Times de Nueva York y se propuso imitarlo en Arandas. Lo empezó a construir y la obra constituyó uno de los paseos más socorridos los domingos y días de fiesta. Con la primera tormenta, aquello empezó a derruirse como terrón de azúcar, pues como buen financiero, Pinillas lo quería fabricar de puro adobe pegado con vil barro. Al entrar la temporada de secas, volvió a las andadas y levantó hasta cinco pisitos, que pensaba alquilar carísimos haciendo cuartitos lo más chiquitos posibles. Pero la Justicia Divina intervino; y cuando empezaban los albañiles a levantar el sexto piso, se vino todo abajo con tan gran estrépito, que hizo levantar a todo el pueblo creyendo que se acababa el mundo. No hubo víctimas porque la hecatombe se celebró nocturna... con la sola asistencia de un velador que, muy viejo y macuco, prefería dormir en la esquina de enfrente y por ello salió ileso... Ahí las pagó todas Pinillas. Se quedó sin miel y sin jícara;

sin un centavo... Aquí está la demostración de que también el progreso tiene sus episodios dramáticos...!

ooOOoo

Aunque yo no ví muchos acontecimientos tan importantes como éste de la vida e historia arandense, los consigno porque me llegaron por la fidedigna tradición del señor Secretario del Ayuntamiento, el joven don Indalecio Ramírez, entonces joven, de la tribu de los numerosos Ramírez; y por boca del ilustre Obispo de zacate, don Adrián Hernández López, eje, centro, motor, guía y proveeduría del Ilustre Partido Liberal Democrático de Arandas, Jalisco.

En una de las vueltas que dí a Guadalajara, de broma, le puse una carta a Manuel con esta dirección: "AL MEJOR POETA DE ARANDAS". Era cura del lugar el poeta don Amando J. de Alba, a quien Manuel profesaba un irreligioso celo. Yo creí que del correo enviarían mi misiva al señor cura De Alba, pero me equivoqué, pues la carta, paró, virgen aún, en manos de Manuel, cuando yo esperaba que don Amando, al abrirla y ver que se trataba de Manuel, gentilmente se la hubiera enviado con el sacristán, no sin que éste hubiera recibido un puntapié cuando menos de Pitarrillas, por haberle violado su correspondencia.

ooOOoo

Con frecuencia se nos perdía Manuel por muchos días... Supimos que se los pasaba devorando la magnífica biblioteca del señor su padre, licenciado don Francisco Martínez Barba, que era numerosa y selecta. Manuel nunca cursó ni en Universidades ni en Seminarios y no concurrió a más escuelas que la del pueblo que tanto quería, la parroquia. Cuando regresaba, mustio, melancólico, nos leía sus bellos versos. También desaparecía de pronto y se iba a encerrar a su casa. Gozaba aislándose como un misántropo, pero se solazaba después con los amigos y nos pasábamos frecuentemente las noches en claro.

Antonio nos convidó un día, a unos veinte de sus amigos, para que fuéramos a comer a su huerta de mezcales, allá por El Chilaré. Fue una trampa. Tenía ya principiada la construcción de la taberna para la elaboración del tequila y le hacía falta una piedra grande para con ella labrar la muela. Sobre el arroyo encontró la que necesitaba, pero bastante lejos del lugar en que quedaría el

molino y planeó el día de campo para ponernos a todos a jalar el monolito, después de darnos la primera copa de tequila con su correspondiente botana y así lo hizo. Pero Manuel desapareció de la escena huyendo de la tarea, a pesar de que podía decirse que íbamos a ejecutar una benéfica obra de progreso, ya que eran los primeros pasos que daba, balbuceante, la ahora floreciente industria tequilera de Arandas. Los primeros corazones de mezcal que fueron sacrificados en aquella piedra, con el fin de sacarles la sangre, en holocausto al dios Baco, quedarían apachurrados gracias a nuestras canillas, que llevaron la piedra que los había de moler. Por supuesto que de la comida que llevó en su itacate Antonio y de las botellas de tequila, no dejamos ni señal. Manuel no aparecía por ninguna parte. Ya para regresar nos echamos a buscarlo por todo el arroyo hasta dar con él en una ladera, en la misma actitud que Sancho encontró a Don Quijote en la Sierra Morena, cuando velaba sus armas: en cuclillas, bajo una enorme encina, con los codos clavados en las radillas y la cabeza entre las manos, pensativo, mustio, tristísimo.

—¿Estás haciendo versos...? —le preguntamos.

—Ustedes son unos cafres... tragan como animales y beben tequila a lo bruto... Desconocen las bellezas de la naturaleza... Y nos hizo una mueca de desprecio.

Frecuentemente repetía las escapadas. Lo sacábamos de sus cavilaciones abstraccionistas de debajo de las huizacheras.

ooOOoo

Ibamos con mucha frecuencia a Guadalajara y a Atotonilco. En esta bella población teníamos novias. La mía era sobrina de la de Manuel. Vivía en la única casa particular de dos pisos. Durante el día, platicábamos a gritos desde los balcones del hotel de la Marina, y en la noche, desde la calle. Para nosotros terminaban las largas conferencias con torticolis. ¡Con qué admiración recordaba yo a cuatro enamorados novios de la calle del Carmen, de Guadalajara, hoy Avenida Juárez...! Eran ellos, Aurelio Hidalgo, el güero Cortés, Trino Sepúlveda y el distinguido y chaparrito señor Ascencio, con su piochita. Ciertamente que la calle del Carmen se había hecho famosa por aquellos cuatro novios; pues por muchos años, cuando alguien, de fuera preguntaba que cuál era esa calle, le decían:

—Donde vea usted cuatro novios platicando desde la banqueta

con sus novias, que deben estar en los balcones... —Pero Manuel y yo no aguantábamos tanto y por fin nos dieron las de Atotonilco, merecidas calabazas. Manuel abusaba del parentesco de mi novia y al presentarme con alguien decía:

—Le presento a mi sobrino, el señor don José Guadalupe Zuno, caricaturista.

ooOOoo

Cuando cayeron las primeras tormentas, mis socios del cine y yo abandonamos Arandas, porque durante la temporada de lluvias, todo mundo se va a los ranchos, a trabajar las tierras o a veranear. El pueblo se queda solitario. ¿A quién le íbamos a exhibir nuestras películas de vaqueros tejanos, la de Zigomar, la de Max Linder, la de Raffles? Pero durante el tiempo que ahí viví, llené todas las casas de caricaturas de todos los vecinos. La tienda de Antonio las tenía en exposición constante clavadas en las armazones. Así las tenían en el telégrafo y en la Botica de don Marcelino Alvarez, Manuel era mi favorito hasta que lo cansé y me dedicó su soneto que publicó la Revista Argos, de Atala Apodaca y que dice así:

AL MARGEN DE MI CARICATURA.

A José G. Zuno

Aunque no se parezca, hazme un bello retrato
y no una horripilante cabeza de Medusa.
No te perdono, hermano, tu alevé desacato.
Me pintaste muy feo... y no tienes excusa.

Con tu lápiz maldito, con tu lápiz ingrato,
con el mismo cortaplumas que Satanás aguza,
me has pintado con cara compungida de beato,
que a tomarse un buen trago de vino se rehusa.

Como cola de gallo, mi célebre melena;
ojos de can con hambre y una nariz que llena
el deseo del que busca un sable colosal.

Una frente "de a carpa" y una divina boca,
que, como si quisiera besar al Diablo, evoca
un mortero de guerra o un enorme brocal.

o o o

Si alguien nos hubiera dicho en aquellos días, por ejemplo, que Antonio y yo llegaríamos a ser Gobernadores de Jalisco, lo hubiéramos tomado por una locura, pues ninguno de nosotros pensaba en aventuras políticas. Ciertamente que Antonio había sido Presidente Municipal, pero no le llegaron las ganas para más, si no cuando, puesta en vigor la Constitución de 1917, se convocó a elecciones federales. Se batió entonces duramente. Le resultaron contrincantes que venció primero en el distrito, donde por razón de su tiendota y de las otras actividades que había desarrollado, era realmente muy popular. Venció después en México, en el Colegio Electoral, pues aun cuando tenía ya muchos amigos allá, José María Cuéllar y otros jaliscienses que también iban ya con sus credenciales, le ayudaron mucho, así como algunos amigos de nosotros. Ya para cuando yo llegué al Congreso con mi credencial por el Primer Distrito, Antonio era el indispensable Secretario de la Cámara de Diputados, con amplia influencia por su trabajo asiduo en la Legislatura anterior y nos fué muy útil para quienes llegábamos como novicios. Todavía en esos días no imaginábamos que llegaríamos a ocupar la gubernatura de nuestro Estado. Claro que para llegar a ello tuvimos que pasar por mil peripecias. Yo más que él, pues antes de lograr el primer triunfo, soporté varias derrotas que casi me anonadaron. Precisamente por esos rumbos de Los Altos de Jalisco, padecí una buena lección. Teníamos entonces un semanario al que llamamos Etcétera, ilustrado con caricaturas, en forma de revista. En ella hicimos una campaña en favor de los artículos radicales que se discutían en Querétaro en el seno del Congreso Constituyente. El General Diéguez quedó muy complacido por nuestra actitud, pues ni los periódicos que él pagaba se preocuparon por cuestión tan importante. Escribíamos el semanario Jesús S. Soto, Manuel Hernández Galván, Enrique Díaz de León, Alfredo Romo y yo. Carlos Sthal, Romo y yo, éramos los caricaturistas.

Al lanzar el Gobierno de Jalisco la convocatoria para las elecciones del Congreso Local, Manuel Hernández Galván y yo formamos una candidatura, pues él decía contar con muchos partidarios en los límites con Guanajuato, de donde él era; y yo contaba con mis amigos de Arandas y de Atotonilco. Fue consultado el General Diéguez y manifestó su simpatía, lo cual nos alentó y resolvimos

jugárnosla. El año de 1915 caí muy enfermo de paludismo, que contraí cuando el Centro Bohemio se trasladó de la Calle de Tolsa a la Colonia Seattle, pues de la presa de Atemajac, salen millones de mosquitos. Después me agravé porque así enfermo fui a Colima por muchos meses, en gira cultural con el grupo de Atala Apodaca. Los médicos me aconsejaron que pasara una temporada en alguna parte alta y preferí, naturalmente, Arandas. Para entonces había ahí un Casino, fundado por Gregorio y Rafael Orozco, que habían establecido una gran tienda de ropa con el nombre de "La Ciudad de México". También el Casino quedó tapizado con caricaturas. Encontré a Manuel más mustio que nunca. Aparte de las inyecciones de quinina, de las píldoras de Pelletier y de la miel de maguey del doctor Alvarez, me hicieron mucho provecho el tequila de Arandas y las tertulias en la tienda de Antonio, en el Correo, con los Villagrán; en el Casino, con los Orozco, y en el Juzgado de Letras con el Juez, señor licenciado don J. Jesús Guzmán Vaca. Hombre muy culto, era capaz de pronunciar un buen discurso a pesar de su tartamudez. No vencía su defecto excitando su lengua con arenillas, como Demóstenes: sino que apuraba dos o tres tequilas, con limón, y el gran orador griego se quedaba muy chiquito junto a Guzmán Vaca. Pero volviendo al relato de mi campaña política, dadas las continuadas relaciones que con la región mantuve, en cuanto llegué y solicité cartas de recomendación para los pueblos de San Julián, Unión de San Antonio, Los Reinosos y San Diego de Alejandría, que correspondían a mi distrito electoral, las obtuve a montones. Entre tanto, Hernández Galván hacía su gira por Lagos, San Juan, Santa María y San Miguel. Convidé a Manuel para que me acompañara, pero se resistía mucho. Yo llevaba una capota de las llamadas pelerinas, a la española, que le llenaba el ojo a Manuel. Le ofrecí que él la llevaría durante el viaje y en cambio me prestaría un jorongo. Le gustó el trato. A un tío, de las Valadeces, le pidió prestados dos caballos ensillados y enfrenados y una pistola enorme, con su carrillera bien repleta de cartuchos, de un calibre, creo que cincuenta o sesenta, como para matar elefantes. Una tarde, luego de comer, salimos rumbo a San Julián, en medio de las bromas de los amigos. A medio camino, cuando bajábamos la cuesta del Josefino, nos cayó una tormenta con rayos y truenos, éstos por el estilo de las sordas y roncadas carcajadas de Manuel. El piso rojo de almagre de Los Altos, con el aguacero quedó muy resbaloso; y tal vez por ello, el cuaco de

Manuel decidió no caminar más. Fueron inútiles los espolonazos del jinete y las maldiciones brucas que le lanzó y los garrotazos que yo le arrimaba por mi cuenta. Quedamos inmóviles. Parecíamos dos estatuas ecuestres con muy poca expresividad guerrera ni heroica. Estábamos fritos. Nuestros trajes y sombreros, sobre todo el bombín consuetudinario de Manuel se habían encogido, pues por aquellos días aún no se había inventado la sanforizada... De suyo angostos, los pantalones ahora se nos habían untado en las piernas y estábamos como escolapios de tercero con pantalón rabón. Por fin se nos ocurrió que nos fuéramos turnando en mi caballo mientras el de a pié jalaba del freno al remiso y el montado le sonaba en las ancas una serenata de garrotazos. Así lo hicimos. Por tres veces nos habíamos relevado, cuando de pronto también mi cuaco tomó la resolución inquebrantable de clavarse con sus cuatro remos en el colorado camino. Se había contagiado de la sicosis del otro, pero el caso fue más grave. No le dejamos hueso bueno ni lugar sano en todo el pellejo, pero daba trazas de no sentirlo. Era como de piedra. Ya el pueblo de San Julián estaba a la vista y la noche iba cayendo poco a poco. Era urgente resolver algo y lo resolvimos. Desensillamos las bestias, les quitamos las riendas y nos echamos todo el aparejo sobre nuestras espaldas y tomamos rápidamente nuestro rumbo, por fortuna cuesta abajo. De vez en cuando refrescábamos el mal humor con un relincho o un par de coces con nuestras extremidades espeladas. Pero yo para mis adentros, sentí el más sonado fracaso electoral. ¿Quién habría de votar por un candidato que llegaba a las sacrosantas urnas del sufragio popular ensillado como un rocinante cualquiera? Nadie me tomaría ya en serio. Entramos al pueblo en medio de una lloviznita, que de habernos caído en otra ocasión, hubiera inspirado en Manuel un soneto, con su paisaje romántico, lugareño, como a él le gustaba. Entramos por el portalón de la casa del chaparro Juan Zermeño, nuestro amigo de San Julián, en los momentos en que encendían una farolata de petróleo que tenía colgada en el arco. No nos conocía. Aquel par de bultos informes lo alarmaron y echó mano a la pistola. Manuel gritó:

—No la friegues... somos nosotros... —La bendita voz ronca de Manuel lo identificó y Juan soltó una sonora carcajada.

—¿Tú eres, Pitarrillas? ¿Dónde dejaste tu jinete?

—Aquí estoy, —le dije yo por debajo de mi ensillamiento. Ma-

nuel se puso furioso por mi broma, aventó lejos su aparejo y se me fue encima; pero yo también largué el mío y corrí hasta detrás de Zermeño, que se había sentado en el suelo para reirse con más ganas, agarrándose el estómago con las dos manos. Cuando se repuso dijo:

—Ya los esperaba, pero no ensillados... Pásense, que les tengo una buena cena.

—Yo no tengo hambre, —le dije—. Te noticio que retiro mi candidatura. No me gusta ponerme en ridículo. Toda la gente se burlará de mí.

—Cómo serás tarugo... ¡Si la tienes ganada desde ahorita...! Con esto que les pasó todo mundo votará por tí... Para probártelo, vamos a la tienda de los González y González. —Y fuimos. Era más o menos como la de Antonio, pero en un extremo del interior estaba una peluquería y en el otro el consultorio del médico homeópata del lugar. Había mucha gente comprando sus mercaderías. Juan contó casi a gritos cómo habíamos llegado aparejados y quiénes éramos. Todos abandonaron lo que estaban haciendo y fuimos objeto de la admiración general, que se manifestó en la forma de estruendosas carcajadas. Cuando Zermeño dijo que yo no quería seguir como candidato, todos protestaron.

—¿Cómo, ahora que se ha hecho tan popular, va a correr? No se lo permitimos. Nadie votará más que por usted... —Y así fué. El chaparro nos prestó dos magníficos caballos de carrera, pues tanto él como todos sus antepasados eran los más famosos criadores de caballos finos en todos los Altos y en el Bajío. Fué triunfal nuestra gira. Esa misma noche, nos estuvimos en la tienda de los González hasta después de las doce. Cada cuarto de hora, Manuel salía a la calle, después de echarse al colete un tequila más, sacaba el pistolón-rifle del tío Valadez y disparaba una salva de veintiún cañonazos, que hacían temblar la torre y sonar las campanas al grito de "VIVA ARANDAS... JIJOS DE LA MATRACA...! Al día siguiente salieron azorados los habitantes preguntando si habían entrado los villistas... En un santiamén montamos en los preciosos potros, recorrimos las partes del distrito que me correspondían y las urnas del sufragio efectivo engordaron hasta casi reventar el día de las elecciones, en honor mío, como admiración por el episodio del auto-ensillamiento. Pero no bastó mi esfuerzo para ganar la curul, porque a Manuel Hernández Galván le pasó lo que al arandense del

método Berlitz... Nadie lo conoció, ni le entendió sus eruditos discursos, ni menos lo reconocieron como él suponía. Y como no tuvo oportunidad de ensillarse, porque viajó en ferrocarril, nadie advirtió su presencia. Y perdimos. No quise ni verle la cara al general Diéguez. Cuando regresamos a Arandas, había expectación por nuestra suerte. Los caballos del tío Valadez, en cuanto nos vieron lejos, dieron reversa y al trote largo y tendido volvieron a su pesebre querido. El tío quedó espantado. Sus animales estaban ahí sin las monturas ni los montadores. Corrió como pólvora la noticia, y se escribieron cartas a San Julián, preguntando por nuestras personas; pero nosotros llegamos antes que las contestaciones, muy ufanos, armando una trifulca, calando y corriendo los buenos cuacos. En la jira, había yo dejado mis huellas características en todos los pueblos y había ensayado una especie de crónica gráfica de nuestras aventuras. De manera que, cuando me preguntaban qué había pasado, no hablaba; sacaba mi lápiz, pedía papel y... a dibujar... Manuel se ponía furioso. Ahí aparecía él prontito, o jalando su recua, arrastrando mi preciosa capa por el vil y rojo lodo, y muy bien ensillado y enfrenado, reparando como cualquier asno... y yo también me auto-caricaturizaba, muy envuelto en el jorongo rayado de Manuel con lo cual se conformaba a medias. En la tienda de los González quedaron constancias fehacientes de todo ello. Y a propósito del apellidado González, debo decir que hay tantos por allá, que forman legión. Una noche, cuando transcurría en la Plaza de Toros de Arandas la función de mi cine, llegó una sirvienta muy apurada, preguntando por el señor González, pues su esposa lo llamaba con urgencia por haber enfermado. Yo grité, de modo que me oyeran:

—De su casa llaman al señor González... urgentemente...

Más de la mitad de los concurrentes a la función se levantaron violentamente. Todos se precipitaron hacia la calle y el tumulto fué casi como en un incendio. Después he sabido que también en España y en toda América Latina, pasa lo que en los Altos con tantos González, y también en todo el mundo.

o o o

Cuando el profesor Vadillo fue desaforado por el Congreso Local, Guzmán Vaca fue llamado por nosotros para que se encargara, junto con Esteban García de Alba, de combatir el amparo que so-

licitó dicho Vadillo. Usaba ya el Juez de Arandas una barbita, que posteriormente, cuando nosotros habíamos dominado por completo y ocupaba yo el puesto de Gobernador, nos permitió proponerlo para Ministro de la Suprema Corte de Justicia de la Nación; pues con la piocha, combatimos lo que sus enemigos propalaban: que era menor de edad. No tenía, en efecto la edad requerida para el puesto; pero nosotros presentamos el acta de nacimiento de J. Jesús Guzmán Vaca, en donde aparecía con un año más de los suyos; pues un hermano que había muerto niño, fue de su mismo nombre. Acta y piocha fueron los triunfos con que pasó, de ser mi Secretario General de Gobierno, a famoso Ministro de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, donde pronunció formidables discursos llenos de sapiencia.

o o o

A propósito de piocha, nos dio una vez por dejárnoslas a todos los del Centro Bohemio. Además nos vestimos a la Montmartre, con sacorrones cerrados de pana y pantalones a lo Chema Torres, de la misma pana, verde o negra; gran sombrero de alas anchas, a la parisiense y una corbatona de moño. Nuestra fisonomía cambió por completo: Juanito Lavat parecía un curandero de El Cairo; Agustín Basave un prestamista de La Meca; Hernández Galván un fakir hindú; Amado de la Cueva, un santón marroquí; Manuel Martínez Valadez, el último abencerraje; Romo un beduino; Ramón Córdova un califa de Granada y Toño su hermano el gran visir; Díaz de León, Harún-al-Raschid; Joaquín Vidrio, el rey Fernando de Castilla; Javier Enciso, Abd-el-Krim; Juan de Dios Robledo, un cadí de Córdoba; Xavier Guerrero, Abú Casem, Ixca una mala imitación de Cristo; y Sotito, por chaparro, parecía uno de los siete enanos de Blanca Nieves. Por mi parte, sé decir que el parecido me lo encontró Lupe Marín. Así me lo hizo saber Jorge Javier de la Cueva. Había ido ella a ver a la estrella italiana de aquellos lejanos tiempos, Pina Menichelli, en la película que se llamaba LA DAMA ENCUESTRA SU PINTOR... Lupe era muy guapa y elegante, parecida a Pina. En la ciudad la llamaban, galantemente "Lupe la Menichelli". A Jorge le dijo que yo me parecía al pintor; yo lo supe y procedí de inmediato a aproximar mi piocha a la dama. Le confié mi plan a Manuel y juntos escribimos una cartita muy romántica, a la Antonio Plaza, en un pliego de papel con florecitas y palomitas de amor... No dí mi nombre. Dije ser pintor. Pedí una cita y anuncié que a las

ocho de la noche aparecería por las cercanías de su ventana, por ser la hora clásica de las pláticas de los novios tapatíos. Acababa el reloj de Catedral de dar la última campanada de las ocho, cuando yo me presenté envuelto en mi famosa pelerina café, dejando ver por detrás la punta del bastón a guisa de espada, con el amplio sombrero echado sobre los ojos y algo de piocha visible. Lupe salió a la ventana. Me acerqué y tras de mí, agachado, Manuel. Me identifiqué. La entrevista fué cortísima. Manuel apareció en seguida, nuevo Cyrano, y entonces el jolgorio fue mayúsculo. No nos duró mucho el gusto, porque de improviso dos manos salieron del fondo oscuro de la habitación y tomando por su abundante cabellera a Lupe, se la llevaron violentamente. Era la mamá que había oído la algazara. No obstante, Lupe y yo fuimos novios algunas semanas; mejor dicho, fue la novia de todos, porque en cuanto corrió la noticia entre los compañeros, hasta Xavier Guerrero se aparecía a las ocho de la noche junto al balcón y hubo vez que tuviéramos quórum del Centro Bohemio, en plena calle frente al balcón de Lupe. Por fin la mamá acabó por invitarnos a pasar. No era aquello un triángulo, sino un verdadero polígono pasional, del cual no salió ninguna tragedia, sino un melodrama, que vino años más tarde, cuando Lupe emigró a México y se casó con Diego Rivera. Entre los que me acompañaban al palique se contó al Karikato Carlos Orozco Romero; pero a él sí se lo conchavó María la hermana de Lupe... Se enamoraron de verdad... Se casaron... Fueron muy felices... Y tuvieron muchos hijos... Y colorín colorado.

o o o

El Museo era nuestro principal centro de operaciones durante el día y el mayor desconsuelo para Ixca. Una vez le oímos quejarse de sus dificultades con las señoritas Trejo, inquilinas gratuitas de parte del edificio, profesoras todas ellas. Deseosos de quedar bien con Ixca, planeamos Manuel, Xavier Guerrero, Amado de la Cueva y yo una maniobra y la ejecutamos. Nos descolgamos en medio de las sombras de la noche por el patiecito, disfrazados de fantasmas, con sábanas blancas. Empezamos así una juerga de bailes y gritos al estilo de la Llorona, verdaderamente endemoniada. Las profesoras se habían acostado ya, pero pronto sentimos que se asomaban llorando por las vidrieras. No debimos durar tanto tiempo en la maniobra, pues en una de sus cabriolas, Manuel perdió la sábana y las señoritas lo reconocieron. Huímos con la rapidez propia de los fan-

tasmas, pero ellas se quejaron a la policía y fuimos citados a la Segunda Comisaría, donde por fortuna era Comisario nuestro amigo Alberto Baeza; que si no, mala noche hubiéramos pasado durmiendo envueltos en nuestras sábanas, en el incómodo suelo de las bartolinas de la cárcel, como nunca fantasma alguno haya dormido. Manuel y Xavier vivían también en el Museo, en unos cuartitos que Ixca les prestaba en el segundo piso, pero fueron lanzados sin juicio de desahucio ni nada y sus muebles puestos en el Jardín de la Soledad. Intervenimos todos después y los tiliches volvieron a su sitio mediante una reprimenda que sufrieron los dos fantasmas. No eran ellos los únicos inquilinos, ni las señoritas Trejo; había además una señora tortuga muy grande, que dormitaba por ocho meses del año con gran envidia de Manuel. Había también una gallina de cuatro patas, que esa anciana señora cargaba pacientemente, anudadas dos de ellas bajo la pechuga, principal atracción del público ilustrado de Guadalajara que hacía cola para verla, sin importarle a nadie un comino las salas de obras de arte de la pintura, ni de las maravillosas piezas de arqueología. Un tejón vivía también en el Museo, muy hábil ratero carterista que nos bolseaba cuando menos pensábamos. En tiempo de calores la tortuga aparecía de nuevo y paseaba horas y horas por todo el Museo, admirando las colecciones... y buscando un tortugo. Nosotros caritativamente bañábamos en la pila colonial a los tres huéspedes, concienzudamente, con jabón o lejía, (según estaban provistos nuestros bolsillos), y los dejábamos limpios y frescos. Lo malo no era el aseo, sino la forma de realizarlo. El tejón iba a dar al agua después de una malacanchoncha que Manuel le daba por la cola. Yo dejaba caer a la tortuga de muy alto y de espaldas. Xavier echaba jicarazos parsimoniosamente sobre doña Gallina. La principal defensora del trío zoológico, era la señorita Carmelita Arce... quien todavía ahora me echa en cara mi crueldad... Ella era IMPLIADA del Museo, como le decía Agustín, el único IMPLIADO y vigilante de aquellos días. Ella nos reclamaba enternecida:

—Pochitos animalitos, no los maltraten... No sea malo, señor Zuno... Déjelos, no los martiricen...

Por eso le decíamos a ella POCHITA... y así le sigo diciendo yo ahora, por la sencilla razón de que se casó conmigo... Y fuimos muy felices... y tuvimos doce hijos... y colorín colorado, el cuento no se ha acabado...!

La Escuela Normal para señoritas era otro centro de nuestras actividades culturales y deportivas. La directora, Laura Apodaca y su hermana Atala, nos distinguían mucho y nos encomendaban tareas artísticas, tales como el arreglo de festivales ahí mismo, o en el Teatro Degollado, o en el Hospicio, que dirigía doña Dolores Nieto viuda de Lavat. Vivían en Guadalajara los vates José D. Frías y Samuel Ruiz Cabañas, que desde su llegada engrosaron las filas del Bohemio y colaboraban en nuestros periódicos así como en la Revista de Atala, llamada Argos. También nos invitaban para fines semejantes, en la Escuela Industrial y Comercial cuya Directora, Catalina Vizcaino, nos distinguía igualmente. Con las alumnas de los tres planteles, teníamos sobrado material femenino para los cuadros plásticos, los carros alegóricos, los desfiles. Manuel era el crítico. Se divertía mucho y flechaba a las lindas pollas de la Normal, o del Hospicio, o de la Industrial, que eran nuestras buenas amigas: Carmen Aldrete, Lola Zepeda, las Villalpando, las Orozco, las Robledo, las Jiménez, Adelina Bouquet, Lupe Torres, Elisa Palafox, Mercedes Ruiz, María Lavat, Ofelia Ibarra... todas ellas convertidas a veces en La Justicia, La Patria, La Ciencia, la Poesía, La Abundancia, Xochitl, Josefa Ortiz de Domínguez, etc., etc., según la fecha de los festivales y el motivo de ellos, y gracias a los recursos de Carlos Sthal y míos, ayudados por grandes tiras de manta blanca, por kilos de albayalde y de polvos de oro, de bronce, de plata, con todo lo cual transformábamos en estatuas a nuestras bellas amigas. Formamos entre nosotros un equipo de basket-ball al que bautizamos con el nombre heróico de Marathón... Pero jamás ganamos partido alguno. Díaz de León era muy torpe y perdía la pelota antes de ganarla... Sotito ni las alcanzaba de tan chaparrito. Hernández Galván, por más que refería que era campeón de beis y de basket en Guanajuato, jamás metía una canasta, a pesar de lo gigantesco que era, porque le faltaba rapidez. Romo era impaciente y Amado muy brusco. Toño Córdova era el más atinado. Nunca pasamos de la tercera categoría; pero eso sí, en la Mesa Directiva de la Federación de basket de Jalisco, todos teníamos puestos.

o o o

Por supuesto que todas estas actividades lícitas las alternábamos con las ilícitas, cuando entre charla y charla se nos subían las

copetonas. Una noche armé yo una frasca fenomenal frente al Teatro Principal, porque me pareció reconocer en un señor con vestido negro, al sacristán de Mexicaltzingo y le reproché que anduviera de picos pardos, mirando zarzuelas coloradas, dado su empleo. El hombre se molestó tanto, que se me vino encima a puñetazos; pero después de dos regocijados rounds, sin réferi ni cuicos, que no había logré derribarlo y rápidamente le saqué un botín, que levanté en alto, y les grité a mis amigos:

—Veni... Vedi... Venci... Y para prueba aquí está el botín... —Todo el grupo estaba gozando a carcajadas, en rueda, a media calle. Manuel, entre tanto, encantado con el borlote, se le dejó ir al sacristán y le quitó el otro botín. Después refería toda la aventura por su propia cuenta, como el único héroe, en Arandas y en Guadalajara. Los dos botines quedaron clavados por meses en la puerta del Centro, como muestra. La razón de nuestra inmunidad era la de que Soto o algún otro de los oficiales del Estado Mayor del General Diéguez, andaban siempre con nosotros. Otra noche, Luis Felipe Chaoul pagó la cena para todos en una fonda, por el barrio de la Capilla de Jesús. Salimos de ahí chispas y Sotito dio principio a la balacera. No hubo foco que quedara bueno desde ahí hasta la casa de Ahumada, en Madero, donde vivían todos los del Estado Mayor. Encontrábanse ahí Tomás Morán y David Alfaro Siqueiros, también oficiales como Soto, los cuales entusiasmados por la gresca, salieron también con rifles y pistolas y el tiroteo tomó proporciones de batalla. La ciudad quedó a oscuras. Bastaba que algún gato nos pasara cerca para soltarle una andanada... Llegamos a la Comisaría de San Diego, donde un oficial de apellido Gandarilla era Comisario, amigo nuestro, y metiendo las armas por la ventana, gritamos todos a la vez:

—Viva Pancho Villa... ¡jijos...

Nadie nos presentó resistencia. Estaba reciente el albaño de Julián Medina y al día siguiente los periódicos informaron que se había repetido el asalto. También de esta trifulca se atribuyó Manuel todos los honores, contándola en Arandas como suya.

o o O o o

Cuando el general Diéguez derrotó a las fuerzas villistas en las cercanías de la ciudad, yo me di cuenta inmediata de ello, pues tra-

bajaba en el Rastro Nuevo y desde las azoteas del edificio estuvimos todos viendo el desarrollo de la batalla en los cerritos de Santa María, del Gachupín, del Cuatro y de la Calma, y vimos cuando los villistas abandonaban la acción y tomaban derrotados sus trenes para huir en dirección de las Juntas. En el Rastro, trabajadores, empleados, patronos y comerciantes, apresuramos nuestras tareas y lo más rápidamente que pudimos abandonamos todo, pues los indios yaquis de Diéguez tenían muy bien ganada fama de sanguinarios, y ya se les veía avanzar. Atestados venían caminos y veredas. En los árboles del Agua Azul y del Deán colgaban desde hacía meses, los ahorcados de uno o del otro bando, que se distinguían por los trajes: los villistas, rancheros con gorros de petate con listones tricolores, los carrancistas con trajes tejanos. Los zopilotes decoraban con negro el macabro cuadro. Yo pedaleé velozmente en mi bicicleta hasta el portal, donde encontré a Manuel, parado en la esquina de "La Fama Italiana". Le conté lo que acababa de ver y luego me dijo:

—Vente, vamos a ver si don Mariano está en su despacho... A lo mejor no lo sabe y los yaquis lo agarran mansito sin saber a qué horas... Vamos por él.

Fuimos. Ahí estaba el señor doctor don Mariano Azuela, Director de Instrucción Pública con el gobierno de D. Julián Medina, tranquilamente trabajando en pro de la educación popular. Como nos conocía de guasones, no lo quería creer; pero lo convencí con mi relato y luego dio orden a sus empleados de que se fueran. Salimos de Palacio, fuimos a la Biblioteca a recoger a José Becerra, poeta lagunense, compadre de don Mariano, y los cuatro tomamos una calandria y nos fuimos más que de prisa hasta la Colonia Seattle, donde tenía yo mi casa en el Centro Bohemio. Manuel los acompañó todos los días ahí, constantemente, mientras yo venía a mi trabajo del Rastro, hasta cuando don Julián Medina dio su famoso albaño. Don Mariano y José, en cuanto supieron que su jefe estaba en Zapopan, se incorporaron a sus fuerzas y siguieron en la campaña hasta su terminación, cuando recuperaron la ciudad. Manuel llevaba muy activa correspondencia con don Mariano desde años atrás, así como con González León, con Ramón López Velarde y con Rafael López. Cuando alguno de ellos venía a Guadalajara, los festejos eran a todo trapo en el Centro Bohemio y en el Museo. Manuel hacía entonces gala de su ingenio y de su facilidad para versificar. Le daban tema o pié; se sumía un momento en su sombría cavilación y luego

lanzaba sus ironías geniales, que todos aplaudíamos encantados. Las consonantes y asonantes de los temas más trabajosos le salían fluidas, con humorismo y rapidez.

Después de mi triunfo como diputado federal, nuestro círculo de amigos en México eran los hermanos López Velarde; Rafael López; Pedro de Alba; Julio Torri y Francisco González Guerrero. Por entonces llegó de Europa Diego Rivera. Lo llevó a comer con nosotros a la fonda llamada "Los Antojitos Tapatíos", el licenciado José Vasconcelos, quien estaba en constante comunicación con nosotros, porque en el Congreso se ventilaba la iniciativa para crear la Secretaría de Educación. Casi todos los días comía o cenaba con nosotros. Era entonces Rector de la Universidad y también iban con él los más destacados artistas e intelectuales, que luego formaron asidua concurrencia y nos hicimos muy amigos. Diego no pudo encontrar mejor tertulia. Era inseparable nuestro. Le dieron como estudio la capilla de San Pedro y San Pablo y cuando se nos hacía tarde por ahí, nos quedábamos hasta el día siguiente y él hacía lo mismo cuando le cantaba el pajarito de la gloria en el centro, pues nosotros vivíamos en Allende, junto a la Cámara, en una casona de un ex-diputado donde nos asistían a casi todos los jaliscienses de esa Legislatura; y Diego tenía sobrado donde quedarse, a pesar de su enorme humanidad... Manuel se entendía maravillosamente con él y con los demás bohemios de México, salvo con José Clemente Orozco. Los dos permanecían largos ratos sin hablarse, mirándose de hito en hito, algo así como un equilibrio de genialidades y malhumoradas. Por entonces publicó Martínez Valadez su segundo libro, ALMA SOLARIEGA, con una portada de Diego y el retrato que yo le pinté al óleo en Chapala, en unas vacaciones. Anteriormente le había editado Fortino Jaime con un prólogo de Agustín Basave, VISIONES DE PROVINCIA, con una carátula mía y un pequeño retrato interior a pluma. Para entonces ya era Manuel un hombre verdaderamente culto.

Cuando teníamos visitas de poetas y escritores famosos, los encargados de agasajarlos eran Manuel, Díaz de León y Joaquín Vidrio. Vinieron don Ramón del Valle Inclán, Rubén Romero, Eugenio Noel. Los acompañaron Lupe Marín y el Vate Frías, (José D.) Valle Inclán duró tres días. Constantemente tragaba pildoritas de Cannabis Indica... es decir, ¡de mariguana! Nos refirió una noche, cuando lo llevamos a comer pollo con Valentina, que el médico ru-

ral de su pueblo natal no había tenido necesidad de darle ningún anestésico para cortarle el brazo; pues le bastó su enérgica voluntad y su buen trago de aguardiente, para aguantar el trance. Rubén se fue luego; pues había venido a vendernos libros escolares, pero cuando se enteró de que aquí los hacíamos con textos de Manuel y del profesor Tomasito Corona, se despidió muy triste. Pepe Frías duró aquí todo un mes, muy contento. Con Eugenio Noel, bien que se divirtieron Manuel, Enrique y Joaquín; pues como el hombre no hablaba más que de su fobia contra todo lo flamenco, o cuando mucho vociferaba contra los toros, llegó un momento en que los cansó. Noel tomaba por botellas el tequila. Tres borracheras se ponía durante el día y dos en la noche, pues a las tres de la mañana se levantaba para echarse al pico medio litro del de Herradura. Queriendo darle una broma que lo hiciera huír, esperaron al domingo, en que toreaban lor Armilla y Balderas una gran corrida. Lo hicieron beber más que de costumbre y a las tres de la tarde lo cargaron como fardo en un coche y se lo llevaron inconciente a la Plaza, sentándolo en la barrera central, precisamente bajo la tribuna del Juez. Ahí durmió la mona el poeta español, hasta que una de las gritas del soberano público y unas sacudidas que le dio Manuel, lo espabilaron en el momento en que Balderas llegaba hasta la barrera para recibir la cola, las orejas y una pata del burel que acababa de matar magistralmente y al que ya las mulitas arrastraban. Noel se frotó los ojos espantado. Se sacudía las gordas mejillas, se levantaba y se volvía a sentar en medio del ruido de la plaza y de las músicas; veía de uno en uno a Vidrio, a Díaz de León, a Manuel, sin decir nada, pero cada vez más excitado, con los ojos desmesuradamente abiertos. Por fin Manuel le dijo:

—Has muerto ya, Noel; y estás en el Infierno, donde por toda una eternidad tendrás que presidir las corridas de toros, en castigo de ser tan borracho, durante tu vida allá en la Tierra...

—¡No... Noo... Noooo...!— —gritaba el pobre, sin argumentar nada más... De pronto, echó a correr, sin sombrero, hacia los callejones y se perdió entre la multitud. No lo volvimos a ver. Supimos más tarde que la Colonia Española tuvo que meterlo por la fuerza en el ferrocarril, pues ya se había declarado su huésped predilecto; y con sus borracheras se hacía insoportable.

o o o

Era Manuel maestro de la Preparatoria y también daba ahí cátedra Saúl Rodiles. Por dimes y diretes llegaron a un estado de pugna, debido a que Rodiles sistemáticamente reprobaba a los alumnos de Manuel cuando actuaba como sinodal. Cansado Manuel de aquello, acuciado por los muchachos, esperó a que le llegara su turno al más aventajado de su clase, quien dió brillante examen; pero Rodiles insistía en que lo iba a reprobado. Entonces Manuel sacó su pistola, se la puso sobre la mesa a don Saúl y le dijo:

—Mire, jijo de la jijurria... Si no le pone la calificación más alta, usted se va reprobado al mundo de los réprobos...

Aquel muchacho es ahora uno de los maestros de literatura.

Así como tuvo un alto sentido humorístico, también lo tenía respecto de sus derechos. Sumado al romismo, facción divisionista de la Confederación de Partidos que antes habíamos formado, inició sus trabajos formales para lanzar su candidatura por Arandas; pero entre tanto, Romo, en México, comprometió ese distrito con los moronistas y quería que Manuel jugara por Ciudad Guzmán. Enérgica y categóricamente rehusó, prefiriendo no ser diputado, porque, dijo:

—Yo no soy ningún aventurero de la política electoral. No quiero que justificadamente se me pueda decir nunca, que por ser diputado olvidé a mis paisanos de Arandas, que sí me conocen; y que fui a usurpar en Zapotlán el lugar que allá debe corresponder a quien los electores locales prefieran... —Fue precisamente en aquella campaña cuando dio principio el arrebate de curules, sin tomar en cuenta que los candidatos fueran o no populares.

o o o

Siguieron las sacudidas ciclónicas de la política jalisciense y tras de ocupar yo por dos veces una curul en el Congreso de la Unión, la primera representando a Guadalajara y la segunda a mi tierra natal, La Barca, gané también las elecciones municipales de Guadalajara. Al año siguiente, en 1922, las de Gobernador del Estado. Todos estábamos ya en lugares prominentes. Manuel era el diputado local por Arandas y Antonio, Senador por Jalisco. ¡Oh los días lejanos de las giras por la cuesta del Josefino, en malos caballos!

No todo fue miel y ventura en los enredos políticos respecto de

mi amistad fraternal con Manuel. El romismo-cuellarismo nos apasionó de tal modo, que hasta él y yo nos distanciamos. No sé por qué veredas y vericuetos del destino, le aconteció a Manuel un desaguisado de orden y origen que no deseo examinar; pero en el que, naturalmente, nada tuve que ver. Resultó herido. Gravemente herido. Cuando lo supe me apresuré a visitarlo; pero tal era el ambiente que reinaba en su derredor, que advertía claramente cómo el romismo se aprovechaba de ello para alejarlo de mí, como lo consiguió. Pasaron los meses y los años. Una vez, en el Museo, nos encontramos inesperadamente, porque ahí teníamos cita, yo por mi parte y él por la suya, con Enrique Martínez Ulloa, amigo querido, joven abogado, muy buen orador a quien apreciábamos los dos. Sin mediar palabra, sin explicación de ninguna clase, con el mismo cariño con que fundimos antes nuestra amistad sobre las arenas rojizas de sus terrones de Arandas, continuamos entonces nuestra fraternal alianza con las mismas bromas, las mismas charlas sobre los mismos temas artísticos y culturales. Por entonces ya se publicaba la Revista **Bandera de Provincia** bajo la dirección de Agustín Yáñez. En ella colaboramos Manuel, Enrique Martínez Ulloa y yo con frecuencia y firmamos los tres una **Proclama** sobre la Pintura Mexicana. Cuando hace muchos años la pistola de un cafre inconsciente lo dejó sin vida, él pretendía salir del salón de sesiones del Congreso de la Unión; yo, apenas convaleciente de una mortal enfermedad, allá en México, adiviné que algo grave le pasaba; porque noté su ausencia, pues él y Martínez Ulloa me visitaron asiduamente durante mi enfermedad. Mucho lo lamenté cuando lo supe, aunque como digo, no me sorprendió, pues me había imaginado lo peor. De tal manera llegamos a comulgar espiritualmente. Fue muy popular entre los estudiantes. Trabajó amistad con las generaciones de literatos que siguieron a la suya. Lo querían. Comentaban sus excentricidades, gozosamente, Alfonso Gutiérrez Hermosillo, José Cornejo Franco, José de Jesús Ayón, José Luis Martínez, Adalberto Navarro Sánchez, así como los del gremio de la plástica: su sobrino Guillermo Ramírez Valadez, Caracalla, Rubén Mora Gálvez, Pancho Sánchez Flores, Guerrero Galván, Anguiano, Soriano, los Servín, Jorge Martínez. No hay uno sólo de todos ellos que no lo recuerde con cariño.

Cuando actuó como director de Educación Pública del Estado, se condujo con su acostumbrada franqueza y hoy se cuentan infinidad de anécdotas respecto de sus actitudes y resoluciones. Llegaba

al despacho con su inseparable bombín y su garrote-bastón. Ponía las dos cosas sobre su mesa y luego se quitaba la pistola con todo y carrillera, muy semejantes a las que el tío Valadez nos prestara cuando el episodio de San Julián. Después oía las interminables quejas de los maestros, respecto de los maestros, en contra de los maestros, por otros maestros... Sus sentencias eran salomónicas o quijotescas. Las trifulcas entre maestros de escuela adquieren proporciones insospechadas y siendo como son ellos, tan respetables de uno por uno, asociados comprueban aquella regla de Gustavo Le Bon, sobre el relajamiento de las asambleas de los sabios hasta un grado inferior al nivel de las de los iletrados. Los vecinos de un pueblo alteño estuvieron en cinco ocasiones visitándolo para pedir el cambio de la maestra del lugar. Por ser alteños se les concedió cuatro veces. El Presidente Municipal nomás esperaba que llegara la de repuesto para enamorarla y como era buen mozo, pronto los vecinos estaban de nuevo camino del despacho de Manuel. Por fin, a la quinta les dijo secamente:

—Ya no se las cambio. Todas son iguales... Ustedes cambien ahora al Presidente Municipal... pongan uno feo...

o o o

Hace unos días, encontré entre los papeles viejos del Museo un gordo legajo manuscrito, con numerosas biografías de próceres jaliscienses. Al leerlas me quedó la impresión de que tenía ante mis ojos un tomo del **Año Cristiano**, con vidas de santos. Los personajes aparecen llenos de virtudes, sin un solo defecto, como seres de otra especie distinta de la humana, de diafanidad celestial. Sin embargo, todos ellos fueron actores en los episodios de nuestras luchas intestinas y más, en la Guerra de Tres Años. Sus perfiles reales desaparecen bajo los trazos del lápiz retocador del biógrafo y la verdadera figura se pierde bajo un barniz. Yo creo que los caracteres vigorosos deben ser tratados para la Historia con perfiles fuertes, porque un hombre consta no solamente de aquello que los moralistas aprueban, sino de lo que no aprueban. Todos tenemos derecho a conocer la esencia verdadera de nuestros hombres sobresalientes, para poder entender que son como nosotros y que todo hijo de Adán puede llegar a ser como ellos y que no son semidioses ni hijos del Olimpo.

Pero ya debo terminar. Casi estoy viendo a Manuel, no en el Purgatorio, ni menos en el Infierno, sino en el Tlalocan mexicano, asomándose por un rompimiento de cielo, atufado, con su cabeza de Meduza, diciéndome:

—Ya cállate... No seas latoso...

Estoy seguro de que si a él le hubiera tocado hacer mi retrato, como yo hago ahora el suyo, hubiera procedido con igual franqueza, pintándose tal cual he sido. Pero a mí me tocó quedarme y cumplir mi tarea. Ya me baja por la cabellera, ahora escasa, uno como sudario blanco; pero aún quiero loar a los míos y entre ellos a Manuel, porque supo vivir intensamente, hondamente y porque dejó una obra poética y un recuerdo muy humanos.

LA EXPOSICION DE AMADO DE LA CUEVA, SEGUN

UNA CRONICA DE 1918

Infiltrados de los dañosos prejuicios académicos, que todos nuestros gobiernos han establecido en los planteles de enseñanza, jamás habíamos podido avanzar en el terreno de la pintura.

Cuando el Doctor Atl pretendió en la Capital dar orientaciones modernas, ayudado por unos cuantos jóvenes, los viejos Doctores del arte pictórico le hicieron encarnizada oposición.

Así como el de Atl, muchos intentos fracasaron, aunque dejando ya preparada una juventud idealista y vigorosa, que lucha por renovar radicalmente nuestra pintura; y en la que, en nuestro concepto, culmina José D. Alfaro Siqueiros, autor de un retrato de Amado de la Cueva.

En Jalisco, la orientación moderna se ha encauzado con menos obstáculos. El Gobierno, afortunadamente, ni siquiera se preocupa por crear un arte oficial, pudiendo así desarrollarse un movimiento independiente muy fuerte. De aquí han salido los más decididos revolucionarios: Atl, Montenegro, De la Torre, J. Clemente Orozco, Enciso, y hasta Ramos Martínez inició en Guadalajara su carrera artística.

Amado de la Cueva es de los jóvenes. En sus primeros estudios, el academismo estuvo a punto de absorberlo, pues en su afán de aprender, fue a México, ingresó en la Escuela de San Carlos y trabajó ahí bajo la dirección casi militar, por lo reglamentada, de los pintores conservadores.

Pero el mal no progresó, pues instintivamente, Amado dejó las aulas de San Carlos y regresó decidido a luchar por su cuenta, para realizar lo que él, personalmente quería.

Su primer esfuerzo consistió en abandonar las perjudiciales enseñanzas adquiridas en México, saliendo adelante en ésta empresa que tantos talentos ha inutilizado.

Un doloroso período de transición antecedió a la producción actual.

Vencidas las dificultades técnicas, se dedicó fervientemente al retrato. Como muy digno de mencionarse, encontramos el de la señora Viuda de Larreátegui, hecho al pastel, de factura cuidada, con algunas viejas reminiscencias, pero en el que ya triunfa la luz, armoniosamente interpretada con frescos tonos.

El joven pintor estuvo después en Nueva York, luego en México.

Ha vuelto de su gira con una gran seguridad de lo que debe hacer, y en poco tiempo ha concluido varios retratos de mujeres, al carbón, y uno al óleo de Luis Felipe Chaoul.

Las características principales de la obra de Amado son la estilización quintaesenciada del dibujo, muy definido, y una personalísima interpretación de sus retratados.

Con el dibujo él nos sugiere su opinión franca y segura de los distintos caracteres de sus modelos.

Lupe Marín es una mujer de belleza meridional, con sus grandes ojos circundados de interesantes ojeras; su boca, al ser estilizada por el dibujante, semeja una rara flor de sensuales perfumes. La cabellera libre, revuelta, hace franco el conjunto.

Andreína Covarrubias, de una delicadeza aristocrática de gran carácter preraphaelista, cuyos ojos de forma alargada dan al marco de suaves líneas que forma la cara el mayor encanto a su belleza de invernadero. La delicada mano izquierda, posada en el pecho nos dice de la sabiduría que Amado alcanza en el dibujo.

El retrato de Victoria de la Mora es el de mayores dimensiones. Nos sugiere la psicología de una mujer dedicada al estudio, a la lectura; tiene en su ceño y en sus ojos, y en su boca delgada, marcada cierta indiferencia por lo que no esté relacionado con sus libros.

La Viuda de Arellano es el tipo de mujer buena y noble. Resignada, sencilla, sentimental es según Amado, quien abandona las complicaciones de su personal carácter, para interpretar suavemente la transparencia de esta alma de mujer.

Luz Covarrubias, simpática, de gran expresión y movilidad en los claros ojos y en la fina boca. Algo romántica, el pelo alegremente descuidado, seguramente ama el arte y piensa en él.

De todos los retratos, éste es el de factura más sencilla y sen-

tida. No encontramos como en los otros, esas magníficas estilizaciones; pero en cambio notamos la atinada selección de los rasgos principales, que permiten hacer abstracción de secundarios detalles, obteniendo así un retrato elegante.

Luis Felipe Chaoul, inteligente, audaz. Le preocupan tanto las cosas prácticas como las sentimentales. Su mirada lo dice.

Este retrato es de tamaño natural.

La figura está ennoblecida y bien estudiada; el color es atinado, con transparencias verdes y azules muy agradables.

Hemos examinado estos retratos, procurando entender lo que con su idioma plástico nos dice Amado en ellos.

La manifiesta uniformidad de toda la obra, es la mejor prueba de que lejos ya de influencias, tras de largo y cruel estudio, el joven pintor jalisciense ha consolidado su personalidad.

Los retratos, unos dibujos a pluma y composiciones al óleo y al carbón que actualmente estudia, van a ser expuestos muy pronto; y seguramente constituirá esa exposición un acontecimiento artístico muy interesante.

RECORDACION DE LA EXPOSICION CORDOVA-OROZCO;

EN MARZO DE 1919

Aparte de la alta significación que como acontecimiento social tiene la exposición de óleos y dibujos que han abierto en los primeros días de la semana pasada los pintores Córdova y Orozco, son muy oportunas algunas consideraciones sobre la obra artística de los mencionados señores, así como sobre los proyectos arquitectónicos de Echeverría. Aparte también el entusiasmo que ha despertado el esfuerzo, tanto entre los aficionados como entre los grupos sociales de todas clases, haciendo éstas un loable esfuerzo por comprender y medir el alcance y los méritos reales de las obras de arte; ahora sólo nos fijaremos con toda preferencia en el interés puramente artístico de la exhibición.

Antonio Córdova expresa en sus óleos la continuación lógica de su carrera, rápidamente realizada; preséntese ya muy cercana la completa cristalización de su tendencia estética, anunciada apenas en lo que expuso el año pasado, tendencia franca de alcanzar una agradable armonía entre las líneas y los colores, anulando casi las primeras y fundiendo suavemente las más variadas tonalidades, sin contrastes, sin mezclas borrosas; todo bien definido, idealmente suavizado para agradar la vista y llevar al pensamiento ideas finalmente bellas. Chapala, con sus días nublados, dio tema a Córdova para los cartones que expone, que todos en general son buenos, pero sobresaliendo el que presenta en primer término la brillantez plomiza de las ondas, con su fondo gris envolviendo la cordillera lejana. El más grande de estos paisajes es muy bello también. Una típica canoa funde sus líneas en la vaguedad del conjunto, y el ambiente propio de los días lluviosos es interpretado en todo su valor de color. Lo único que no convence de lo pintado en Chapala, es la playa del balneario, hecha sin entusiasmo, a la ligera, sin cuidar el conjunto. Es preferible el grupo de grandes canoas, en que hay reminiscencias de

la antigua manera; recuerdos de colores lujuriosos, aprovechando las tonalidades vivas del cielo, del agua, de los trajes rojos o azules de los ribereños.

En la figura, los adelantos son mayores. Hay mucha poesía en cada una de esas cabezas, en las que es por demás buscar parecidos, ya que son otras las intenciones del pintor. Algunos retratos ha hecho, pero en lo que ahora presenta, no hay ninguno. Las "Dos cabezas de estudio", es un espiritualismo intenso, indican el feliz rumbo que de un modo sencillo y expresivo irá tomando su personalidad artística, a pesar de las contradicciones, tal vez aparentes, entre su individualidad y su obra. La parte técnica representa ya bastantes conquistas, y hay mucha tranquilidad y hábiles manejos del pincel o de la espátula.

X X X X

Carlos Orozco tiene una copiosa producción terminada. Sus cariños para la caricatura existen aún, pero en los dibujos sobre temas nada humorísticos: La Viuda, El Bohemio, Lulú, La Romántica, El Cafeómano, El Tuerto, etc., se va apartando poco a poco y no sin tristeza, de los asuntos frívolos. Para buscar el camino justo, de dibujante elegante y fino, Carlos emplea una especie de eclecticismo, de rebusca. Toma elementos y se documenta en la vida y en los otros artistas, mexicanos y extranjeros, por lo cual es notable la gran variedad en la factura, en la intención de toda su obra actual. Sus preferencias están por el arte moderno estático, de expresión firme, hierática y misteriosa. Y así, aun cuando de la mejor buena fe sus entusiasmos por algo bueno lo atraigan, vemos traslucirse el verdadero dibujante, que ahora lo intenta todo, que hace caricaturas, cuadros populares humorísticos o críticos, figuras aisladas de bailarinas, de tipos sociales y dibujos de arte serio con acuarela, con crayón, con tinta de china, con óleo, al carbón, al pastel; en fin, todos los procedimientos, todas las orientaciones. En un estudio que sobre Orozco hemos publicado antes, opinamos que al fin el caricaturista habría de convertirse en dibujante y pintor. Dimos las razones que para este juicio teníamos, y a ellas agregamos ahora estas nuevas observaciones.

X X X X

Echeverría muestra en la exposición el proyecto para una iglesia de estilo bizantino.

Tenemos la seguridad de que este arte, mitad pagano y mitad católico, nacido de la fusión del mundo antiguo con el moderno, que se adorna con los vistosos colores de Persia y de Arabia, que expulsa a Júpiter y aloja en su lugar la imagen de Cristo; que a la paloma griega hace símbolo del Espíritu Santo, que en Bizancio mata la belleza de las figuras desnudas, porque en su fondo de religiosidad le parecen poco honestas, y que cubre las imágenes de los santos con ropajes amplios, suntuosos, como para hacer olvidar el cuerpo, alargando las figuras hacia el cielo, en mística contemplación de lo divino; tenemos la seguridad, decimos, de que el joven arquitecto tiene en su espíritu analogías con los artistas bizantinos. Solo así podríamos explicarnos la realización de una obra como la suya, tan conforme con los cánones bizantinos, que ha interpretado bien y luego, aplicándolos con toda su iniciativa intacta, logra constituir el proyecto uniformemente, sin descuidar un solo detalle.

Bien está que la Arquitectura tenga entre nosotros, aparte de los titulados ya dedicados a construcciones de encargo solamente, estudiosos enamorados que le restituyen sus fueros en bien del arte.

I X C A F A R I A S

Por J. G. ZUNO

El día catorce de noviembre de mil novecientos cuarenta y seis, subió al cielo Ixca Farias. Allí gozaba de la bienaventuranza hasta que, hace dos años, el señor doctor don Francisco Sánchez Flores tuvo la ocurrencia de encomendarme el panegirico de aquel beato, que debería pronunciar en la noche del aniversario de su ascensión al Olimpo. A las ocho de la noche del catorce de noviembre de mil novecientos cincuenta y tres, año primero de Yáñez, en la planta baja del Museo de Guadalajara, esquina de Liceo e Independencia, con la asistencia de muchas personalidades, de la familia del bienaventurado hermano Ixca y de muchos de sus amigos; y sin ningún enemigo, porque sencillamente no los tuvo nunca, dió principio una ceremonia emocionante. Los salones, muy bien iluminados para que lucieran las obras pictóricas de Ixca, quedaron de pronto sumidos en la oscuridad. Luego, una voz como llegada de ultratumba, empezó a dejarse oír, resonante, lejana, como de fonógrafo antiguo. Era yo que cumplía correctamente la misión del señor doctor y pintor Sánchez Flores. Con anterioridad, utilizando los más modernos adelantos de la técnica, había hecho grabar un disco; y colocada la reproductora por allá adentro, en una habitación alejada de la exposición, quedó lista para evocar desde las sombras alucinantes, el espíritu glorioso del buen Ixca. La concurrencia sabía que yo iba a hacer el panegirico del desaparecido. Me habían visto ahí junto al señor Gobernador y aquella voz que se oía como desde ultratumba, era casi la mía... Todo ello contribuyó a dar al homenaje un color, un sabor y un tacto muy propio para conmemorar a Ixca. Por eso digo que hasta ese día; o mejor, hasta esa noche, estuvo sentado tranquilamente en las nubes del más allá. A mi conjuro, seguramente que descendió, ya que no me dejó dormir pues estuvo jalándome de los pies tal y como me anunció cuando, todavía entre nosotros, me amenazó con ello, si llegaba a inquietarlo hasta después de su muerte. Y ustedes, al leer mi evocación, me harán el favor de decirme si no es para inquietar al Hermano Ixca... Aquí la tienen ustedes:

Una espiritualidad sana y tranquila se conaturalizó en Ixca Farias, a quien hoy recordamos aquí con gran cariño. En este salón, en el patio y en los corredores, en el jardín y en los demás salones de este Museo de Guadalajara, vaga feliz el hermano Ixca —si sus deseos para después de la muerte, frecuentemente referidos al fin de su plácida vida, pueden ser cumplidos—. Parécenos como si viéramos vagamente su silueta monjil enfundada en aquel enorme saco de yute, pasando levemente entre nosotros; y como si oyéramos su burlona risita escapándose de su boca, junto a la vieja cachimba que lo acompañó y deleitó durante su larga peregrinación por el mundo. Siempre nos hablaba en términos espiritistas... Recordó constantemente las aficio-



Una de las últimas fotografías de Ixca Farias.

nes de sus padres por los estudios mediunimícos; que transfirieron como herencia a su numerosa prole... Mencionaba con gran afecto a las otras familias que desde los fines del siglo pasado se reunían con ellos en fraternal comunidad espiritualista, liberal, ansiosa de progresos y de sabidurías, reacia a las gazonerías de aquella Guadalarita... Hombres y mujeres cuyos nombres todos sabemos de memoria, porque todos ellos fueron realmente buenos... humanos, humildes, laboriosos. Dije fueron por los que ya no son; y digo, rectificando, son, por los que desde estas penumbras del maquinismo están aquí oyéndome, y que aún son. Mis palabras quieren impersonalizarse para ser más expresivas y para convertirse así en una ofrenda más acercada al objeto de nuestro homenaje, al buen Ixca, al franciscano Ixca.

Así pues, desde esta comodidad de la voz aérea, entrémosnos de rondón en los ámbitos del pasado y veámoslo salir, muy joven aún, de una casa rara, de dos pisos, que por años contempló Guadalajara al costado de la feísima estación de los Ferrocarriles... **ALFARERIA DE HERACLIO FARIAS**; decía a grandes voces un enorme letrero colocado sobre el segundo piso. Lleva Juan bajo el brazo un violín enfundado y con la otra mano va jugando con un bastón de nudillos, que parece gemelo del de Carlos Chaplin. Este bastón es el de la buena suerte, regalo de Amado Nervo. Pero... ¿a dónde va Juan? Aquí cerca. Cerca y lejos. Por de pronto se dirige a la Estación, en la cuadra siguiente. Muy cerquita. Pero ahí se mete alegre, silbando notas de La Bohemia, en un carretón negro del ferrocarril, de madera, de segunda clase, que lo llevará muy lejos. Se va alegre, muy alegre, como puevarse por la expresión pintada en su rostro, adornado por una barba a la Cristo, muy cuidada. Tiene un gesto de satisfacción enmarcado por arriba por un sombrero amarillo carrete, de paja por una panela... Va con paso ligero, llevando pantalón de brinca charcos, botas amarillas gringas, de botoncillos por un lado, y un saquito rabón, de los que usaban los fifies en esa época tan elegante. Tan elegante que hacía reír...

Pero el tiempo es veloz, e instante tras instante, recorre años como una anticipación a la filosofía del Carretero. Y un día, un instante como este, Guadalajara se sacude con el notición de que Juan Farias ha vuelto de los Estados Unidos... Es violinista y pinta... pinta... pinta paisajes por precios proporcionados para poder partir para París... Igualito que aquel Pedro Pris del ejercicio escolar de difícil pronunciación... Pedro Pris Pascual Pérez Crespo, pobre pintor pintoresco... Pérezcrespo era pues Juan Farias...

Teníamos alquilada por entonces, una casita en la calle de Tolsa, allá por la Pila de la Colonia Moderna. Nos la había cedido la familia de Manuel

Acosta, (aquella de la Botica de San Vicente de Paul, de las Nueve Esquinas)... muy barata. En ella habíamos plantado dizque un estudio de pintores, Javier Guerrero, aquel indito chaparrito, melencundo... Carlos Stahl, el muchachote rubio hijo de don Jorge, el de la Sombrereria Tardán, quien con sus hermanas había fundado el primer cinematógrafo, el Salón Verde... y yo, el caricaturista del Perico... Bueno, pues una vez enterados del arribo del músico pintor, nos dijimos: Convidémoslo a que se sume a esta palomilla, por el apreciable conducto de Chema Lupercio, fotógrafo pintor, su viejo amigo, y Agustín Basave quien como él, es espiritista... Y aquel espíritu no tardó nada en comparecer a nuestro conjuro, ni más ni menos, que en fachas y en todo que cuando tomó el tren para irse a Chichago: la misma panela, el mismo pantalón de brinca charcos y el saquito rabón de fifi; el mismo violín pero más afinado; la cachimba bien culoteada; el bastoncito de Nervo... o de Chaplin, la misma piocha, y unas botas gringas, pero ahora de dos colores... Semejante cambio fué sinabólico. Aquel hombre venía ahora marchando por caminos cromáticos, pictórico-musicales... Y así fué. La primera presentación oficial en el Centro Bohemio, tuvo dos números: uno de violín, que le fué muy aplaudido, y otro que no lo fué tanto, porque, en unión de Basave, dieron una sesión espiritista, de comunicaciones rápidas con el otro mundo, por conducto de una mesa colocada al centro del salón y con las manos puestas solemnemente sobre ella, en actitud extática... Bueno, pues produjeron tales mensajes del otro patio, por medio de aquel sistema telagráfico de los golpecitos de la pata de la mesa, que Juan y Agustín desistieron alegando que aquella casa estaba infestada de espíritus chocarreros, y dejaron de hacer preguntas ingenuas. Pero la mesa parecía haber quedado bien impregnada con los efluvios de aquellos jóvenes optimistas, y seguía reparando, emitiendo dictámenes por las patas y opinando de manera desvergonzada sobre cada uno de los presentes... Alfredo Romo y yo, maniobrábamos desde abajo, desde el sótano, a través de la rendija del piso de duelas, y sin fluidos ni nada, sino solamente con un garrote, obligábamos a la mesita a transmitir nuestras opiniones sobre los de arriba. Eramos, pues los espíritus chocarreros. Y les dijimos su precio a Juan y a Agustín, y al otro Juan... de Dios Robledo, y al otro Juan... Antonio Córdova, y a su hermano Ramón, y a don Amado de la Cueva, y a Díaz de León, y a toda la bola, a la bola de los del Centro Bohemio, como ya nos llamaban desde entonces, por razones obvias...

Ixca formó un trío violinístico con Alfredo Levi y con Luis Abitia. Teníamos que huir cuando tocaban algo de Wagner...

Nos llevó Juan a pintar al campo, preferente-

mente por allá, por Mezquitán, y ahí, en los muros de esta exposición, nos está mirando, y vemos, un paisaje de la Parroquia de San Miguel de Mezquitán...

Y los instantes siguieron atropellándonos; nos arrastraron entre los engranes de su reloj... y en cierta ocasión nos dieron la despampanante noticia de que Juan, ya no se llamaba Juan... Ahora, se llama Ixca...

Conducido el culpable al banquillo de los acusados, explicó:

... Que sintiéndose alfarero por tradición y de corazón, había resuelto quitarse aquel nombre, que llevaba contra su voluntad, pues sus padres no lo consultaron, ni el cura tampoco, cuando lo resfriaron con el agua bautismal y con la salecita... Que estaba decidido a revestirse con el re-nombre de Ixca, y que ya se había dirigido al señor Juez correspondiente. Que Ixca, quería decir... **CO-CEDOR DE BARRO**, en la lengua de Cuauhtémoc...

El Jurado pronunció irrevocable laudo condenándolo al fuego eterno, puesto que era de vil barro de humano barro, y así lo había confesado al ponerse el motete azteca...

Ixca fué Ixca, de barro frágil y maleable, hasta el fin de sus días, es decir, de sus instantes... (Perdón, señor Carretero...) Fué alegre, sonoro, como un jarro de barro de Tonalá... muy alegre... Todos conservamos de memoria su ideario basado en su máximo proverbio de: "Si tu mal tiene remedio, ¿para qué te apuras? Y si no tiene, ¿para qué te apuras...?" Ahí está escrita su mejor biografía. Una vez nos llevó un gran rollo con multitud de letreros y máximas y consejos impresos, entre los cuales, con grandes letras rojas, estaba aquel de... "Cada cosa en su lugar y un lugar para cada cosa". Lo colgamos de las faldas del saco de Enrique Díaz de León... y el que rezaba "QUERER ES PODER..." ese, se fué a seguir rezando en la pared de enfrente del excusado... moviendo, desde ahí con sus enormes letras negras, a las más reacias voluntades...

Otro instante solemne de Juan... Perdón, digo... de Ixca, fué aquel en el que transmutó su espíritu para convertirse en el Gran Paisajista Panchovich...

Sin saber de dónde, ni cuándo, un buen día cayó sobre Guadalajara un pintor bajito, ya de muchos años haciendo mucho ruido con una exposición de paisajes andinos, que mostró en la Sala del Repertorio de Enrique Munguía... o en el café de Rotter, no recuerdo en cuál de los dos grandes locales de la calle de San Francisco. En las afueras, un letrero anunciaba: Paisajes del Gran Pintor Franciscovich... Todo mundo desfiló ante los cuadros, pero nadie los compró porque eran carísimos... el



Original caricatura hecha por el autor de este artículo.

que menos, valía quinientos pesos, que vienen a ser como cinco mil de estos pesitos de ahora. El caso es, que Ixca, movido tal vez de un sentimiento de compasión para los pobres tapatíos, que no tenían con qué adquirir alguna de aquellas obritas brumosas, con múltiples perspectivas del Lago Titicaca, decidió plantarse durante cuarenta y ocho horas corridas frente a su caballeté, paleta en ristre y listo para despachar la leche en una mesa que tenía al lado, en el portalón de su casa, donde vendía litros y litros del blanco licor... y pintó más de cincuenta paisajes. Después de dormir una siesta, de reposo por tan ingrata y larga tarea, se fué con Enrique Munguía... o con Rotter, no recuerdo con cuál de los dos, y arregló que le prestara el local para montar su exposición, y puso a la puerta un aviso escandaloso que decía... "TITICACAS. PRECIOSOS PAISAJES ANDINOS A CINCUENTA CENTAVOS. PINTADOS POR EL GRAN PINTOR PANTO PANCHOVICH". Y don Francisco Franciscovich vió cómo en un solo día, los paisajes de su casi tocayo se acabaron sin quedar uno solo. Lió el petate y se marchó a su querida Sur-América muy triste, lamentando que uno de su misma familia y apellido, mexicanizado, hubiera competido con él tan victoriosamente sin conocer el Titicaca... Por ahí en los muros de esta exposición, veo algunos de esos Ixcas, tan buenos o mejores que los de Franciscovich... Desde entonces, a Ixca se le agravó el delirio de quitarse el nombre, y pintó flores, acuarelas, cuanto pudo, firmando con distinto modo.

Hermano Ixca: Tú dirás que qué tanto estoy diciendo... Pero no he podido dar mejor cumplimiento que de esta manera, al encargo que me dió Pancho Pánelas para hablar esta noche aquí, porque cumples cinco años de haber desencarnado, y de haber dejado el placer del dolor y este delicio-

so valle de lágrimas, como tú decías. Pancho Panelas es aquel pintor que tú conociste, que ayudó a Clemente a pintar los frescos... Aquel de Tlajomulco... Pues ya es doctor... Se recibió a espaldas de su paleta; y ahora es también Director de Educación Pública...

Y aquel poeta, que también venía aquí al Museo como todos nosotros, aquel Agustín Yáñez, también de Bandera de Provincias... aquel que venía a sentarse a los equipales del Club del Ovoide, como el Buda, como Cornejito, como Alfonsito Gutiérrez Hermosillo, como el niño Anguiano, como Guerrero Galván, como Caracalla... como Emmanuel Palacios, como Enrique Martínez Ulloa... ya te acordarás de él... pues es nada menos que el Gobernador... El Museo está pues, de plácemes, y ya estarás seguro que así como todos nosotros, hará cuanto pueda por él. Por este tu Museo, que es hijo tuyo y desde el cual, y en su aire, te estoy hablando ahora...

El otro día me dió tu recado Pedro Rodríguez Lomeli. Por él, sé que allá donde andas, o vuelas ahora, los paisajes son de tal belleza, que ni siquiera podemos nosotros, miseros gusanos de la Tierra, imaginarlos, por sus extraordinarias formas y por sus numerosos y bellísimos colores, así como por otras cualidades que no podemos captar. Me dijo que ni necesidad hay de pintarlos, porque eso, por esos barrios, ya no es usual porque hay otros medios superiores de comunicación mucho mejores que el arte, lo cual ya es mucho decir. Espero que este Pedrito no te haya llevado chismes de masonerías... No le hagas caso, yo siempre que puedo, procuro imitarte olvidando rencores... Me dijo también que con frecuencia platica contigo y le di el encargo de preguntarte si San Pedro te deja fumar; porque quiero mandarte una o dos cajas de puros, de Sahuayo o Habanos, como tú digas... lo que me importa saber más es si sería bueno el conducto de algún maquinista de los ferrocarriles, pues supongo que esa vía es la más rápida y segura para llegar allá, pero te estás listo en la puerta del infierno para que te los entregue... Espero, hermano, que hayas conservado tu chamba de Inspector Honorario de Diversiones. Ya te acordarás qué azorados se quedaban porteros y empresarios aquí, cuando se las mostrabas, ostentando el retrato de identificación, de espaldas, viéndose únicamente la nuca y una como esfera lisa, que era tu calva calavera... Aunque supongo que allá no se necesitan credenciales, y que se puede circular libremente y entrar, sin pagar, al Limbo, al Purgatorio, al Infierno y al Cielo, indistintamente y para variar, pues si no fuera así, no tendríamos chiste la diversión... Y seguro que a cada rato te encuentras por allá con tantos amigos... y amigas... Si llevas todavía relaciones con Chenchó Pitarrillas, con el Amado, con Joaquín Vidrio, con

Hernández Galván, con Enrique Díaz de León, con Juanito Lavat, con Juan Antonio Córdova, con el gordo Izábal, saludámelos a todos... Dime si Clemente Orozco tiene agrio el genio por allá... como aquí... Creo que te encontrarás alguna vez con Julieta la del Hospicio, con la Paca, con Chépina, con Estela, con Aurelia... Salúdamelas a todas... y si ves a la Juana, dile que el Caricato y yo la recordamos mucho.

¿Te acuerdas de aquel pintor del siglo XVIII, aquel Roberto Montenegro...? Aquí anda ahora. Ya está algo viejo... parece higo de Corinto... Creo que será Director de un Museo de Arte Popular en San Pedro Tlaquepaque...

Dile a Javier Enciso, Zutano, que porqué no sigue mandándole al Informador sus sabrosas crónicas. Aquellas que titulaba "De Plateros al Portal Quemado"... cambiándoles solamente el nombre por el de "Del Cielo a la Tierra"... Seguramente que serán un éxito, dado su delicioso humorismo, tan fino y elegante, y que desde allá podrá tratar temas tan sugestivos como el de las explosiones de las bombas atómicas, o de la electrocución del matrimonio Rossemberg, lo cual visto y comentado desde allá, será sensacional...

Me he encontrado muchas cartas tuyas de cuando empezaron tus placenteras, satisfactorias y últimas dolencias, cuyos horrores convertías en gozo, como un mago, entre bromas y risas... en tales cartas, al final, hacías tu auto-caricatura en los preciosos, solemnes y sudorosos momentos en que tomabas posesión de la bacinica... Dime por conducto de Pedro, si no quieres que las vea la gente, para quitárselas al profesor Corona Núñez, sucesor tuyo y mío en la Dirección del Museo, pues él quiere exhibirlas en uno de los salones...

Te ruego me perdones los corajes que te hice pasar, desde cuando lo de la mesita de los espíritus en el Centro Bohemio. Para alcanzar tu absolución, confesaré aquí, en público, aquellos que recuerde...

Acúsome, señor, de haberme asociado con el Amado y con Romo para obligar a tu vecina, Concha Trejo, a abandonar por la mala el local que ocupó en este Museo y que es en éste en que estamos ahora. Tú querías que se saliera por la buena, y nosotros, más realistas, nos disfrazamos de fantasmas y le sacamos un susto, que por poco sale. no nomás del Museo, de donde huyó, sino de este perverso mundo...

Acúsome también, de que con la complicidad de Toño Córdova y del Caricato, en un afán anti-academista, pintarrajeamos todos tus preciosos modelos de yeso: manos, caras, pies, piernas, brazos, torsos, todo de bulto... y los dejamos peor que a destrozados pasajeros de un camión volteado en la carretera...

Acúsome, además, de haber fusilado, en socie-

dad con Micomicón, aquel gigante guanajuatense llamado también Hernández Galván, todas las estatuitas que habías colocado en el borde de la azotea del patio, procedentes del Panteón de Belén... Muy feas, por cierto, y razón de la cruel ejecución...

También me acuso de haber provocado la muerte de aquel tejón que era la delicia de los visitantes al Museo, muy domesticadito... Le di, primero, malacanchoncha tomándolo de la cola y echándolo luego a la pila. Y el mate fué cuando, estando dormido, hecho una rosca debajo de tu equipal, le puse por delante a Javier Guerrero y a Amado de la Cueva, y un poquito detrás a Hernández Galván; luego le hice cosquillas con un popote y por fin le grité fuerte. Así abrió por fin sus ojillos, miró en derredor, se le pararon los pelos del lomo y azotó muerto, al ver aquellos tres ídolos de barro.

Fuí autor también de las molestias que sufría doña Tortuga, otro asilado del Museo, que apenas entrado noviembre, se echaba a dormir hasta abril... pero con los consiguientes intervalos de cuando despertaba porque la casa se le ardía con los cerillos y cigarros que le caían al techo... desde la mano de este su amigo.

Me acuso además, de haberme burlado de tu gallina de cuatro patas, comparándola con Robertito Beltrán y Puga, sin más razón que la de la figura...

Perdónamelo todo. Perdóname que te haya hecho pasar aquel soponcio de cuando don Luis Castellanos y Tapia te regañó siendo Gobernador, porque me permitías la entrada al Museo, tan sólo porque mi periódico, Gil Blas, era opositorista y daba grandes dolores de cabeza al Gobierno del Estado...

Perdóname también de haber sido el autor de la otra broma, de cuando te hablamos Chenchó Pi-

tarrillas y yo por el teléfono del Correo, fingiendo la voz del Secretario de Gobierno, anunciándote que quedaban cesante y que te presentarás inmediatamente en Palacio... El susto que llevaste...

Bueno, hermano, podría hacerte una letanía de doble de ésta, con todos mis pecados; pero quiero arrepentirme sinceramente de todos ellos de un solo brochazo, y te ruego que, si ya se te pasó el coraje, hagas con todos ellos, un ramillete, y arrójalos ahí, cerca de ti, al infierno... o si alguna con sideración merecen, gracias a tu bondad, que que den en el purgatorio...

Creo que ya estoy cansando a todas estas personas, todas ellas amigas tuyas, muy queridas, y tus numerosos parientes... y sólo quiero decirte al oído, que mis bromas, para nada tocan ni menosprecian tus virtudes hogareñas de gran hijo, de magnífico esposo, de buen padre, de gran hermano, de perfecto ciudadano modelo y de inigualable amigo. Lo que sucede, es que he querido darle a todo esto el sello peculiar de todo cuanto se relacionó contigo y con nosotros en esta vida, y además, he rehuido hacer aquel papelito que tanto nos regocijaba y hacía reír a ti y a mí. Te acordarás de los oradores que con voz engolada y sacudiendo los brazos como epilépticos, en medio de festones de cedro y en una patriotería tribuna, pronunciaban artificiosos discursos para alabar a los muertos ilustres... Yo he preferido esta forma, llana y alegre, para cumplir el difícil encargo, porque sé que así, nos hemos comunicado directamente contigo, tanto, que estoy seguro de que por aquí andas y revoloteas en estos momentos, pues espero que mi comunicación haya logrado hacer comparecer a tu ser espiritual.

Bueno, hermano, este salvaje de Zuno, como me llamabas, ya va a despedirse de ti.

Hasta luego, hermano Ixca...

OTRAS COSAS DE IXCA

ARQUEOLOGIA JALISCIENSE. EL IXTEPETE

—Señor licenciado, yo fui de la Mesa Directiva del Sindicato de Tranviarios de Guadalajara que usted formó en 1924. Soy Juan Peña, un servidor de usted. Mis compañeros y yo venimos a platicarle que hemos encontrado unas ruinas que al parecer son muy viejas. Están junto al rancho de San Antonio, de don Rosalío Ruíz, poco más allá de Santa Eduwiges y antes de Santa Ana de los Negros.

—Sí, amigo Peña, sí lo recuerdo. Estoy a sus órdenes. ¿En qué puedo servirles?

—Usted es amigo del señor Ixca Fariás, Director del Museo del Estado, si nos hace favor nos presenta con él para ver si tiene interés en lo que hemos encontrado, para llevarlo a que vea y ayude, si es necesario.

Desde luego me parece muy bien su idea. Vamos a ver a Ixca.

Nos dirigimos al Museo y después de explicarle al hermano Ixca nuestro asunto, interrogó a los ex-tranviarios:

—¿Y cómo fueron a dar con esas ruinas? ¿Pos qué son arqueólogos, ¿o tranviarios, o qué son ustedes, hermanos...?

—Yo tengo un automóvil de sitio de la Estación —dijo Peña—, y mis compañeros, como no tienen trabajo por ahora, se ilustraron con una relación que les dio uno de esos espiritistas del barrio de San Juan de Dios. Me convidaron a mí para que les ayudara con algo de dinero; y provistos todos de palas, barras y azadones, nos fuimos hasta donde nos llevó el espiritista. Según él, encontraríamos unas paredes y al pie de una de ellas, un gran cajón lleno de objetos de oro y plata y mucho dinero.

—¡Ya me va gustando el negocio...! —dijo Ixca riendo— No por el dinero, sino porque andan de por medio los espíritus, pos

ustedes han de saber que yo también soy espiritista... Siganme platicando que ya me interesó.

—Después de mucho trabajar como negros, empezamos a encontrar las paredes, pero no eran de adobe, sino piedras acomodadas y había escalones por todas partes, y luego por dentro eran derechas, como callejones. Del dinero, ni de broma, don Ixca...

—Nomás no me digas don, hermano, nomás soy Ixca, si me haces favor... porque eso de don tú lo serás... (Ixca reía socarronamente...)

—No lo dije por mal... perdone... ¿Qué no se llama así?

—No le haga caso, Juan, es muy guasón —le dije yo a Peña— Siganos contando.

—Lo único que hemos encontrado han sido puros tepalcates y unos cuchillos y tenedores...

—¡A poco tus antepasados usaban herramientas para comer, hermano...!

—Ja... Ja... Ja... Ni por el lado indio ni por el español... todos comían a puños y del mismo plato... Y los tuyos también, salvaje... (me la soltó a mí) —Peña continuó:

—Al ver que no había nada de lo que buscábamos, les dije yo a mis camaradas que aquello eran unas ruinas del tiempo de los indios, y que estábamos perdiendo el tiempo, que lo mejor era avisar al Museo para que lo estudiaran. Pero como a nosotros no nos conocen don... digo... Ixca.

—Así me gusta, hermano Peña... Háblame de tú, como yo le hablo a todo el mundo...

—Por eso fuimos a ver a usted, señor Zuno, para que ustedes digan qué hacemos.

Muy sencillo, ir a ver eso, al cabo está muy cerquita. Aquí el salvaje hermano Zuno nos llevará en su carcancho...

Media hora después estábamos en el cerrito de San Antonio, donde encontramos a los ex-tranviarios excavando sin más ni más. Ya estaban a la vista los muros del lado oriente y por un boquete muy amplio se podía entrar por un callejón hacia el fondo. Efectivamente aquello era un templo indígena, de forma piramidal, con aposentos interiores. Por los lados, hacia afuera, se notaban otros promontorios y en las cercanías algunos más, como denunciando un antiguo centro religioso.

—Aquí lo que vamos a hacer es suspender la escarbadera...

—les dijo Ixca— porque a lo mejor destruyen algo que después sea imposible adivinar... No la amuelen, qué dinero ni qué dinero... Los indios no tenían dinero, su comercio lo hacían cambiando unas cosas por otras. De aquí no sacan ningún provecho...

—¿Y nos podrían dar alguna cantidad por lo que hemos trabajado?

—Imagínense que nos dan quince pesos mensuales para los trapadores y las escobas con que aseamos los salones del Museo...

—¿Luego el Gobierno no se interesa por estas cosas...?

—No muchachos, ni por estas ni por otras muchas... A veces no se interesa ni por cobrar contribuciones...

Solamente uno de aquellos ilusos y pobres ex-tranviarios se quedó algunas semanas más insistiendo, trabajando, con el sudor de su rostro, por encontrar algo de lo que el médium les había dicho. Su entusiasmo se debía a que el comisario de Santa Ana de los Negros les había contado que desde que él tenía uso de razón, había oído contar, que todas las noches, a eso de las ocho, se aparecía un charro montado en un gran caballo prieto muy brioso, con magníficos arreos y embozado con un gran sarape negro también; pero que debajo del sombrero se alcanzaba a ver la calavera descarnada y en las cuencas de los ojos, una fosforescencia muy viva...

Cuando yo volví al lugar, para llevar a él a los arqueólogos Lebrija y Mohedano, aún estaba el pobre tranviario ahí; pero la tercera vez que llegué, hasta allá, llevando al señor Profesor Noguera, Jefe del Departamento de Monumentos Indígenas del Instituto Nacional de Antropología e Historia, ya no había nadie. Mohedano pasó por Guadalajara de regreso de sus exploraciones y estudios de las ruinas de la Quemada, de Zacatecas y se interesó por ver el Ixtépete, al que encontró algunas semejanzas con La Quemada. El señor Noguera ahondó más sus observaciones y opinó que los edificios son siete, cuando menos, superpuestos con lapso, entre cada uno de ellos, de cincuenta y dos años, ciclo que los indígenas tenían establecido en su calendario para medir el tiempo. Destruían su templo y sobre las ruinas reconstruían el nuevo. Con esa cuenta, las ruinas más inferiores tenían por lo menos una antigüedad de tres y medio siglos, mas el tiempo transcurrido desde que llegaron a estas regiones los españoles. El señor Noguera opinó que las ruinas, efectivamente, eran muy semejantes a las de La Quemada, como dijo Mo-

hedano; pero últimamente, el señor doctor don César Lizardi Ramos, que también las visitó, ha dicho que no se trata sino de restos de un templo, en el cual se aplicaron las reglas más adelantadas de la arquitectura indígena de la Mesa Central; es decir, de una época de alta cultura. Lo que pasa es que esas reglas no se usaron debidamente ni con la pompa que se acostumbró por allá. Tal vez, las construcciones inferiores, las primeras que yacen bajo las más grandes y recientes si sean arcaicas, pero es de dudarse.

El grupo de tranviarios dió con el Ixtépete en 1938.

Desde esa fecha y por encargo de ellos y de Ixca, estuve insistiendo personalmente ante el Instituto mencionado para que se emprendieran exploraciones. Yo vivía en México entonces. Las oficinas del Tribunal de Arbitraje que yo presidía, estaban en la misma calle de Zacatecas, donde estuvieron por años las del Instituto. En cada viaje que hacía a Guadalajara, me recordaban aquí el encargo y a mi regreso indefectiblemente iba a gestionar lo necesario. Siempre se me dijo que ya se había propuesto una partida especial del presupuesto para las exploraciones. Y según parece, hasta ahora se va logrando algo efectivo.

En otra ocasión hablaré del origen del descubrimiento de la tumba de Acatlán de Juárez.

El Ixtépete, por lo tanto, fue encontrado casualmente por Juan Peña y sus compañeros, persiguiendo fines muy distintos a los arqueológicos; pero de ellos debe ser el mérito, ya que conscientemente dejaron de destruir en cuanto se dieron cuenta de que se trataba de ruinas históricas.

EL PERIODISMO

El Castillo, se llamaba la tiendita de abarrotes que mi padre tenía en la antigua Plaza de Toros, (actual Mercado Alcalde). En el mostrador revolvía yo el montón de periódicos del papel de envolturas. Separaba los que tenían dibujos y me ponía a copiarlos. El suplemento a colores de El Imparcial de México, con dibujos de Carlos Alcalde y de Olvera, era mi preferido. También caían a mis manos La Voz Parroquial, del Santuario de Guadalupe y una Revista de La Congregación de la Santa Fe, que traían imágenes de santos, fotografías de las misiones en Africa y Asia, con misioneros, acompañados de niños chinitos, negritos e indostánicos como catecúmenos; o retratos horribles de niños desnutridos de aquellos países, o de grupos de multitudes acuciadas por las hambrunas. Por las calles de la ciudad, los voceadores gritaban diariamente **La Gaceta de Guadalajara** y los sábados y domingos, **Juan Panadero** y **El Malcriado**. Dos peluqueros eran los editores de éstos: Sampayo del primero y Trinidad Agredano del segundo. Este tenía su peluquería y un molleón para afilar toda clase de cuchillos, tijeras y otras herramientas por la calle Hidalgo, poco más arriba del Mercado Corona; y aquél frente al Portal de San Juan de Dios. Don Antonio Ortiz Gordoa seguía insistentemente publicando su semanario de combate **El Correo de Jalisco**, que durante la administración gubernamental del general y licenciado don Luis del Carmen Curiel había sido clausurado, sus cajas empasteladas y él, don Toño, apaleado por los esbirros curielistas. Otras publicaciones literarias conocí posteriormente, al alborear el siglo actual, tales como **La República Literaria**, **El Domingo**, **Cultura**, las que redactaban don Victoriano Salado Alvarez, Ruperto J. Aldana, Zúñiga y Tejeda, don Luis Pérez Verdía, Enrique González Martínez, Manuel Puga y Acal; y **La Aurora Social**, de los jóvenes Pancho González Guerrero, Carlos González Peña y Luis García Robledo (hermano mayor de Miguel Othón Roble-

do y de las profesoras Irene, Francisca y Leonor de su apellido), junto con los escritores políticos socialistas Miguel Mendoza López, Roque Estrada, Ignacio Ramos Plaslow y Celso Marín.

Aquel poeta gigantón y flaco, Acal Ilizaliturri, colaboraba en todas las publicaciones. Cuando se quedaba por ahí tirado en alguna de sus frecuentes borracheras, los gendarmes tenían que llevar dos camillas para conducirlo a la Comisaría, porque no cabía en una sola. Sin duda que la **Gaceta de Guadalajara** era la publicación más importante. Su dueño, el político colimense don J. Trinidad Alamillo, montó magníficos talleres allá por la Caja del Agua, en la calle de la Independencia, cruzamiento con la de Juan N. Cumplido. Era Director de la Gaceta el licenciado Luis Manuel Rojas, quien fundó después, como por 1910, la Revista de Revistas. La Redacción de estos órganos periodísticos era muy brillante: Max y Pedro Henríquez Ureña estaban ahí de planta. "Max y Menox"... como decía la leyenda de una magnífica caricatura que hizo de ellos Jorge Enciso. El hermano de éste, Javier, era escritor humorista y de aquel entonces data su fama con el seudónimo "Zutano". También escribía el poeta del corbatón y del puro, Pepe Luis Velasco. Don José G. Montes de Oca, publicaba su **Revista Blanca**. Para esta y otras revistas, eran los indispensables dibujantes Javier Guerrero, Roberto Montenegro y Carlos Stahl. Algunas veces dibujé yo algo para Montes de Oca. Anteriormente a nosotros, ilustraron revistas más antiguas Gerardo Suárez Félix Bernardeli, Felipe Castro, Gonzalo Ancira, Gerardo Muriello, Othón de Aguinaga, José Vizcarra, Rafael Ponce de León y Jorge Enciso. Por aquellos días apareció el famosísimo KASKABEL. Benjamín Padilla era de Colima; vino a estudiar al Liceo de Varones y se quedó aquí. Igual pasa con tantos colimenses como él y con otros hijos de los Estados vecinos. "Chicho" Parga y don José I. Solórzano eran los otros redactores. Comerciante éste y Padilla, hicieron una fortuna aprovechando la enorme circulación de su periódico para acreditar los productos: "El jabón de leche de burra de Solórzano y Padilla", para suavizar y perfumar el cutis, y la "Capomolina", un elixir que era portento para aumentar la leche de madres y nodrizas... El Kaskabel también fue la base del "Chato" Padilla para su empresa de toros de la Plaza de El Progreso.

A tres cuadras del Liceo de Varones, por la calle Alcalde, estaban los grandes Talleres de Litografía, Imprenta y Encuadernación de Loreto Ancira. Aquel peculiar olor de tinta litográfica nos atraía

mucho, porque algunos queríamos conocer los secretos del oficio. Jesús Sauza González primero, y yo después, fuimos los únicos que logramos pasar la misteriosa y grande puerta. No sé qué influencias movería él. A mí, me llevó mi tío, Fray Rafael Hernández, franciscano, hombre muy liberal que supo de mis aficiones al dibujo, porque le obsequié un cuadrito en el que aparece un cardenal dormido mientras un monje lo retrata. Los señores Loreto-Ancira me admitieron inmediatamente. Ahí en el salón de dibujo encontré a dos de mis maestros del Liceo: don Luis Vázquez Foncerrada y don Jesusito Mendoza. Ni Sauza González ni yo practicamos los rigurosos ejercicios de la caligrafía normática de los litógrafos sino en muy escasa medida. Caricaturas y más caricaturas era lo que dibujábamos en nuestras mesas. La letra inglesa nos tenía sin cuidado, así como los minuciosos mecanismos del grabado fino, de la numismática, del transporte y de la iluminación de relamidas imágenes y estampas cromáticas. Pronto nos hicimos populares en la oficina y en los talleres, porque nada respetaba nuestro lápiz mordaz: desde el enclenque señor don Teófilo Loreto y su no menos escuálido hijo don Francisco, hasta el último chicharo... (CHICHAROS se les decía a los aprendices).

Aquella empresa tenía mucho de escuela, de convento, de taller. O mejor dicho, era de todo un poco. Varias veces fuimos castigados con ponérseos de pie por varias horas, por haber cometido algún desaguisado subversivo o por alguna irreverente caricatura. También rezábamos algunas oraciones en coro, o las cantábamos, todo el personal, antes de salir al mediodía o en la noche. Durante la Semana Santa, había ejercicios espirituales que presidía don Francisco, con más unción que cualquier canónigo. El único que hacía buenas migas de verdad con nosotros, eran don Jesusito Mendoza. Hombre de magnífico humor, muy buen dibujante, ambidiestro calígrafo, gustaba de bromas con nosotros, de las cuales no siempre salió bien librado. Una vez, sabiendo cuánto nos gustaban los famosos pirulies, (pirulies eran unos dulces de miel de colmena con cubierta de papel en forma de cucurucho...) se las compuso de tal modo que metió dentro de ellos tinta roja, de un horrible sabor. Pronto nos la pagó, porque con esa misma tinta llenamos sus botines de resorte, que solía dejar por debajo de su mesa de trabajo para descansar de sus múltiples callos... Hubo expectación, porque corrimos la voz por todo el edificio. A la hora de salida una multitud de espectadores ro-

deó la mesa de don Jesusito, que no atinaba con el misterio. Era tan hábil para meter los pies en los zapatos, que no necesitaba el auxilio de sus manos. De manera que cuando decidió recalzarse, medio se levantó del asiento, luego atrajo con los pies sus zapatones y levantándose, los metió dentro... y enseguida paseó su mirada aterrada por todo el círculo que lo rodeaba, como preguntando qué era aquello tan gelatinoso que envolvía y helaba sus viejos pies... En medio de la carcajada general, salió del asiento y miró cómo los chorros de tinta roja salían por los resortes de sus botines y por debajo del pantalón...

—¡Estamos a mano...! —nos dijo a Sauza y a mí, como aceptando un armisticio que nadie le proponía, pero que evidentemente necesitaba...

X X X X

Cuando fue lanzada la candidatura del General Don Bernardo Reyes para la Presidencia de la República, se publicó en su segunda época **El Perico**, semanario humorístico, ahora bajo la dirección de don Ramón Figueroa, dueño también de la Agencia de las bicicletas Peugeot. Queriendo publicarlo con caricaturas, se dio a buscar por la ciudad quién se las hiciera y dio conmigo, porque alguien le informó que ahí, en el Liceo de Varones había un muchacho que las hacía constantemente de los maestros y de los alumnos. Un día, el señor don Leonardo Pintado, Prefecto del Liceo, salió de su despacho y gritó, como se grita en las cárceles:

—Zuno... A la puerta... —Hubo sensación en los corredores, porque ya todo lo relacionábamos con la política de oposición al porfirismo y creíamos que algo había de aquello.

—Aquí lo busca el señor Figueroa... —me dijo don Leonardo.

Don Ramón era muy chaparrito. Eso me lo hizo muy simpático y en cuanto me hube enterado de su propuesta, me decidí, pero dejé a salvo la consulta con mis padres. Treinta pesos mensuales me pagaría. Podría seguir estudiando; y en cuanto al oficio de litógrafo, lo podría seguir, puesto que su socio, don Rafael Morales, acababa de establecer un taller en el cual estaba como maestro, nada menos que don Jesusito Mendoza... Mis padres accedieron y prontito apareció el primer número del **Perico**. Carlos Stahl vino en mi ayuda, pues para mí eran muchas cuatro páginas semanales que litografiaba totalmente. Yo lo había conocido en el Club Atlético. Carlos ha sido siempre un deportista del atletismo y ya desde tan joven figu-

raba por parejo con Modesto Barreto, con Manuel Alvarez, con Silvino González, con Carlos Bianchi y con Alfonso Orozco. Había en el club además de una multitud de aparatos atléticos, mesas de billar y otras de ajedrez que nos habían atraído a Rafael Buelna y a mí. Yo no era un atleta, pero siempre fui muy ágil y rápido. Desde en el Liceo practiqué todos los juegos y las luchas y las esgrimas. No era muy fuerte, pero con frecuencia vencía compañeros mucho más pesados que yo... Tal vez por eso... yo no me medía sino con quien calculaba llevar posibilidades. En el billar y en el ajedrez era mediano. Buelna era bueno en las dos cosas y apaleaba constantemente a Sebastián Allende, que nunca se dio por vencido a pesar de los muchos pesos que la reyerta le costó. Stahl y yo hicimos caricaturas de toda la parroquia del Atlético y muchas de ellas pasaron a las páginas de **El Perico**.

Una vez instalados en la casa Morales, frente al Mercado Corona, en el hotel propiedad del padre de don Rafael, dio principio una vida periodística activísima. Fuimos invitados a integrar la Prensa Unida de Guadalajara. Casi todos los fundadores han desaparecido. Por ahí anda Fregoso. En Veracruz, viven el licenciado Herrador y Calvo y Cayetano Gómez Peña. También viven Agustín Santoscoy y Luis Abitia, aquí en Guadalajara.

¿Cómo olvidar a Enrique Delgadillo y Gutiérrez? "El Democracia" era su apodo popular. Desde mucho antes de que se iniciaran los movimientos anti-porfiristas, él fue un precursor. Bastaba un cartucho de tequila para que se lanzara fuera de la cantina a predicar la democracia. Era reportero. De ello vivió toda su vida. Su miopía era tanta, que cuando leía o escribía, más bien daba la impresión de que estaba limpiándose los ojos con el papel; pues nunca quiso usar anteojos. Muchas veces los gendarmes lo apalearon, porque sus admoniciones se dirigían a ellos con bastante frecuencia, pero no crean ustedes que dejaba en el tintero a los altos gobernantes; no señor, desde don Porfirio abajo, recibían andanadas de aquel profeta.

Por supuesto que don Jesusito Mendoza reincidió en sus bromas. Un día, estábamos en la litografía dándole cargas, cuando de improviso entró un gendarme muy agresivo, preguntando por Mí. En el último número de **El Perico** había aparecido una caricatura mía del Gobernador Ahumada, que daba principio en la primera página y acababa en la última, pues el señor era altísimo, gordísimo, frondosísimo, bigotón y barbón. No debo ocultar que inmediatamente me

di por víctima, pero no perdí los estribos. No intenté ocultarme. Seguí en mi mesa de trabajo y le dije:

—Yo soy. ¿Qué se le ofrece?

—Pues acompañeme a la Comisaría... Me mandan por usted... Dése por preso. —Y levantaba la macanota sobre mi cabeza.

—Muéstreme la orden y en seguida lo acompaño.

—¡Qué orden ni qué ojo de hacha...! ¡Andele pronto...! —y me jalaba del brazo.

Don Rafael Morales, Carlos Stahl, los prensistas, los cajistas, todo el personal de los talleres me rodeó, protestando, menos don Jesusito. Seguía el buen viejecito impávido, como si tal cosa... Y ello me dio la clave del asunto, porque ni era tan valiente, ni me quería mal; sino muy al contrario, toda su vida me guardó gran afecto. Me acerqué a él.

—Mire, —le dije al gendarme—, si es por la caricatura de Ahumada, yo la hice porque este señor me lo ordenó. Y además, él cuenta por todas partes cosas muy chistosas de su gobernador, como aquello de que ofreció en unos exámenes regalar un MUNDO de TAMANO NATURAL a un muchacho que se lució en Geografía... Y este señor es también el que le puso al jardincito boludo que acaban de hacer en la Calzada, frente a San Juan de Dios, EL OMBLIGO DE AHUMADA... Y él es quien le puso a la aplanadora de pavimentos LA BICICLETA DE AHUMADA...!

Su truco bromista quedó al descubierto. El gendarme miraba a don Jesusito, a los demás, a mí... y don Jesús no tuvo más remedio que decir, parpadeando y todo corrido...

—Si no era más que una broma...

El gendarme lo miraba como pidiéndole instrucciones.

—No, le dije yo—. Usted y yo vamos al bote para responder de las ofensas al señor Ahumada.

El pobre cuico no sabía qué hacer hasta que todos soltamos la carcajada y nos fuimos a la cervecería de la esquina, donde don Rafael Morales nos pagó las copas, quedando el gendarme como amigo nuestro, lo que nos fue después muy útil.

X X X X

La Prensa Unida hizo varios festejos, entre ellos una corrida de toros. Mataron el Chato Padilla, Chicho Parga, Luis Abitia, Juan

José Gudiño y Alberto Pérez Rojas. Estos dos últimos eran magníficos aficionados; pero los otros tres, salieron con mil apuros de la suerte. Abitia terminó igual que cuando echó el clavado en el tanque sin agua del Club Guadalajara: todo molido. El Chato y Chicho trompiqueados y éste se rió mucho del grito que le lanzaban desde los tendidos:

—¡Chicho...! ¡Mira un globo...! —Chicho Parga era jorobadito, e incapacitado para ver hacia arriba. Muy inteligente, muy valiente, salió airoso del trance. Inclusive, clavó banderillas. A mí, me tocó saltar la garrocha. Ya he dicho que fui muy ágil. Por algunos días ensayé la suerte con una pica que me prestó Raúl Banda y me sentí un Moro Muza. Al salir el segundo toro, me lancé al ruedo... Con mi palote cité al bicho... y arriba...! Una de mis alpargatas tocó el cuerpo del toro y un escalofrío intenso corrió por todo mi cuerpo...! Apresuré mi aterrizaje, vi grande, como un elefante, al toro, desde allá arriba y desde abajo, y corrí... corrí desesperadamente en busca de un burladero. El toro siguió su carrera en sentido contrario al mío, pues la suerte salió bien; pero yo no lo sabía, y dí de pecho, contra la barrera, me clavé de cabeza en el callejón y ahí quedé entre las risas de los compañeros, que se apresuraron a levantarme y a sacudir mi traje calañés, pues iba como Dios manda de pantalón andaluz, chaquetín, faja roja muy ancha y alpargatas... El público aplaudía a rabiar, pero yo no me daba por aludido, hasta que Padilla me dijo. —“Vamos, anda, que te llaman en el palco de las reinas”. Y subí, subí en medio de los aplausos del público, que ignoraba mis apuros. Por muchos años conservé la banda de seda que me colocaron en el pecho las reinas: Toñita Casillas, las Inzunza, Gloria Avilés. También me regalaron un programa impreso en seda como un recuerdo de aquel soponcio. ¡Cuántos sustos me he llevado en mi vida, que sin embargo me han valido aplausos, porque el generoso público ignora con cuántos sinsabores se le sirve...!

También hicimos una mascarada en aquella ocasión. A mí me tocó poner en carácter a la mayor parte de los compañeros de la Prensa Unida. A Chicho Parga lo arreglé como el Hombrecito de la Prensa Unida. Al Chato Padilla, como Chiuti, el del Tenoerio. Manuel Acosta era don Quijote y su Sancho el Gordo Izabal. Díaz de León, montado en un caballote blanco, era Napoleón, ¡y vaya que si se sentía como tal! Yo me hice Cyrano. Manuel Martínez Valadez era un picador de toros. Carlos Orozco un **mataor andalú**.

Hernández Galván un fakir hindú. Recorrimos las calles en medio de un gran alborozo. Las tiples del Teatro Principal nos acompañaban también, con sus disfraces, en coches, en bicicleta. Clementina Morín y María Trujillo iban a caballo.

La vida de los periodistas de aquellos días era muy animada. Como el oficio no rendía mayores utilidades, todos trabajábamos además en otras partes. Una gran camaradería era la virtud principal del gremio en la primera veintena del siglo. Los liberales y los conservadores convivíamos sin repulgo ninguno. Guillermo Enríquez Simóni, por ejemplo, había sido redactor de **El Perico** y después pasó a ser director de **El Regional**, sin que su situación cambiara para nosotros.

Cuando el General Reyes se retiró de la lucha política, **El Perico** no pudo subsistir, pues el desaliento de la opinión pública fué aplastador. Para entonces ya no éramos estudiantes, pues habíamos sido expulsados del Liceo. Hicimos Buelna y yo un semanario de caricaturas que se llamó **Rigoleto**... y que saldría cuando mucho, durante dos meses. Lo hicimos en el pequeño taller de don Faustino Rodríguez, cuya prensa era movida por un hombre. Ahí se hacían aquellas famosas loterías de figuras, con Don Ferruco, el Sabroso de las Bodas, el Alacrán Ponzoñoso, El que le cantó a San Pedro, la Atarántamela a palos... Después, en **El Herald de Occidente**, encontramos trabajo de reporteros. Había sido fundado por don Jesús Z. Moreno, aquel periodista veracruzano que mató el senador Tejeda Llorca muchos años más tarde, en la Cámara de Diputados; y a quien después mató la hija de Z. Moreno, María del Pilar, defendida brillantemente y absuelta en el Jurado Popular.

Llegó un momento en que nos fue imposible seguir aquí, a pesar de que, en ocasiones, teníamos trabajo, o en el **Tik-Tak**, de don Francisco Munguía, semanario de caricaturas, o en alguna revista. En México nos recibieron en **El Constitucionalista**, órgano del maderismo. Heriberto Frías y Rafael Martínez eran los directores. Ahí estaban Diego Arenas Guzmán, Félix Vera, Fernando Celada, Rafael de la Colina, Matías Oviedo, Rafael Quintero, Federico González Garza y su hermano Roque, quien fué Presidente de la República, interino, años después. Ahí conocimos a la plana mayor del antirreeleccionismo. Muchos de ellos fueron grandes figuras posteriormente como José Vasconcelos, Juan Andrew Almazán, Abraham González, Juan Sánchez Azcona, Filomeno Mata y sus hijos, Trini-

dad Sánchez Santos, don Victoriano Agüeros, todos ellos de la prensa independiente, que publicaban "**El Tiempo**", "**El Diario del Hogar**", "**El País**", "**La Nación**"; y a don Félix Palavicini, quien tenía su redacción a la otra puerta de la nuestra, por la misma calle de Nuevo México, ahora Artículo 123. Trabé relaciones con don Alvaro Pruneda, dueño del **Tic-Tac**, de México. Gran caricaturista, padre de Alvaro y de Salvador de su apellido, también caricaturistas. Por él supe que un nieto del Pípila, el héroe de Granaditas, había sido el primer caricaturista de EL HIJO DEL AHUIZOTE, —el más famoso periódico político-satírico hasta aquellos días—. Por entonces vió la luz aquella otra, también famosa Revista **Multicolor**, después de Frivolidades, las dos de Mario Vitoria, en las que Ernesto García Cabral dibujó sus primeros monos, haciendo su víctima a don Panchito Madero, ridiculizándolo con sus sátiras. Conocí a Guadalupe Posada, ya viejo, en su tallercito. Nosotros sufríamos vejámenes con frecuencia, porque los últimos días del porfirismo azotaron con la persecución, más que a nadie, a las filas periodísticas. Aprehensiones, golpizas, molestias constantes. Nuestros directores fueron a dar con sus huesos a la Sexta Comisaría. En una ocasión también nosotros, cuando ya estaban los talleres en la calle de la Amargura, donde fueron clausurados y nosotros detenidos, afortunadamente nomás por unas horas. Quedamos cesantes. Algunos días, con la ayuda de Severo Campero, pude trabajar en el taller de dibujo del Mexican Herald. Después como electricista, con el ingeniero Manuel Espinosa, antirreeleccionista dirigente, quien en esos días hacía las instalaciones de las casas de los dos hermanos Vázquez Gómez en la calle del Havre. Después, otro antirreeleccionista, Martín Espinosa, nayarita amigo de Buelna, nos dió trabajo como rayadores del Salón de Billares Brunswick, en los sótanos del Teatro Ideal. Ahí se fraguaron levantamientos armados para noviembre. Cuando se cerraba el salón, quedábamos con los conjurados. Un talabartero de Jalapa, de apellido Tapia, fue el primero que solicitó urgentemente que algunos de nostros fuéramos con él. Buelna y Almazán, que estaban en turno en el salón, salieron y se pronunciaron en las cercanías de Jalapa. Luego, desapareció Espinosa sin dejarnos instrucciones a los demás y yo decidí volver a Guadalajara. Un día, cuando Salvador Saucedo y yo salíamos de la Cervecería Alemana, uns gendarmes de la reservada nos detuvieron. Yo aproveché un descuido del que me llevaba del brazo para huir a toda carrera. Cerca del Molino de Collignon me agarró de

nuevo, luchamos, me hirió en la barba con una daga, pero logré desprenderme y en esta vez ya no pudo alcanzarme. Llegué sin aliento a la casa de mi tío don Pedro Hernández, junto a la Garita de Mexicaltzingo. Al día siguiente, en una carreta, escondido bajo mucha pastura, me mandó para La Chacona, cerca de Tlajomulco, hacienda que administraba mi abuelo. Luego, fui a Margaritas, porque las autoridades de Tlajomulco nos perseguían a mi tío Ramón Hernández y a mí; pues una noche, a caballo, había él tiroteado el cuartel de la policía montada. Allá, en Margaritas, mi primo Fidel y yo nos agregamos a la gente de un cabecilla maderista. Vázquez, pero ni encontramos enemigo, ni combatimos en ninguna acción, porque inesperadamente se firmó la paz de Ciudad Juárez y nos reconcentramos en Ocotlán.

En Guadalajara de nuevo, volví al periodismo con Alberto Macías, que publicó el periódico 30-30, también semanario. Después, otro que se llamó **"El Tridente"**. Stahl y yo seguimos haciendo caricaturas. Era dueña su familia, del cine Salón Verde y luego del salón París. En el hall había una gran silla acoginada, redonda, frente a la taquilla de boletos. Carlos y yo jugábamos competencias, a ver quien hacia primero la caricatura de los que llegaban a comprar su boleto. Por aquellos días fundamos él, Javier Guerrero, Ramón Córdova y yo, el estudio que después fue llamado **"EL CENTRO BOHEMIO"**.

Se encumbró Victoriano Huerta tras del asesinato de Madero y Pino Suárez. El periodismo fue ya entonces el campo más apasionado de la lucha. Encarcelamientos, denuncias, insultos, el rencor y la injuria desencadenados. Llegó el Ejército del Noroeste. Ahí venía Buelna, ya con grado de General. Yo hice un intento de incorporarme con él, pero no lo logré. Narciso Valenzuela fundó el **Boletín Militar**, órgano de la Revolución, con Enrique Gómez Salcedo como Secretario de Redacción. Después, al desaparecer el **Boletín**, nació en su lugar **El Occidental**, con Retes Zepeda primero y Juan de Dios Robledo después, como Secretario. Se publicó también **Acción Mundial**, con Jesús Ibarra en la dirección y Pancho Valladares como Secretario. El doctor Atl era el inspirador. Vinieron entonces David Alfaro Siqueiros y Jesús S. Soto, al Estado Mayor del General Diéguez. Por años, en varias ocasiones, vivieron entre nosotros. Después, ocupó Villa la plaza. Con Julián Medina venían Azuela y José Becerra, de Lagos. Este fue director de la Biblioteca y aquél

de Instrucción. Es aquí el lugar de hablar del periodismo de Lagos. Dicha ciudad, en todos los tiempos, se ha significado por su adelanto cultural. **"El Defensor del Pueblo"**, llegó a ser el decano de la Prensa Jalisciense, pues se fundó desde a fines del siglo XIX. Todavía alcanzaron a colaborar en él don Agustín Rivera y otros estudiosos laguenses. Después, el mencionado José Becerra y su hermano Alfredo, publicaron **"La Patria de Rosas"**. Azuela y González de León, **"Calendas"**. **"La Esperanza"**, era de Velázquez Galván. Ausencio López Arce y Apolonio Moreno, **"Notas y Letras"**, revista literario-musical. Moreno compuso **Tres Piedras**, tan popular por muchos años. Bernardo Reyna, editó **"Páginas Literarias"**. Otro laguense, Federico Carlos Kégel, autor de la zarzuela socialista **"La Hacienda"**, fue redactor del **Kaskabel**. No debemos olvidar que don Agustín Rivera tenía predilección por dar a luz sus escritos en los periódicos. Y su famosa polémica con el doctor de la Rosa, se inició con la respuesta que dio a los artículos que contra él publicaba dicho padre Rositas en su periódico tapatío **"La religión y la sociedad"**.

Viénneme a la memoria los nombres de algunos ilustres periodistas que conocí. Los mencionaré como un homenaje a sus altos valimientos: Julio G. Arce, y Juan Puga procedentes los dos de Sinaloa, donde se les hizo víctimas de la política. Allá trabajaron en **"El Correo de la Tarde"**. Aquí se refugiaron y vivieron felices, trabajando en **"La Gaceta"** y **"El Informador"**; o en el **"Diario de Occidente"**, con el licenciado Machorro Narváez. Enrique Villaseñor, michoacano, furibundo clerófobo, que escribió en verso **"El Gato"**, amigo personal del Gral. don Lázaro Cárdenas, quien lo protegió siempre. Luis R. Alvarez, periodista independiente, héroe víctima de mil persecuciones, dueño de **"El Día"**, que salía en la noche... Emilio Uribe Romo, de **"El Informador"**, nayarita amigo de Jalisco. En **"El Informador"** trabajamos Hernández Galván, Tomás L. Vidrio, Enrique Díaz de León, Manuel Martínez y yo. Yo hice crónicas de espectáculos teatrales y artículos sobre la enseñanza del dibujo en las escuelas y éstos me valieron ser llamado para ocupar el cargo de Inspector de dicha enseñanza en el Estado. Recuerdo que Pedro Vázquez Cisneros fundó **"La Epoca"**. Francisco Saracho, **"El Mercurio"**. **"Blusa Roja"**, de Fernando Celada y Félix C. Vera, después publicada por Lino Suárez; **"El Independiente"**, de Enrique Gómez Salcedo, **"Bataclán"**, de Enrique L. Gama. **"Crónica"** del ingeniero Antonio Reinthgen. **"Choque"**, de José Parres Arias,

de tipo muy revolucionario y de aspecto muy moderno, como aquella famosa revista **"España"**. . . Había otros periódicos medio humorísticos, como **"La Chispa"**, recalcitrante fanático; **"La Paz"**, **"El Presente"**, **"Restauración"**, de Muñoz; y, con mención muy especial, la **"Revista Aurora"** de José Ibarra, que gozó de larga, rica y fructífera vida. Yo tengo preparada una conferencia sobre las caricaturas que publicó, tras de las cuales se adivina todo el palpitante de nuestra ciudad en aquellos días, y frente a las cuales, cuando la pantalla las revele, los espectadores podrán revivir y recordar, con la ayuda de las irónicas siluetas, los tiempos idos. La forma propiamente material de los periódicos, a través de los años, ha evolucionado tanto, que bastarán unos cuantos renglones para demostrarlo: **"El Imparcial"**, órgano el más importante del siglo pasado, contenía cuatro páginas; seis u ocho, a lo sumo, en las grandes ocasiones. Ahora, hasta en muchas capitales de los Estados, los diarios contienen hasta cuarenta páginas y los domingos son verdaderos libracos, con suplementos de toda índole. Los periódicos literarios y artísticos, han dado un gran salto, junto con las Revistas políticas. Son de magnífica presentación, sobrepasada la de aquella **"República Literaria"**, de **"El Domingo"**, de **"La Revista Azul"**. La aportación de la plástica mexicana, predominante en el mundo, se deja sentir, junta con los nuevos procedimientos del grabado y de las industrias de la imprenta. Solamente quedan en su orgullosa humildad, los periódicos independientes, que viven trabajosamente, casi sin anuncios, diciendo sus verdades ante la indiferencia general. Pero debemos reconocer que, si en alguna parte suele encontrarse una observación real de las situaciones, es ahí en esas modestas páginas de pobre papel y de imprenta vieja. Cuando los historiadores auscultan las entrañas del pasado, es ahí donde van a encontrar las mejores vetas de oro y del diamante incorruptos, de una opinión desinteresada y certera. Entre las arenas de arcillas de montones de diarios, de suplementos voluminosos, de cuadernotes lujosos llenos de colorines, habrá minerales radio-activos, que una vez separados de la basura, darán la medida de lo que ha sido la verdadera cultura, la verdadera historia.

La vida de nuestros diarios actuales es activísima. **"El Informador"** y **"El Occidental"**, por las mañanas, nos llevan el conocimiento de las noticias del mundo en toda su esfericidad y **"El Sol"**, al medio día, nos alumbrá las calles de nuestra Perla de Occidente, por

más que a veces su luz peque de amarillenta; todo ello aportando, sobre todo en las columnas individuales de sus redactores, una contribución efectiva, para nuestro desenvolvimiento progresista. He pasado por mil redacciones de todo género. He publicado periódicos —a veces con una gran pasión político-social, como **"Gil Blas"** y **"Basilio"**.

En el primero de ellos colaboró conmigo Gustavo R. Cristo. Fue tan firme la crítica que hacíamos de los actos del gobierno, que don Luis Castellanos y Tapiá, el Gobernador, nos llamó bajo el pretexto de que yo era empleado público como Inspector General del Dibujo en las Escuelas del Estado, para pretender acallar nuestras protestas. En el artículo que publiqué la semana siguiente, se pone de relieve el incidente, por lo cual aquí lo transcribo:

"GIL BLAS" Y EL ARZOBISPO DE GRANADA.

(Capítulo III libro 7o. de Gil Blas
de Santillana de A. R. le Sage.)

—...La gloria de pasar por un orador consumado tiene para mí muchos atractivos. Hoy pasan mis obras por enérgicas y sublimes; pero no querría caer en las faltas de los buenos escritores que viven muchos años y sí conservar toda mi reputación.

—En este supuesto, mi amado Gil Blas, —continuó el prelado— exijo una cosa de tu celo: cuando adviertas que mi pluma envejece, cuando notes que mi estilo declina, no dejes de avisármelo. En este punto no me fio de mi mismo, porque el amor propio podría cegarme. Esta observación necesita de un entendimiento imparcial, y así elijo el tuyo, que contemplo a propósito, y desde luego abrazaré tu dictamen.

(Capítulo IV del mismo)

—...Pero como su Ilustrísima me tiene mandado le hablé con franqueza y con sinceridad, me tomaré la licencia de decir que el último sermón no me parece tener la solidez de los precedentes...

—...Gracias al cielo, mi entendimiento nada ha perdido todavía de su vigor. En adelante, yo elegiré mejor confidente; quiero otros más capaces de decir que tú. Anda, —prosiguió empujándome para que saliera de su estudio— y dile a mi tesorero que te entregue cien ducados, y anda bendito de Dios con ellos...

Como a la medida vínome ese pasaje de la historia original del tocayo Gil Blas de Santillana. Tal parece que se hubieran puesto de acuerdo el Arzobispo de Granada y el Gobernador de Jalisco... Aquél, pidió a Gil Blas que le avisara cuando las homilias que lo habían hecho famoso como orador, desmerecieran porque su pluma envejeciera; y éste, declaró cuando era candidato, que "oiría y respetaría a la prensa independiente". Y éste como aquel, cuando el momento de decir la verdad llegó, portóse igualmente, con la única diferencia de que el prelado granadino obsequió a Gil Blas de Santillana cien ducados; y el funcionario jalisciense me destituyó a mí.

La aventura me pasó así:

El lunes en la mañana, Gustavo Cristo y yo recibimos una citatoria, digo un "úkase" para que nos presentáramos a las doce en punto ante el señor Gobernador. ¿Para qué? Muy sencillo: En un gran consejo gubernativo, por resolución de las eminencias políticas contemporáneas, se había acordado formularnos la siguiente pregunta que se nos hizo:

—¿Consideran ustedes digno que dos empleados del Gobierno, como lo son ustedes, lancen ataques a dicho Gobierno en su periódico? Contestación categórica.

Y yo contesté:

—Mi puesto de Inspector del dibujo, no es de carácter político. Lo he obtenido, no por influencias, ni recomendaciones, ni porque lo solicitara; algunos estudios que sobre la enseñanza del dibujo publiqué, fueron leídos por el Director de Instrucción. Fuí llamado para que prestara mis servicios. Acepté por entusiasmo únicamente y por tener un campo más amplio para mis estudios, pues la miseria de dos pesos cuarenta centavos, no son para tentar a nadie. Además, creo que los empleados públicos no están impedidos, por el hecho de serlo, de externar su opinión sobre cualquier tema. Al contrario, más digno es el que dice la verdad, que aquél que la oculta, llevado por mezquino interés.

Mi labor como Inspector del dibujo, ha terminado desde el mes de mayo; y de mi parte ningún compromiso existe actualmente para el Gobierno, puesto que en la nueva ley de Instrucción ha sido suprimida la Inspección que yo desempeñé.

Mi explicación mereció el calificativo de "una huizachada", que muy molesto profirió el señor Castellanos. El calificativo es completamente ranchero, así como otra declaración que hizo: "Los pe-

riodistas dicen de tal modo las cosas, que no se les puede hacer nada..."

En realidad, la pretensión fue esta:

Los llamamos —deben haberse dicho— les hacemos esta pregunta que los volverá locos de susto, y no volverán a decirnos todas las verdades que merecemos...

Plancha. Gran plancha, porque quien procede sin doblez, jamás puede ser sorprendido; y quien sabe que decir la verdad es meritorio y útil, está siempre dispuesto a enfrentarse con todas las eventualidades que ya aguarda de antemano, vengan como vinieren.

El final de la entrevista, fue la espantable noticia de que seríamos destituidos.

Yo, al salir del despacho, recordé a mi querido tocayo, Gil Blas de Santillana; y como en un eco lejano, oí la voz del arzobispo... "Gracias al cielo, mi entendimiento nada ha perdido todavía de su vigor... En adelante, yo elegiré mejores confidentes, quiero otros más capaces de decir que tú... Anda... bendito de Dios..."

Gil Blas".

En otra Revista llamada "**Argos**", que editó Atala Apodaca y en el número que se publicó en Colima, apareció el artículo titulado "**Humorismo. Entrevista con un miembro de la familia de los culícidos**". Lo escribimos en sociedad Samuel Ruíz Cabañas y yo, en merecida venganza contra quienes nos habían inoculado el terrible paludismo que padecimos por años. No solamente lo escribimos; sino que tuvimos que hacerlo de tipo de imprenta, como cajistas, pues los del taller del Gobierno de Colima estaban en huelga y tuvimos nosotros mismos que improvisarnos como nuestros propios obreros. He aquí el artículo:

"Genialidades de la dirección del periódico, enviarnos a entrevistar... a un miembro de la familia de los culícidos...!"

¿Dónde vamos a dar con semejante preciosidad...? Lo primero que nos ocurre, es acudir al diccionario... Ya dimos con el culícido. Se trata nada menos que de uno de esos zumbadores cínifes que desde que Dios amanece hasta que vuelve a amanecer... le están tocando a uno motivos de Wagner, y cada vez que pueden, chupan el precioso líquido de las venas...

En un estero cercano a la ciudad, dimos con nuestro entrevistado. Acababa de tomar el aperitivo, pues lo vimos apearse de las rubicundas narices de un conciudadano adiposo, que venía medio kurdo:

—Señor culícido, tenga usted muy buenos días...

—Bííí...

—Venimos a molestarlo a usted para suplicarle nos dé sus sabias opiniones sobre estas fiebres endémicas que a todo el mundo atrapan. Sus servidores acaban de dejar el lecho, donde ya mero pelaban gallo...

—Bííí...

—No... no pique, que venimos a otra cosa. ¡Si le ha tocado lo de culícido, conste que son cosas del diccionario!

El interfecto irguióse en la artista de un tule, sacudió las alas, se rascó la cabeza, miró al cielo, y dijo cambiando de voz:

—¡Ah! ¡Cómo se nos calumnia! En las estadísticas se nos atribuye un porcentaje abrumador entre las causas de la mortalidad; pero nadie se ocupa de hacernos justicia. Nosotros, según la frase que puso Shakespieare en labios de Calibán, necesitamos comer y vosotros, por ley natural, sois nuestra despensa, o mejor dicho, nuestra bodega.

—Señor, convendrá usted en que así han de opinar también las pulgas y las chinches y demás molestos bichos, sus congéneres. Nuestro entrevistado hizo un gesto de indignación.

—¿Congéneres míos? ¡Qué enorme distancia hay entre un saltimbanqui y un artista del bello canto como yo...!

—Aseguran los entomólogos, que ustedes nacen en los pantanos.

—“¡Hay plumajes que cruzan el pantano y no se manchan. Mi plumaje es de esos!”

—Barbas, no plumaje...

—Bííí...

(Entre nosotros: ¡Ya se fastidió el culícido...!)

—Buen trabajo nos cuesta comer. Todo se nos va en cantar. A cambio de la divina música con que os arrullamos por la noche, ¿qué os pedimos?... ¡unas miserables gotas de sangre, para irla pasando en este miserable valle de lágrimas!

—Pero si no es solamente el piquete ni la sangre que perdemos, sino que no se lavan ustedes la boca, y cuando nos muerden, le dejan a uno en la epidermis, trescientas mil porquerías que nos ponen a la muerte.

—Eso es culpa únicamente del Consejo de Salubridad, que no manda asear los contornos y tiene uno que beber una agua corrom-

pida, ya que la cerveza está fuera de nuestro alcance. El paludismo, díganlo ustedes en su periódico, mata más moscos que gente, y los que no morimos, lo padecemos crónicamente. ¿No ve usted qué flacos somos, y cómo nuestro canto más bien parece un quejido de dolor?.

—¿De manera que usted afirma que sus congéneres no son los causantes de las enfermedades regionales?

—Lo afirmo, y es más; estoy dispuesto a probarlo científicamente. Tal vez desarrolle este tema en un próximo congreso, en el que tomarán parte todos los moscos de la región.

—¿Y qué sería lo que ustedes exigieran de nosotros en justicia?

—La supresión de los mosquiteros; la prohibición de la venta de polvos y pastillas contra nosotros; la desinfección de las fuentes, depósitos y aguas corrientes.

—En cambio, nosotros aceptaríamos un reglamento. Picaríamos por turnos, sobriamente para no hacer ronchas, y en ciertas partes del cuerpo humano que no son visibles. Como remuneración, podríamos sustituir gratuitamente a las bandas militares y dar grandes audiciones en las plazas públicas. Creo que así estaremos todos contentos.

¡Pero si no se nos hace caso, si no se nos otorgan estos derechos, haremos una verdadera guerra a los hombres! No los dejaremos descansar ni de día ni de noche... Chuparemos hasta la última gota de su sangre...

El culícido se había enardecido, peroraba con un ímpetu de anarquista; y juzgando nosotros que la difusión de estas ideas entre los millones de moscos, daría resultados terribles, quisimos nulificar al apóstol y con una manotada, dimos muerte a nuestro erudito entrevistado...

Colima, septiembre de 1916".

LISTA DE ARTISTAS QUE SE HAN DESTACADO EN LAS ARTES PLASTICAS, EN EL ESTADO DE JALISCO, O BIEN HAN RECIBIDO SU EDUCACION ARTISTICA EN ESTE ESTADO.

SIGLO XVI: Alvar Núñez Cabeza de Vaca, se dice que aquí pintó una imagen de la Virgen María. Lavandera, lo menciona el canónigo Romero. SIGLO XVII: Martín Casillas, alarife y pintor, maestro de obras de la Catedral. Diego de Cuentas, pintor, discípulo de Miguel Cabrera. Su obra se encuentra en el templo de la Merced y en el Colegio de San Nicolás de Morelia y en México. Francisco Flores, nació en Guadalajara, y pintó en San Juan de los Lagos. Pedro José Sipsrés, alarife y dibujante, autor de la Iglesia de San Felipe. Luis Antonio Rangel, alarife y dibujante contemporáneo de Sipsrés. Dolores Manzanarez, dibujante de la misma época. SIGLO XVIII: José de Ibarra, gran pintor de la Escuela antigua mexicana; en toda la República hay obras suyas. Nicolás Henríquez, contemporáneo del anterior y muy conocido también. José de Alzibar, autor del San Agustín que se exhibe en el Museo de Guadalajara. Luis Andrade, alarife y dibujante. Juan José Plata, alarife y dibujante. Francisco Gutiérrez, alarife y dibujante. José María Estrada, fundador de la Escuela falsamente llamada regional y cuya influencia trascendió en toda la República. José María Zepeda de Estrada, no se ha llegado a una aclaración plenamente comprobada, de si se trata del anterior o es otro. SIGLO XIX: principios y mediados: José Gutiérrez, arquitecto español, constructor del Hospicio, primer Director de la Escuela de dibujo. Dionisio Sancho, español, escultor de la Cámara del Rey, contratado para la construcción y dirección de la Casa de la Moneda. Victoriano Acuña, gran escultor del primer tercio del siglo; se encuentran obras suyas en el Sagrario y otras iglesias. José Antonio Apodaca, tallista notable, autor del tenebrario y de los laterales del Presbiterio de Catedral, así como del trono de madera de El Pilar. Rafael Barragán, escultor; su obra

se encuentra en La Merced y en Santa Teresa. Anastasio Carreón, pintor y arquitecto. Cruz Balcázar, escultor, en el templo de San Juan de Dios y algunos de Tlaquepaque hay obra suya. Faustino Delgadillo, escultor de la misma época, dejó sus obras en Catedral y en el Sagrario. Esteban Estrada, escultor de la misma época, dejó sus obras en la Catedral y en el Santuario. Sotero Flores, escultor, dejó obras en San Felipe y en San Francisco. Cirilo Flores, hijo del anterior, escultor también, figuró a mediados del siglo. Anastasio Flores, contemporáneo de Sotero, es autor de la Asunción del Cenáculo. Francisco López, de la misma época, escultor, que dejó obras en Zapopan y en la Universidad. Marcelino Hernández, alfarero, escultor de Tlaquepaque. José María Uriarte, pintor tradicionalista de excelente calidad. Zendejas, pintor. Gómez Guzmán, estos últimos son mencionados por su interés histórico así como Remigio Patiño y Bruno y José María Mares. Gonzalo Ancira, introductor de la litografía, con Teófilo Loreto. Faustino Loreto y Faustino Gutiérrez Z. quien fue el autor de las loterías, con las figuras de don Ferruco y otras regionales. Luis Vázquez Foncerrada. Manuel Mendio-la. J. Jesús Mendoza también litógrafos. Salvador Agraz, retratista, J. Guadalupe Montenegro, dejó obras en la Academia de San Carlos. José María Arechaval, retratista y pintor religioso. Antonio Varela, pintor fresquista que trabajó en el Carmen. Refugio Castillo, de Lagos, en cuya iglesia hay obras suyas. Eduardo Villaseñor, decoró El Carmen. Miguel Gárate, acuarelista, estudió en París. Timoteo Ramírez, miniaturista. Mariano Gárate, hijo del anterior, también dibujante y acuarelista. Florencio Miranda, escenógrafo. Manuel Gómez Ibarra, arquitecto y dibujante, autor de la cúpula del Hospicio. Tiburcio Miranda, escenógrafo. Leocadio y Luis Jontán, pintores, autores de los murales de la Soledad, ya desaparecidos. Romualdo Núñez, escultor y autor del San José de la Universidad. Nicolás Leño, estudió en Europa y pintó varios murales en el Convento del Carmen. Jesús Otero, especialista en pintura al temple. Jesús Lomelín, pintor. Tirso Martínez, autor de las obras alegóricas de la capilla de la Purísima de Catedral. José Antonio Castro, español que dirigió la Academia de Bellas Artes. Andrés Medina, escultor que dejó obras en San Agustín, Santa Mónica, en Tlaquepaque y en el Cenáculo. J. Fontana, italiano maestro de murales y decorados al Temple, es autor de los que fueron tan admirados en las casas de las Haciendas de La Barca y Ameca. Zapapi, italiano, decorador y muralista. Pan-

taleón Panduro, famoso retratista en barro, toda su familia lo ha continuado en ello. N. Pájar, igual que el anterior. Jesús Villarreal, como los anteriores, pero originario de Tonalá. SIGLO XIX, último tercio: Jacobo Gálvez, arquitecto y pintor, autor del Teatro Degollado. Luis Monsisvaiz, tallista que ejecutó la sillería de Catedral. Carlos Barriere, fotógrafo que con Gálvez introdujo el daguerrotipo. Gerardo Suárez, magnífico pintor y muralista. Pablo Valdez, padre, autor de los cuadros del Carmen y de los murales, se distinguió también como escultor. Felipe Castro, hijo de don José Antonio, quien continuó su escuela. Dr. Atl (Gerardo Murillo). Roberto Montenegro. Ixca Fariás (Juan). Carlos Villaseñor. Luis de la Torre. Francisco Sánchez Guerrero. José Vizcarra. José Trinidad Galván. Eufasio Carreón. J. Reyes Durán, Othón de Aguinaga. Marcelino Dávalos, José R. Lozano. José M. Lupercio. Salvador Reyes, José Rivera Rosas. Javier Tizoc Martínez. Luis y Francisco de la Torre. Pablo Valdez, hijo. Félix Bernardelli, italiano quien estableció una escuela de pintura y música. Con estos artistas empieza la etapa transitoria hacia el desenvolvimiento actual de la pintura en Jalisco. FINES DEL SIGLO XIX Y PRINCIPIOS DEL XX: Rafael Ponce de León. Juan Ponce de León. Jorge Enciso. Gabriel Guerra. Gabriel Zelayeta. Jorge Villaseñor. Fernando Gómez y del Castillo Negrete. Rubén Guzmán. Rosendo Jiménez, Humberto Pedrett. José Crivelli. Mateo A. Saldaña. Benigno Ruiz, pintor peruano. Bruno García. Luis Vázquez. Alberto Garduño. PINTORES Y LITOGRAFOS QUE SE CONSIDERAN CONTEMPORANEOS Y ULTIMAS GENERACIONES. José Clemente Orozco. David Alfaro Siqueiros. Carlos Orozco Romero. Hermilo Jiménez. José de Jesús Ibarra. José G. Zuno. Juan Antonio Córdova. Alberto Venegas. José Ceballos. Carlos Sthal. Amado de la Cueva. José Luis Figueroa. Joaquín Vidrio. José Segura. Félix Santana. Salvador G. de Quevedo. Alfredo Romo. Ignacio Aguirre. Francisco Antonio Vallejo. Francisco Marín. Isabel Villaseñor. Pedro Galarza Durán. J. M. Medina Mallorga, J. A. Monroy, Luis Remus Araico. Luis Gómez Gutiérrez. Luis Godínez Fonseca. Manuel G. de Quevedo. Germán Gutiérrez Santacruz. Javier Gómez Peña del Rivero. Francisco Antonio Vallejo. Mario Medina. Manuel G. de Quevedo. Alfonso Michel. María de la O. Fernández. María Izquierdo. Gabriel Ayala. Rubén Mora Gálvez. Jesús Guerrero Galván. León Muñiz. Antonio Servín. Francisco Rodríguez Caracalla. Francisco Sánchez Flores. José Inés Casillas. José Servín Zepeda.

Raúl Anguiano. José Parres Arias. Juan Soriano. Jorge González Camarena. Manuel González Serrano. Armando Anguiano. Carlos Villaseñor y Villaseñor. Jorge Martínez. Alfredo Navarro España. Ramón Corona Apicella. Julio Vidrio. Ricardo Baeza. Jorge Navarro. Gabriel Portillo. Fernando García. Bertha Isabel Bravo. Gabriel Flores. Víctor Reynoso. Luis Martínez. David Aguirre. Manuel Mariscal Silviano Camberos Jr. Cipriano Castañedo. Rodolfo Peña. Jorge Seimandi. Gustavo Gutiérrez. Mario Aceves. Luis Sahagún y Guillermo Chávez. ESCULTORES: Francisco Marín. Rubén Martínez. León Muñiz. Alfredo Navarro España. Rosa Castillo. Fidencio Castillo. Pablo Sánchez. Julio Adeath. FOTOGRAFOS DE FINES DEL SIGLO XIX Y PRINCIPIOS DEL XX: Octavio de la Mora. Pedro Magallanes. Arturo J. González. Ignacio Gómez Gallardo. Lupercio Smart. FOTOGRAFOS CONTEMPORANEOS. Lola Alvarez Bravo. Juan Víctor Arauz. Fernando González Barba. Luis G. Castañeda. Rodolfo Moreno. Ricardo Salazar. Miguel Moragrega. Clemente Ramírez Nuño.

LISTA DE LAS PERSONAS QUE INTEGRARON EL
CENTRO BOHEMIO

FUNDADORES:

José Guadalupe Zuno Hernández	Pintor	Vive
Ramón Córdova	Escritor	"
Carlos Stahl	Pintor	"
Xavier Guerrero	Pintor	"
Juan Antonio Córdova	Pintor	Fallecido
Alfredo Romo	Pintor	"
Joaquín Vidrio	Pintor	"

LISTA DE OTROS SOCIOS:

Acosta Manuel Dr.	Escritor	Fallecido
Arce Julio G.	Escritor	"
Alfaro Siqueiros David	Pitor	Vive
Aguirre Fierro Manuel	Escritor	Fallecido
Ancira Manuel	Caricaturista	Vive
Abitia Jesús	Fotógrafo	"
Abitia Luis	Músico	"
Aguilar Juan	Músico	Fallecido
Aguilar José de Jesús	Músico	"
x Azuela Mariano Dr.	Escritor	"
Azuela Salvador Lic.	Escritor	Vive
x Atl Dr.	Pintor	"
Asúnsolo Ignacio	Escultor	"
Adeath Julio	Escultor	"
Arriola Valadez Agustín	Escritor	Fallecido
x Basave Agustín	Arquitecto	"
Becerra José	Escritor	"
Bojorquez Juan de Dios	Escritor	Vive
Buelna Rafael Gral.	Escritor	Fallecido
Benítez José R. Ing.	Escritor	"
Banda Fernando Dr.	Músico	"

Bernardelli Félix	Pintor	Fallecido
Carrasco Alfredo	Músico	"
Cañedo Alfonso	Músico	"
Campa Francisco	Músico	"
Camarena	Músico	Vive
Castañeda Luis G.	Fotógrafo	Fallecido
Cornejo Franco José	Escritor	Vive
Cárdenas Juan R.	Escritor	Fallecido
Corro Luis	Escritor	"
Covarrubias Ricardo	Escritor	Vive
Cabildo Raziel	Poeta	Fallecido
Ceballos José	Caricaturista	"
Criveli J.	Escultor	"
De la Cueva Amado	Pintor	"
De la Torre Luis	Pintor	"
Enríquez Timón Guillermo	Escritor	Vive
Enciso Jorge	Pintor	"
Enciso Javier	Escritor	Fallecido
Estrada J. Jesús	Músico	Vive
Espinosa Juan José	Músico	"
Echeverría del Prado Vicente	Poeta	"
Escudero Salvador	Poeta	Fallecido
Fregoso José Luis	Escritor	Vive
Frias José D.	Poeta	Fallecido
Frias Heriberto	Poeta	"
Figueroa José Luis	Pintor	Vive
Farías Ixca	Pintor	Fallecido
Gómez Gallardo Ignacio	Fotógrafo	"
González Guerrero Francisco	Poeta	"
González León Francisco	Poeta	"
Gutiérrez Trillo Luis	Poeta	"
Gutiérrez Arreola Roberto	Músico	Vive
Gutiérrez Cruz Carlos	Poeta	Fallecido
Gutiérrez Hermosillo Alfonso	Poeta	"
García Carrillo Luis	Poeta	Vive
González Madrid Fernando	Escritor	Fallecido
Galindo Ramírez Francisco, Lic.	Caricaturista	"
Gutiérrez Santa Cruz Germán	Caricaturista	"
Guzmán Rubén	Pintor	"
Hidalgo Aurelio	Escritor	"
Hernández Galván Manuel, Lic.	Escritor	"
Ibarra José de Jesús	Pintor	"
Jiménez Guillermo	Poeta	Vive

Izábal Juan B.	Escritor	Fallecido
Levy Alfredo	Músico	"
Lavat María	Escritora	"
Lavat Juan	Escritor	"
Lupercio José María	Fotógrafo	"
Martínez Valadez Manuel	Poeta	"
Medina Hermosillo Miguel, Lic.	Poeta	"
Montes de Oca José G.	Poeta	"
Morán Tomás	Poeta	"
Medina Mayorga Jesús	Pintor	Vive
Michel Alfonso	Pintor	Fallecido
Macías Alberto	Escritor	"
Marín María Guadalupe	Escritora	Vive
Marín María	Música	"
Marín Francisco Dr.	Escultor	"
Martínez J. Nepomuceno	Músico	Fallecido
Martínez Sotomayor José, Lic.	Escritor	Vive
Muñiz León	Escultor	"
Montenegro Roberto	Pintor	"
Montenegro Arturo	Pintor	Fallecido
Núñez y Domínguez José de Jesús	Poeta	"
Navarro Manuel Dr.	Fotógrafo	Vive
Navarro Velarde Fernando	Escritor	Fallecido
Orozco José Clemente	Pintor	"
Orozco Romero Carlos	Pintor	Vive
Olaguibel Juan	Escultor	"
Othón Robledo Miguel	Poeta	Fallecido
Pedretti Humberto	Escultor	"
Piñó Sandoval	Escritor	Vive
Pérez Arce Enrique, Lic.	Poeta	Fallecido
Padilla Benjamín	Escritor	"
Ponce de León Aurelio	Escritor	"
Prieto Souza Luis, Arq.	Pintor	Vive
Rivera Diego	Pintor	Fallecido
Reyes Pérez Roberto	Pintor	"
Robledo Juan de Dios	Poeta	"
Ruiz Cabañas Samuel	Poeta	Vive
Robledo García Luis	Poeta	Fallecido
Roel Carlos	Poeta	"
Rivera Rosas José, Prof.	Pintor	"
Rosas Miguel	Músico	"
Reyes Ferreira Jesús	Pintor	Vive
Rolón José	Músico	Fallecido

Sandoval Andrés	Músico	Fallecido
Silva Víctor	Músico	"
Serratos Ramón	Músico	Vive
Soto Jesús S.	Poeta	Fallecido
Sánchez Manuel	Escultor	Vive
Salazar Juan Dr.	Pintor	Fallecido
Venegas Alberto	Caricaturista	"
Villaseñor Enrique	Escritor	"
Villaseñor Arnulfo	Arquitecto	"
Villaseñor Jorge	Pintor	"
Vizcarra José	Pintor	"
Valdez Pablo	Escultor	"
Zavala Braulio	Escultor	"

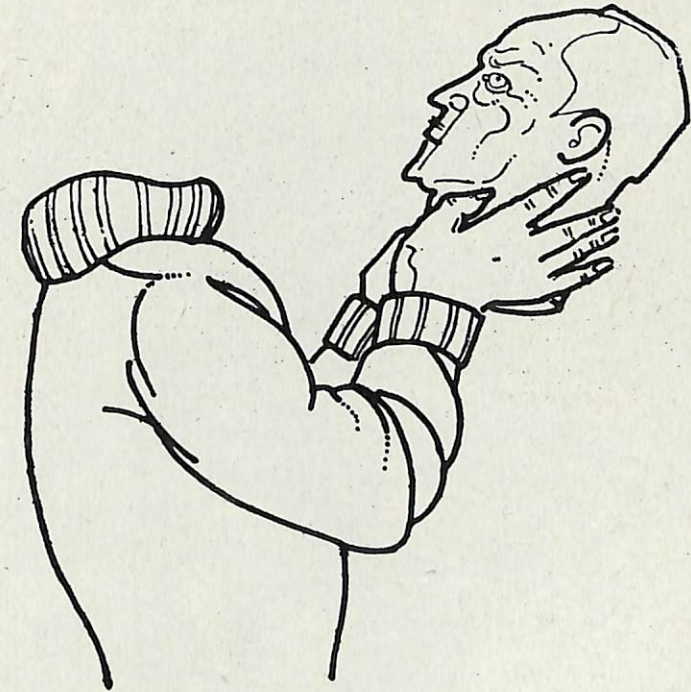
México - agosto 1º de 1910



A Don Ramon Hdez y en hija
v. H. Hdez

¡Que mi verdadera afec-
ción al establecimiento en esta
¿Quien no asegura siempre?
Solo Dios y la constancia.
¿Almorzará la hija de amarrar
los libros de elogios porvenir, pero
¿mi trabajo? ¡lo veremos!

Luis G. Giron



Carlos Stahl.



Arco Triunfal del Ayuntamiento en honor de Carranza
Por J. A. Córdova y J. G. Zuno.



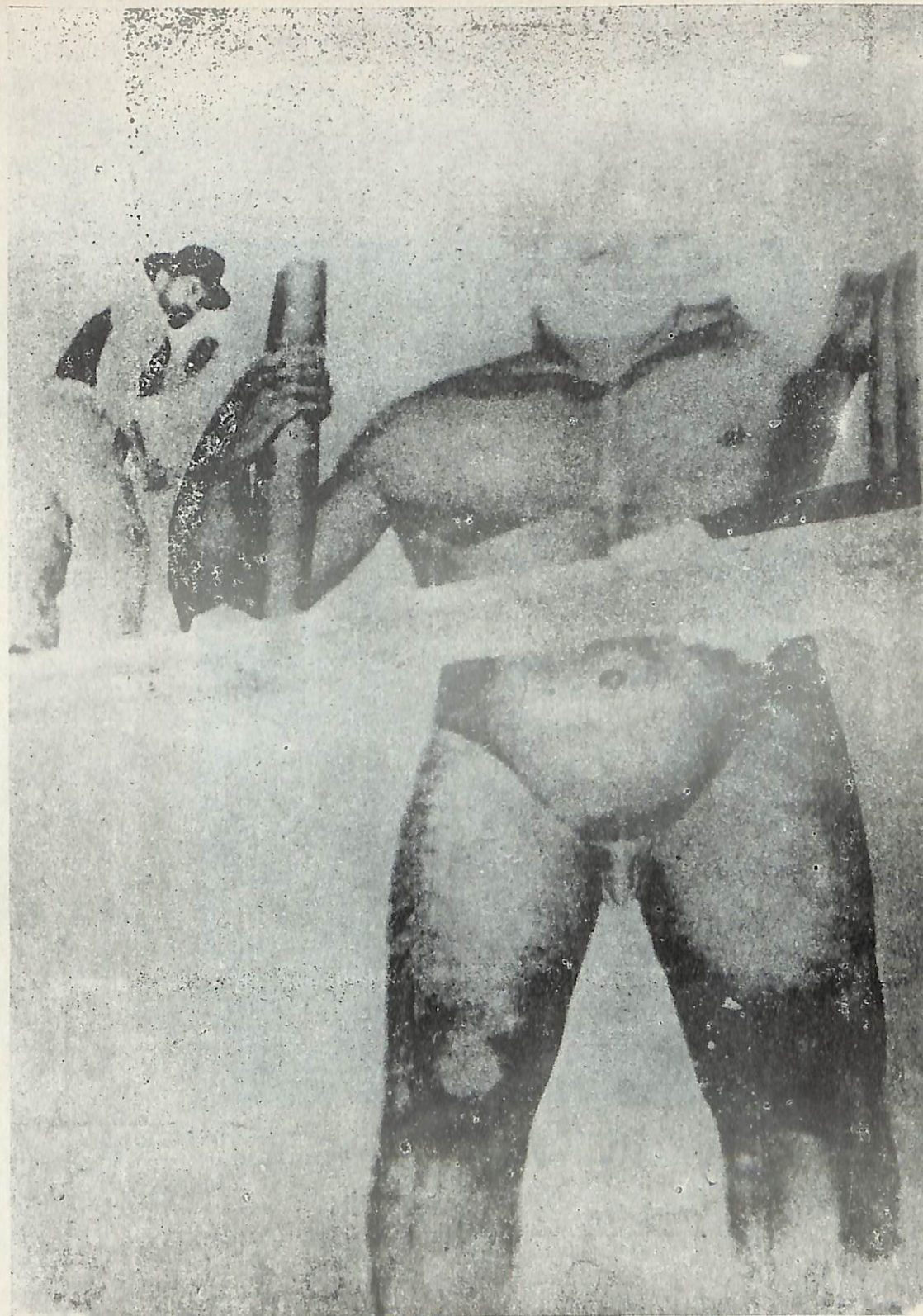
Cabeza de Viejo,
por Juan Antonio Córdova.



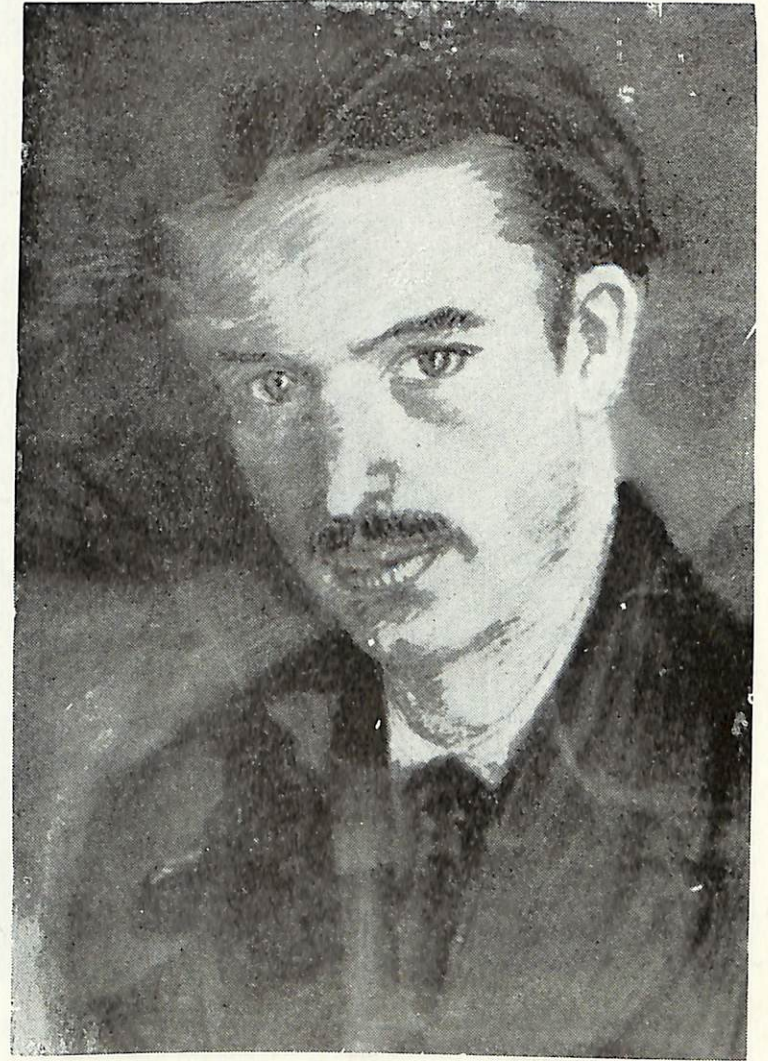
Amado de la Cueva.-1918.



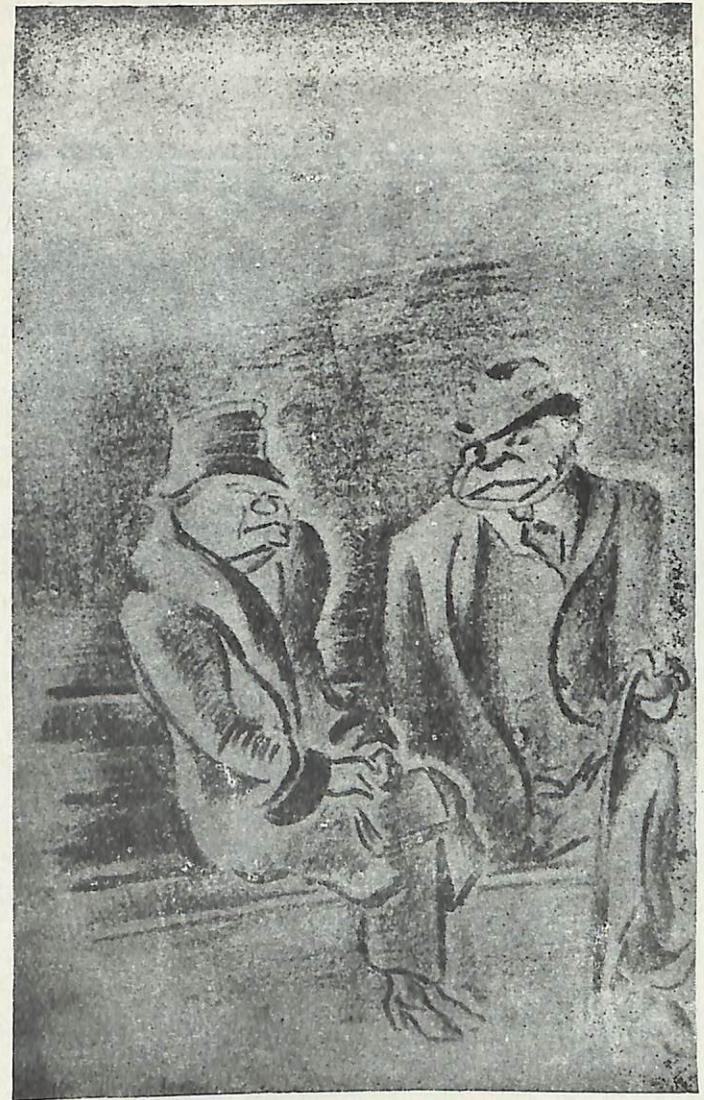
El Pianista. - Antonio Gómez Anda, por Amado de la Cueva.



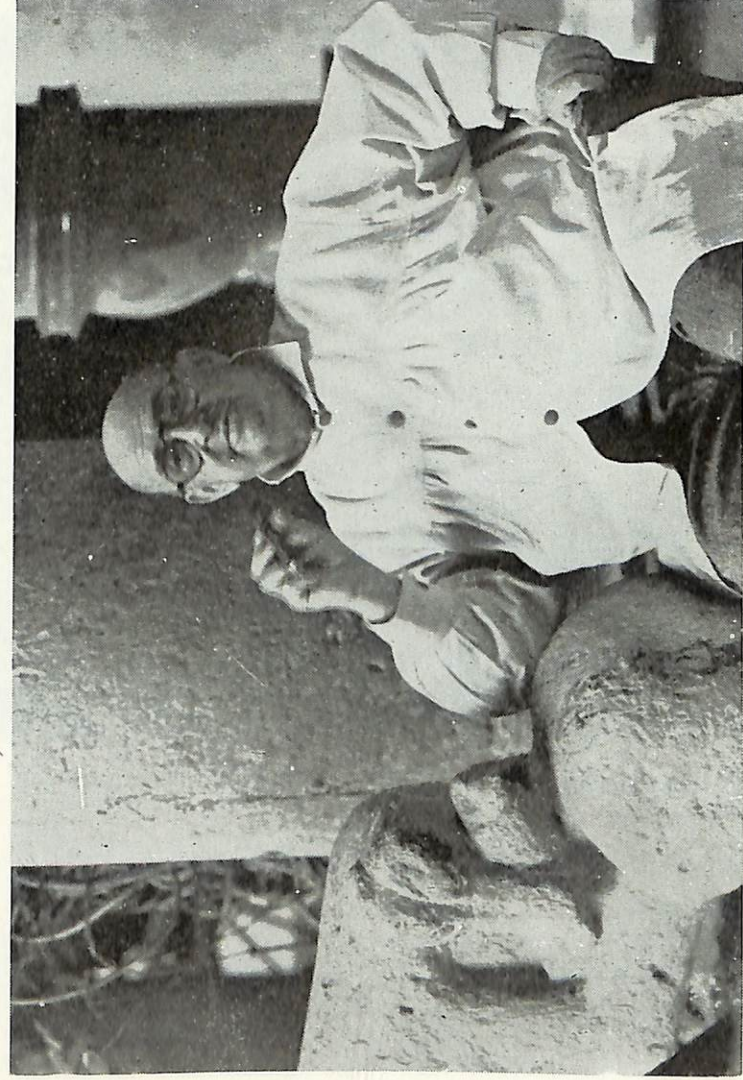
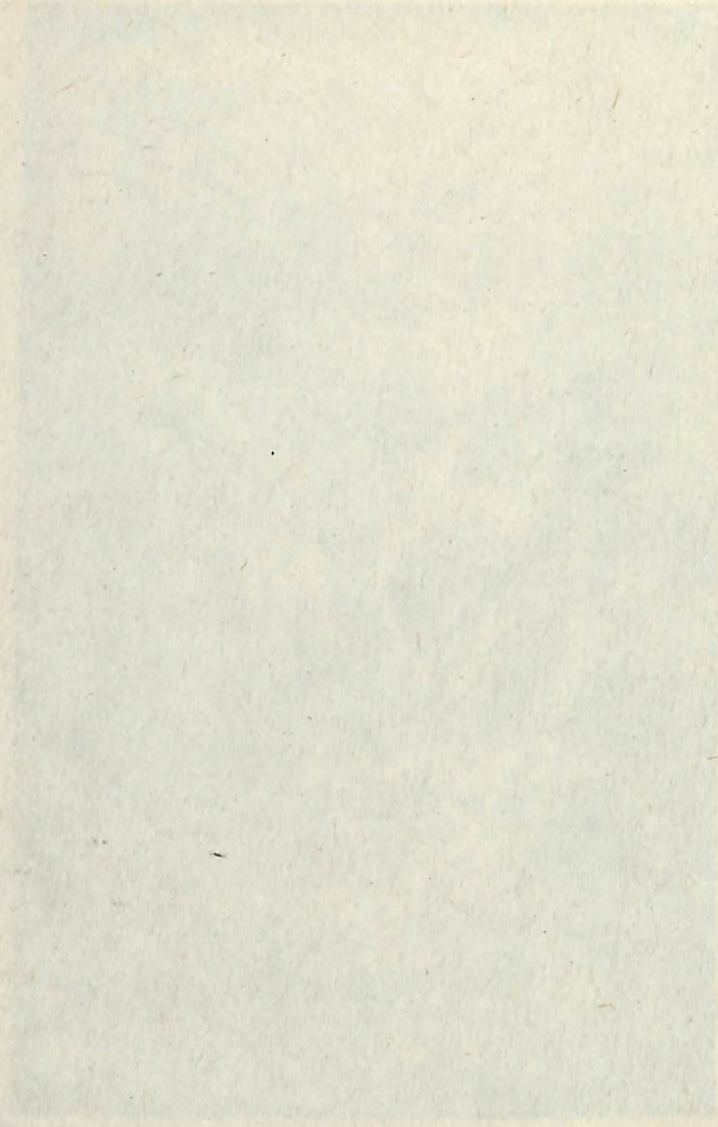
San Cristóbal. Por Amado de la Cueva, que aparece trabajando



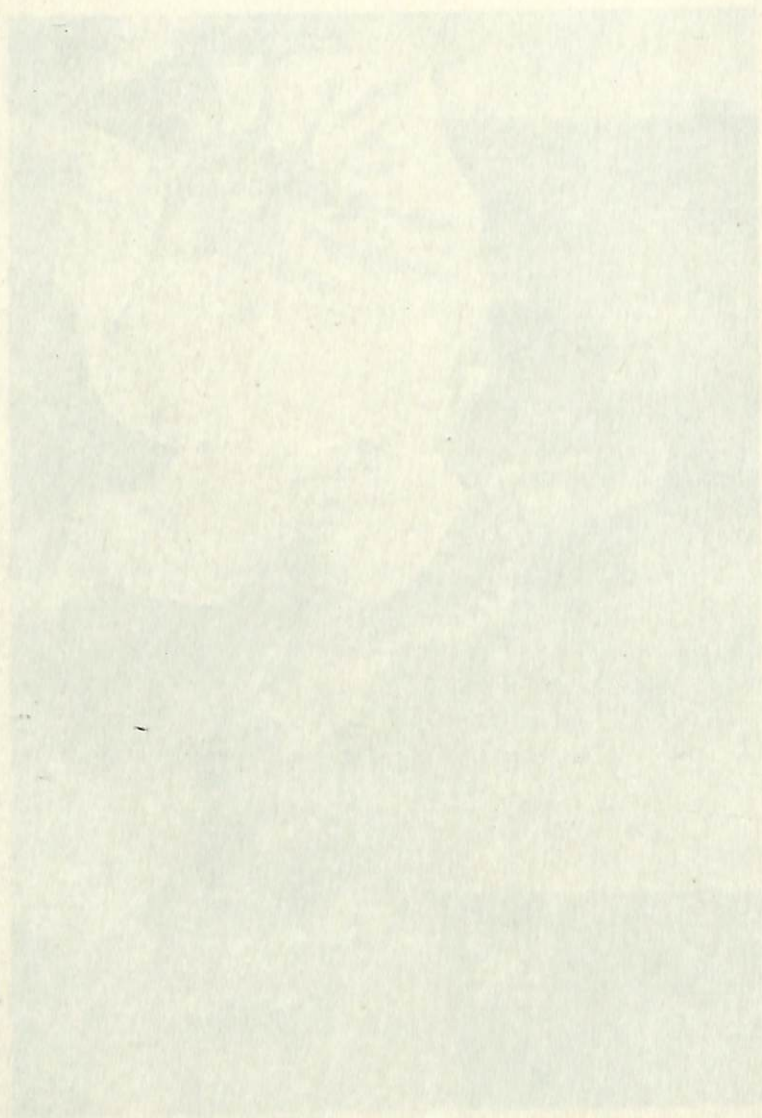
Alfredo Romo, Pintor Caricaturista,
Periodista y Político Jalisciense.



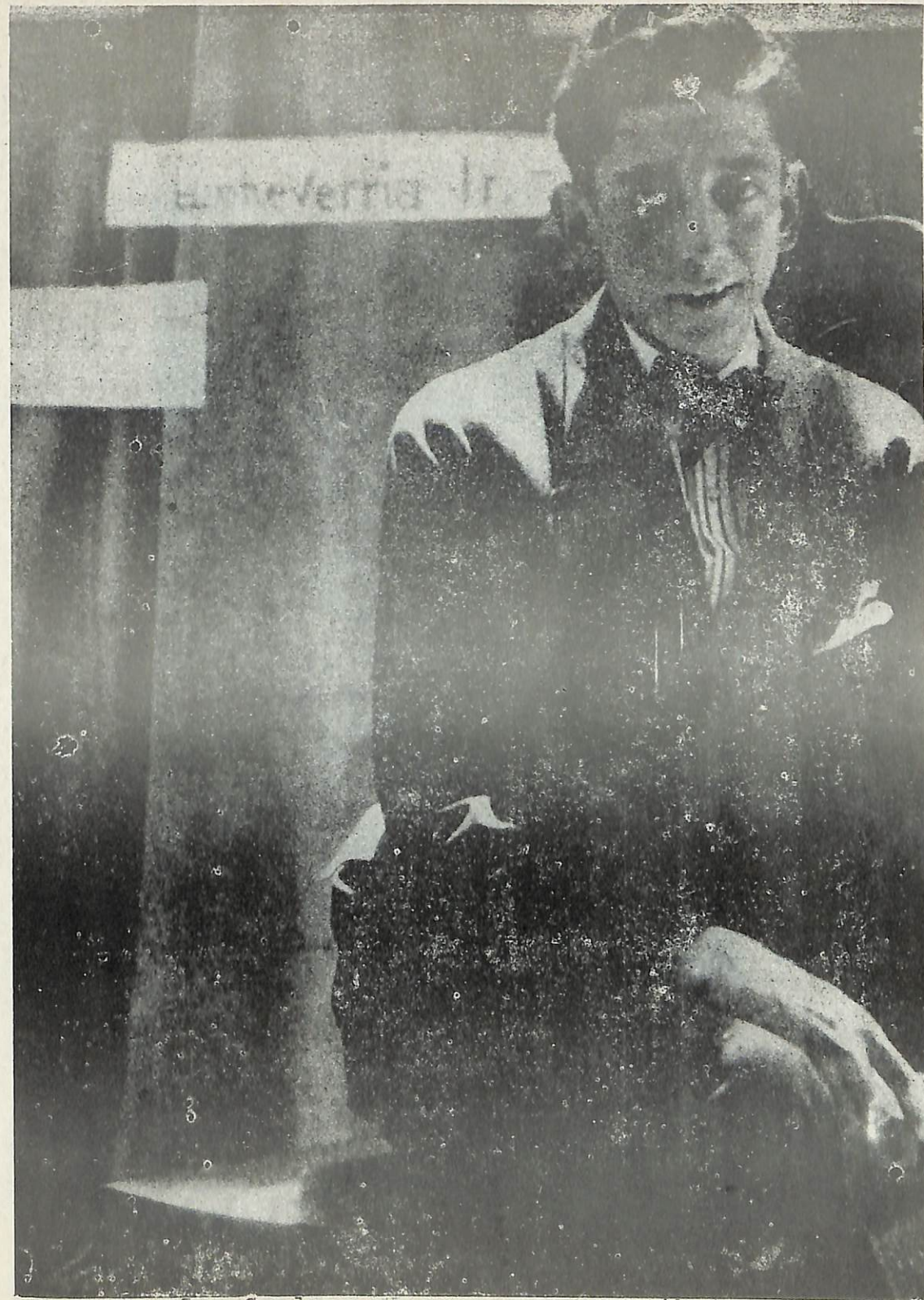
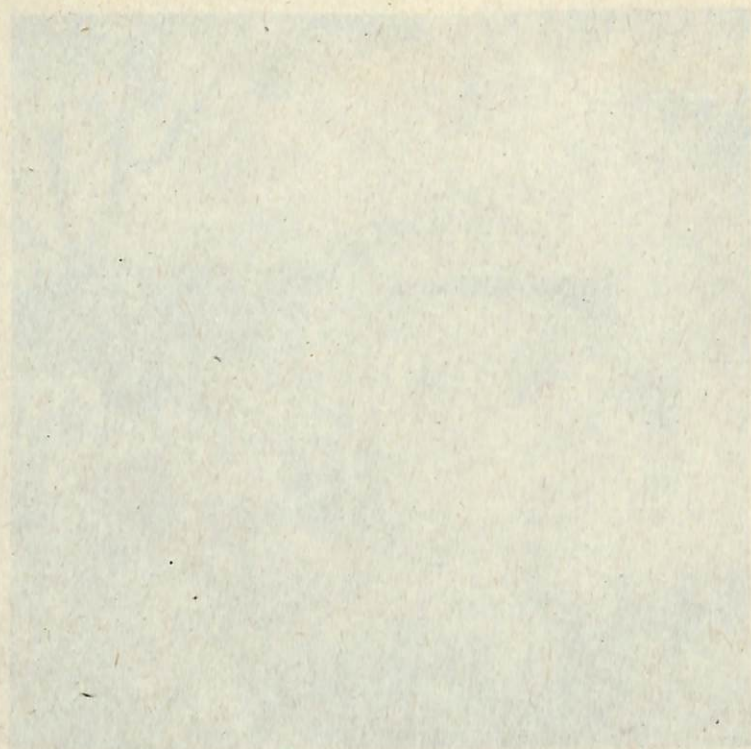
Dos Gringos en California.-Por A. Romo



I X C A



La Puerta del Garbanzo.-Por IXCA.



Sr. Carlos Ochoa Romero.-karikato.



Grabado de Carlos Orozco
Retrato de la hija.



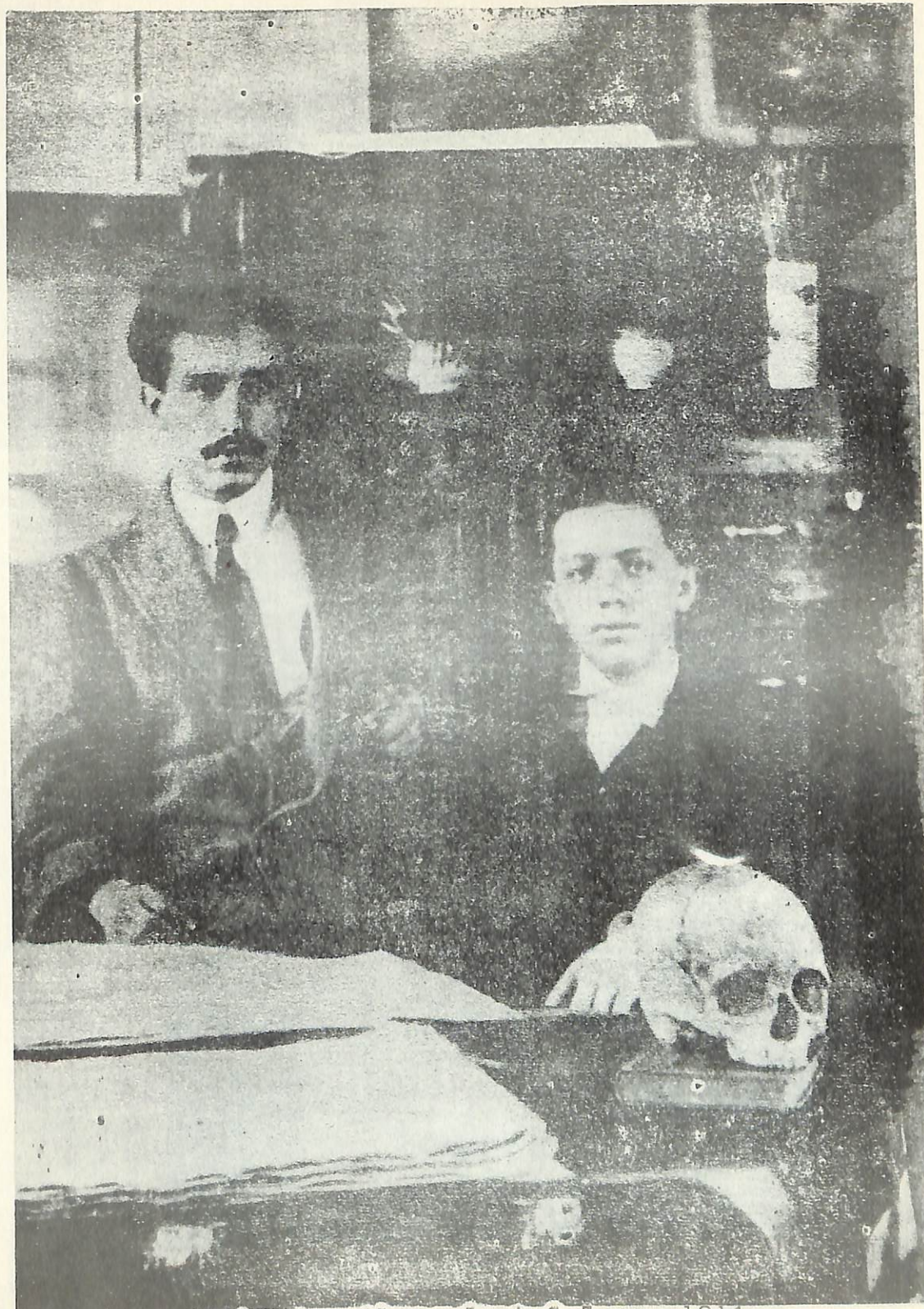
EI DR. ATL

(Autocaricatura)

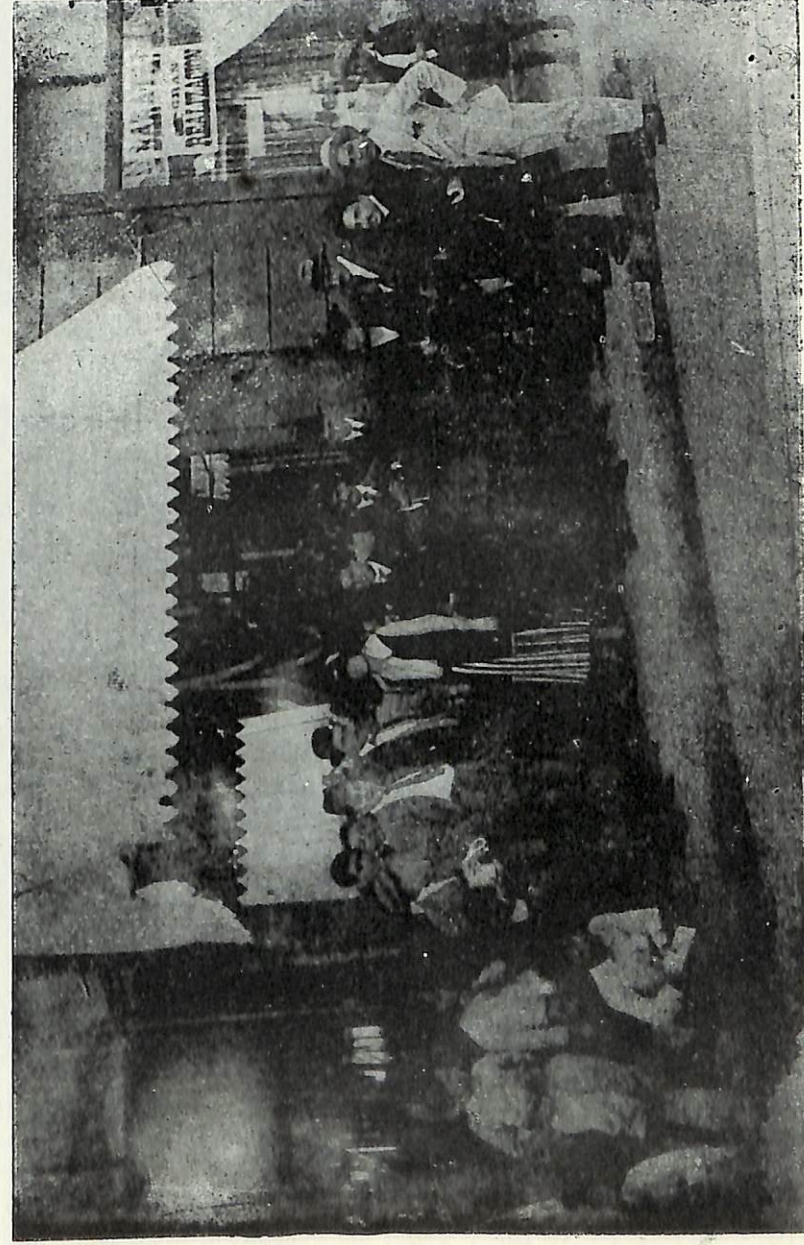
Dr. D. Agustin Rivera
(Acting)



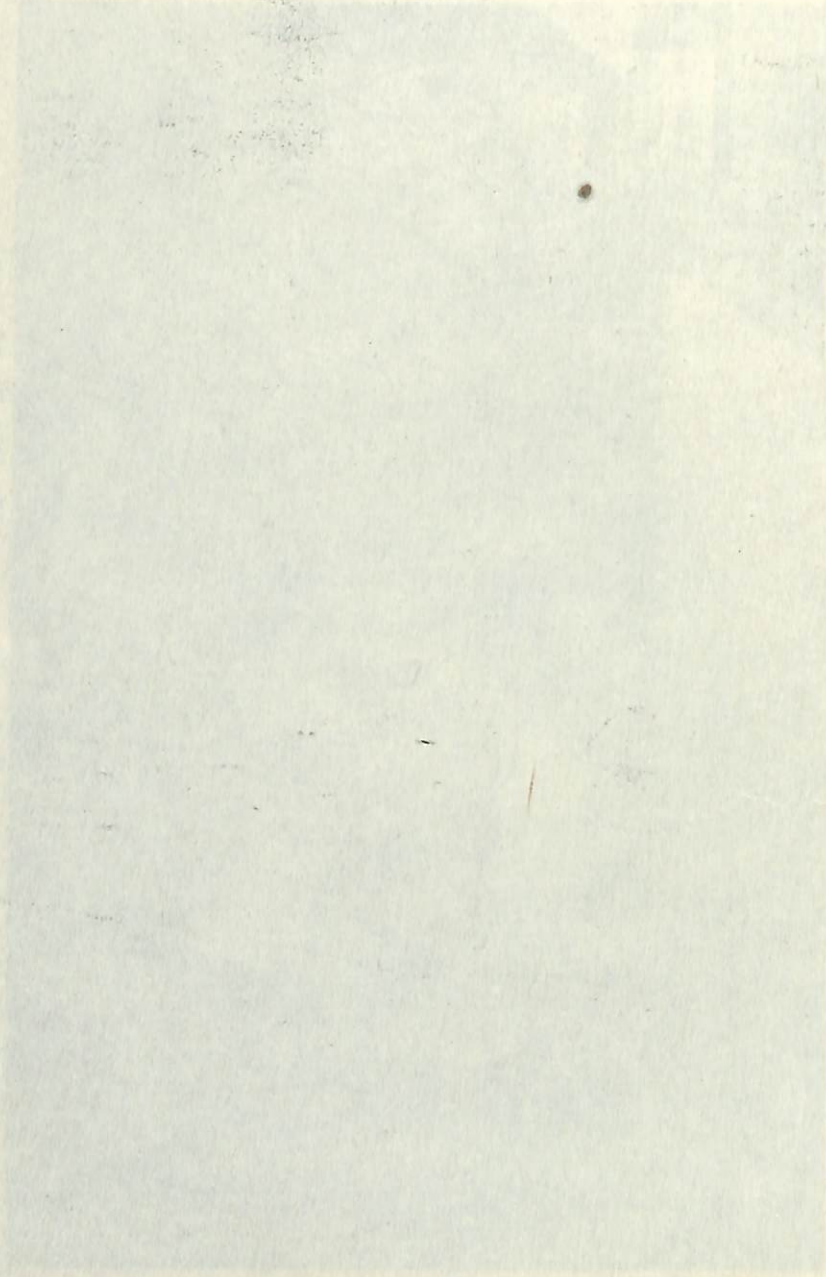
Alberto Macias y el Dr. D. Agustin Rivera.-1916.



Carlos González y José G. Zuno. » 1914.

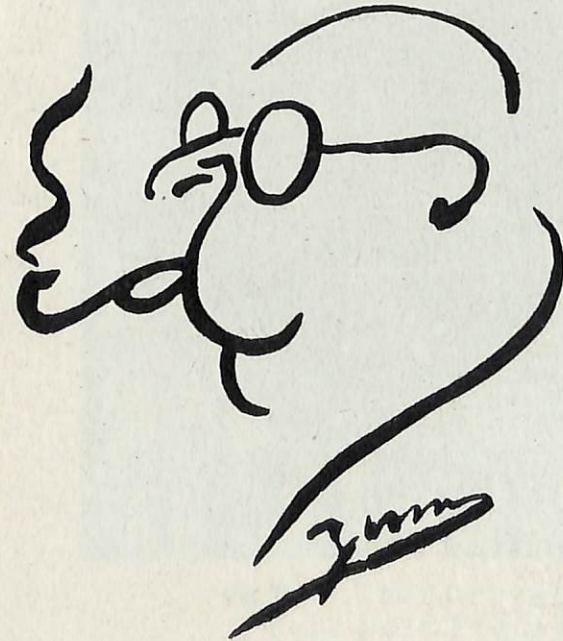


Los del Centro Bohemio, con Norka Ruskaya.



El Centro Bohemio. Trabajo en el Taller
por algunos de los miembros.

D. Alfaro Siqueiros



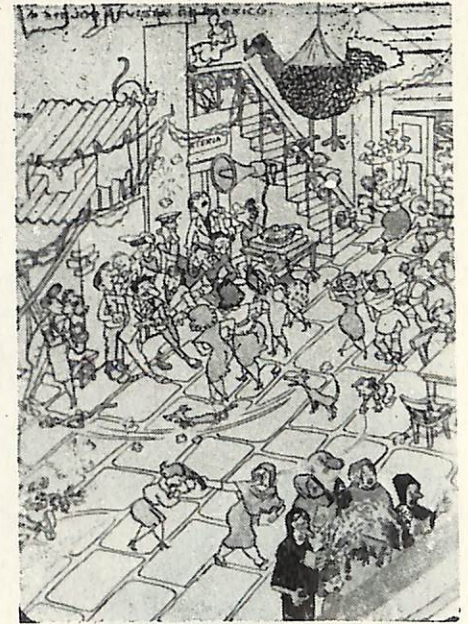
IXCA.-Por Zuno



El Escultor Crivelli, por
José Luis Figueroa.



Xavier Martinez Tizoc
Por.R. Ponce de León



Vecindad.-Por Bolaños
Cacho



Romo.-Por Orozco



El Gobernador, Luis Castellanos Tapia
Por Karikato



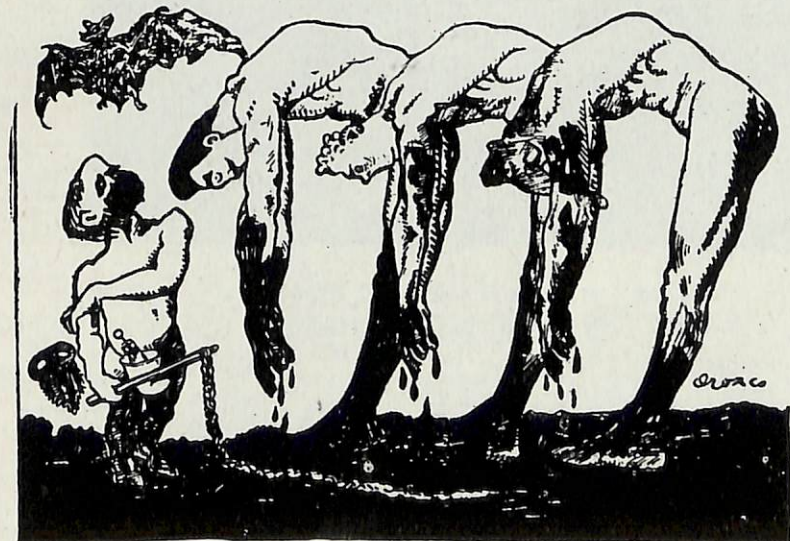
J. Sauza González
Por J. G. Zuno



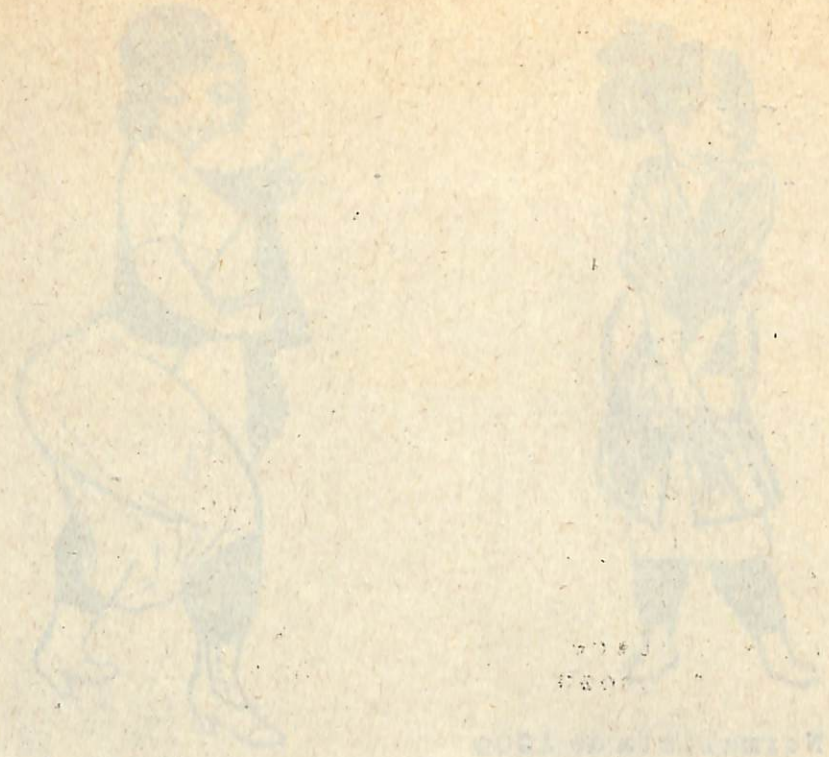
Una Normalista de 1909
Por J. C. Orozco



Una Modistilla
Por J. C. Orozco



Madero, domador de sus Ministros
Por J. Clemente Orozco.



La Niña con su Muñeca, por
Roberto Montenegro.

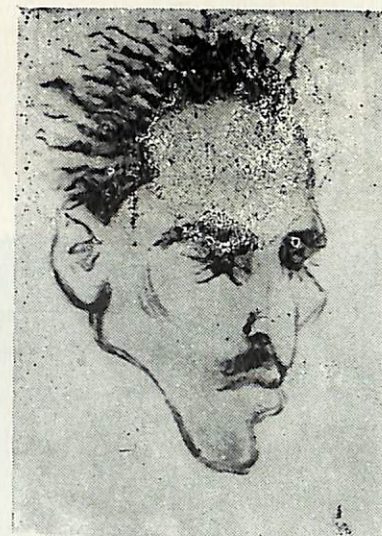
Othon de Aguinaga



Paco Galindo Ramirez



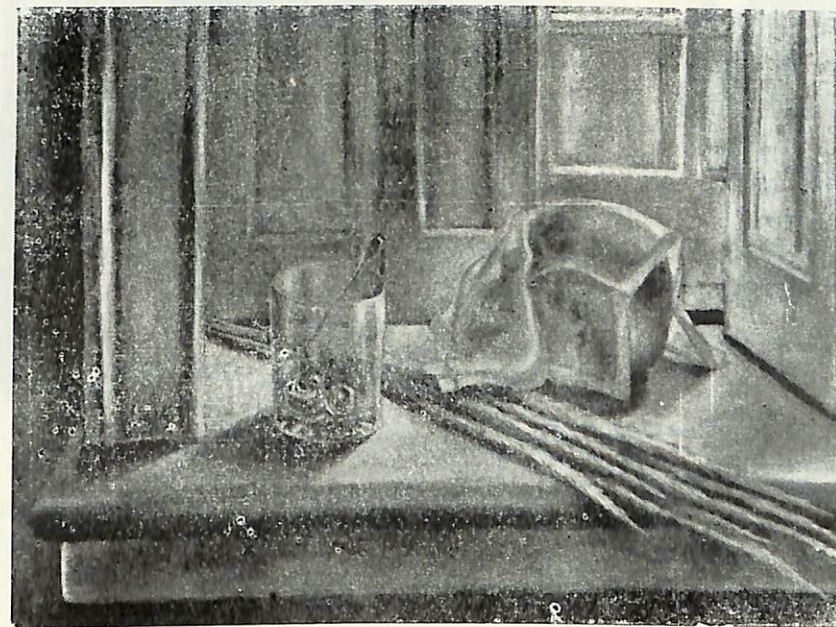
D. Manuel Bonillas
Por A. Romo



Zuno.- Por A. Romo



Carlos Orozco.- Ka-
rikato.- Por A. Romo



Alfonso Michel.-Ventana Surrealista.



Amado de la Cueva. - Por
Karikato.



Enrique Castellanos. - Por
Galindo Ramirez.



M. Martinez Valadez.
Por A. Nemo.



Piñatas.-Por Segura



Caricatura.-Por Ancira

INDICE:

El Vértigo del Recuerdo (Introducción)	1
Los Principios	1
El Centro Bohemio	9
Poetas y Literatos	15
La Exposición de Amado de la Cueva	42
Exposición Córdova-Orozco	45
Ixca Farías	49
Otras Cosas de Ixca	55
El Periodismo	59
Lista de Artistas Jaliscienses	76
Lista de Personas que integraron el Centro Bohemio	81
Ilustraciones	87

CATALOGO DE LAS OBRAS DEL AUTOR:

SOBRE ARTE:

Lecciones de Historia del Arte.-Dos tomos	1961
Las Lacas Michoacanas no proceden de las Orientales	1954
Id. Id. Id. (edición español-inglés)	1958
Orozco y la Ironía Plástica	1954
Orozco.-Pintor Ironista	1962
Historia de las Artes Plásticas en Jalisco	1957
Historia de las Artes Populares en Jalisco	1957
Notas sobre la Plástica	1954
D. José María Estrada, Padre de la Independencia de la Pintura Mexicana	1957
La Ironía Plástica en Jalisco	1958
José Guadalupe Posada y la Ironía Plástica	1959
La Ironía Plástica en Goya	1959
Introducción a la Historia General de la Caricatura	1960
Historia General de la Caricatura	1960
Historia de la Caricatura en México	1961
Lista de los Artistas Jaliscienses antiguos y modernos	1958
José Clemente Orozco y su obra en la Preparación Nacional	
Historia de la Caricatura en Norte-América	1963

SOBRE DERECHO:

De recho-Revolución	1931
Lecciones de Derecho del Trabajo	1958

SOBRE HISTORIA:

Reminiscencias de una Vida (Autobiográficas).-Dos tomos	1956-58
Don Pedro Moreno	1956
Los Insurgentes del Lago de Chapala	1960
Don Juan A. Mateos	1960
Nuestro Liberalismo (Dos tomos)	1956-57
Historia de la Revolución en Jalisco	1964
Anecdotario del Centro Bohemio	1964

TEATRO HISTORICO Y ESCOLAR:

Pasión y Muerte de Hidalgo. Tragedia Mexicana	1954
Id. Id. Id. Segunda Edición	1959
El Martirio de Cuauhtemoc	1961
El Sacrificio de Pedro Moreno	1961
El Chacal Huerta	1961
La Muerte de Juárez	1962
La Niña. La Luna y el Globo	1962
El Compositor importunado.-Balet infantil	1962
La Lámpara de la Verdad	1919
La Bárbara Conquista de Tonalá	1962
La Fábula del Arbol que Habla	1963
El Coyotito Hechicero	1963
Subasta de Cuadros	1964

EN PRENSA:

Reminiscencias de una Vida.-Tercer Tomo

UDEG-PATRIMONIO UAH



BJGZH-003868